

SCOTT HAHN

*La alegría  
de Belén*



**PATMOS**  
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

# LA ALEGRÍA DE BELÉN

Scott Hahn

# LA ALEGRÍA DE BELÉN

EDICIONES RIALP, S.A.  
MADRID



Título original: *Joy to the world: How Crist Coming Changed Everything (and Still Does)*

© 2014 by Scott Walker Hahn

Publicado por acuerdo con Image Books, un sello editorial de The Crown Publishing Group, una división de Random House LLC.

© 2014 de la versión española realizada por Elena Álvarez, by

EDICIONES RIALP, S. A., Alcalá, 290.

28027 Madrid

([www.rialp.com](http://www.rialp.com))

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-321-4461-5

ePub producido por Anzos, S. L.

La historia de la salvación no es un acontecimiento insignificante, en un planeta pobre, en la inmensidad del universo. No es una cosa mínima, que sucede por casualidad en un planeta perdido. Es el móvil de todo, el motivo de la creación. Todo es creado para que exista esta historia, el encuentro entre Dios y su criatura.

BENEDICTO XVI, *Meditación dirigida a la XII Asamblea Ordinaria del Sínodo de Obispos*, Aula del Sínodo, 6 de octubre 2008.

# I. UNA LUZ BRILLA EN BELÉN

Empezaba la primavera. La Navidad había quedado bastante atrás, pero la multitud de peregrinos que estaba a nuestro alrededor cantaba *O Little Town of Bethlehem*[1] y *Adeste Fideles*[2]. Seguían la costumbre habitual para todos los meses del año en la Basílica de la Natividad, en el corazón de Tierra Santa.

*Venid. ¡Venid a Belén!*

Esta pequeña ciudad recibe cada año la nada despreciable cifra de dos millones de visitantes. La mayoría de ellos se dirige al lugar del nacimiento de Jesús, ya sea en calidad de peregrinos que acuden a venerarlos, o simplemente como turistas curiosos. Unos y otros aguantan largas colas antes de poder detenerse un momento en el lugar donde se refugiaron María y José, y en el campo donde los ángeles dieron a los pastores el primer anuncio del acontecimiento. Normalmente, solo da tiempo a recitar una oración rápida, antes de que el monje encargado de custodiar el lugar pida que se deje paso al siguiente de la fila.

Un solo momento es suficiente para quien acude con mucha devoción, o con mucha curiosidad. La espera merece la pena, a pesar del griterío anticristiano que se puede percibir en una ciudad, hoy en día de mayoría musulmana, que ha sido campo de batalla en fecha reciente (en el año 2002 la propia basílica de la Natividad fue ocupada y después asediada). Ante esto, la incomodidad de esperar turno tiene escasa importancia.

Esta percepción de un esfuerzo y de un peligro forma parte del atractivo de la ciudad de Belén para peregrinos como yo. Por eso, a medida que mi familia iba de un lugar a otro, mi emoción iba en aumento. Ponía todo mi esfuerzo para no perderme ni una sola de las palabras que susurraban nuestros guías, a quienes los monjes pedían silencio cada vez que se atrevían a alzar la voz. Durante las esperas en fila, me dedicaba a repasar con la vista los muros y el horizonte, en busca de pequeños detalles que pudiera conocer por las Escrituras.

Mi estado de ensoñación no impedía, sin embargo, que prestara atención constante a una escena mucho más familiar: mi querida y única hija, Hannah, de 12 años, parecía aburrida e inquieta.

Lo que para mi generación era motivo de devoción, resultaba totalmente ajeno para una adolescente. Por supuesto, Hannah conocía los relatos de la Biblia, pero no de la misma forma que yo, que los había aprendido en mis años de seminario y de doctorado

en teología. Los guías me fascinaban, mientras a ella le aburrían con sus disquisiciones sobre un pasado remoto. Se la veía de todo menos satisfecha cada vez que terminaba una larga espera en la cola: la única recompensa parecía ser disponer de unos escasos segundos para besar cierta piedra, histórica y santa, teniendo además que alcanzarla mediante un estiramiento gimnástico.

Antes de llegar a Belén habíamos visitado ya bastantes de lugares bíblicos, y la cara de Hannah manifestaba ya su cansancio. Me propuse estar más atento con ella en la basílica de la Natividad, para hacerle más llevadera de cola de acceso a la cripta.

Nuestro grupo era muy numeroso. Éramos cientos de personas, en varios autobuses. Allí donde íbamos, enseguida formábamos largas colas. Sin embargo, Hannah y yo nos las ingeniamos en aquella ocasión para estar entre los primeros de la fila. No tardamos en bajar la pequeña escalera que conduce a la cripta, bajo el altar principal, y acceder a la cueva donde, según la tradición, la Santísima Virgen María dio a luz a Jesús.

Allí nos paramos, rezamos, y nos inclinamos para besar la estrella plateada de catorce puntas que marca el lugar exacto del nacimiento.

Subiendo por la escalera de salida, vimos bien la cola formada por nuestro grupo: se extendía a lo largo de toda la basílica y también por su exterior. Le dije a Hannah que seguramente nos quedaría una hora de espera, hasta que todos logran visitar la cripta. Mi observación probablemente no resultó muy oportuna y ella lanzó un profundo suspiro, muy adolescente, de aburrimiento y casi desesperación. Empecé a rezar una oración tradicional entre los padres, pidiendo sabiduría.

Y entonces llegó la ayuda del cielo.

Uno de los empleados locales que atendía a nuestro grupo se acercó para anunciarnos la siguiente actividad programada: visitaríamos un orfanato cercano, y había que ponerse en marcha.

Miré a Hannah. Su cara se había iluminado. La visita al orfanato suponía liberarse de inmediato de la sombría iglesia a la que le había condenado esa lenta masa de turistas.

El guía nos sacó del interior de la iglesia a la deslumbrante luz de una plaza. Recorrió el camino hasta el orfanato con bastante rapidez, pero no tuvimos ningún problema para seguir su ritmo. Es más, me sentí aliviado al dejar atrás tanta espera. Y Hannah parecía estar mucho más interesada que en todo el resto de lugares de Tierra Santa.

El orfanato estaba repleto de niños, a la vez que bien limpio y en buen estado. Hannah estaba eufórica, casi en éxtasis, al verse rodeada de niños en lugar de monumentos. Ella no sabía porqué existía un lugar como ese, y seguramente tampoco habría podido entenderlo. Sabía muy poco sobre el conflicto entre Israel y Palestina, sus batallas y sus bombas, la ruina económica y una asistencia médica rudimentaria. Una suma de factores que privaba a aquellos niños del amor de sus padres.

Cuando vieron a Hannah, los niños y niñas gritaron de alegría, y no tardaron en rodearla. Ella estaba en la primera adolescencia, parecía un gigante entre enanos, pero claramente *no* era un adulto. Por su edad, resultaba perfectamente adecuada para lo que necesitaban. Alguien del orfanato le acercó una silla y le preguntó si quería acunar a los



bebés. Hannah sonrió, llena de ilusión. Le explicaron que era muy importante que cada niño recibiera cada día un poco de contacto humano, que supliera la cercanía de quien tiene una casa, con padres y hermanos.

Hannah era la tercera de mis seis hijos. Tenía mucha experiencia con bebés. En cuanto una enfermera le trajo el primer bulto, supo muy bien lo que tenía que hacer. Acunó al pequeño entre sus brazos y acercó su cara a la carita del pequeño, entonando una canción y mirándolo con toda su atención.

Debió de hacerlo todo perfectamente pues, poco después, vino un cuidador para cambiarle de bebé. Y a ese le siguió otro.

Hannah había revivido, más animada que nunca desde que emprendimos el viaje. Charlaba alegremente con nosotros, entre mimos afectuosos dirigidos al bebé.

Me alegró mucho verla así de contenta. Pero después me iba a quedar atónito ante otra forma de felicidad.

Mientras veía a Hannah, sentada tan contenta en aquella silla de Belén, me vino al pensamiento otra adolescente. También ella había llegado a esta ciudad desde un lugar lejano. Los escasos 13 km que, sin lugar a dudas, había recorrido en burro, habían supuesto un viaje más largo que nuestro vuelo directo desde Nueva York. Había llegado en unas condiciones que estaban muy lejos de ser las mejores. Con certeza, había tenido que hacer cola y manejarse en una multitud de personas. La tranquila ciudad de Belén del siglo I d.C. no estaba preparada para gestionar un censo multitudinario.

Esa jovencita de hace tantos siglos, sin embargo, encontró aquí la plenitud, por medio del bebé que tenía en brazos. Su felicidad quedaría impresa en la memoria de cualquiera que la hubiera visto entonces. De hecho, la seguimos recordando a dos mil años de distancia.

Mientras observaba la mirada de mi hija hacia aquellos bebés, logré entender el por qué.

La experiencia tuvo un efecto muy duradero sobre Hannah. La transformó por dentro, y el cambio pronto se hizo visible exteriormente. Se notaba tanto en su cara como en sus actos. Meses después decidió organizar un movimiento de recogida de ropa para «sus huérfanos» de Belén. Se había producido en ella un despertar espiritual, acompañado de una especie de despertar *maternal*: una maduración, una transición de *ser* una niña pequeña, a *cuidar* de niños pequeños.

Entre los muchos recuerdos maravillosos de ese viaje, las horas que pasamos en el orfanato son de los más intensos. Sé que allí pude contemplar la alegría de la Navidad. No lo hice en el lugar exacto del nacimiento, pero tampoco fue muy lejos de allí.

Se había encarnado una realidad que, hasta entonces, no había significado para mí más que una palabra. El momento sigue impreso con viveza en mi memoria. Para mí, el principal significado de la Navidad no se encuentra en el conjunto de conocimientos adquiridos en mi largo camino al doctorado. El principal mensaje que me transmite es el intercambio de gozo y amor entre una joven y el niño que ha sido puesto en sus brazos.

El niño era Jesús, y con el paso el tiempo dejó espacio a otro niño necesitado de amor, que eras tú, y también yo. Cuando creció, nos redimió, para que viviéramos la

vida que Él llevaba en la tierra. Nos daba así la bienvenida al seno de la familia que él había creado para sí mismo.

Jesús no vino a este mundo en soledad. Quiso hacerlo en el seno de una familia, y vino a traernos la salvación: hacernos miembros de la familia de Dios. Este es el significado auténtico de la salvación, y también de la Navidad: «A cuantos le recibieron les dio la potestad de ser *hijos de Dios*» (Jn 1, 12). Hijos e hijas de Dios, miembros de su familia. No llegaremos a entender cabalmente lo que Jesucristo ha hecho por nosotros hasta que comprendamos el misterio de la Navidad. Todos los misterios de salvación tienen una dimensión familiar —desde la Pasión y Muerte del Señor, a la institución de la Iglesia y de los sacramentos—; pero esta tiene su paradigma en el episodio del nacimiento de Cristo.

Todo esto me lo enseñó mi hija Hannah, en Belén, hace tantos años.

\*\*\*\*\*

El relato de la Navidad es uno de los más populares de la historia. Sin embargo, me atrevo a decir que desafía muchos de los tópicos de la narrativa. Los relatos más duraderos suelen tener por protagonistas a héroes indiscutibles y malvados terribles.

No es que falten estos malvados en el relato de la Navidad. En el primer capítulo del evangelio de san Mateo se asoma el sanguinario rey Herodes. Cuando san Juan habla simbólicamente del nacimiento del Mesías, en el capítulo 12 del *Apocalipsis*, identifica al malvado con el mismo Satanás, representado bajo la figura de un dragón asesino.

En cambio ¿quién es el héroe en la historia de la Navidad? Respondemos sin dudar: ¡Jesús! Además, consideramos que esto es totalmente evidente, porque normalmente leemos el Evangelio en continuidad con dos mil años de tradición. Desde el punto de vista cristiano, resulta claro que «Jesús es el sentido de todo»[3], y por eso cada Navidad procuramos recordar su presencia[4]. Es un relato que hemos de escuchar con atención, para seguir luego la invitación: *ve, y proclámalo desde la montaña*[5].

Jesús es el centro del relato, en efecto, pero no sigue el comportamiento típico de un héroe. Al menos, no responde al modelo más clásico. No actúa por su cuenta. No irrumpe repentinamente en escena para cambiar el curso de los acontecimientos. Realmente, apenas *actúa*. Permanece pasivo: recibe el alimento y se le reclina para que duerma en un pesebre; los magos le encuentran en brazos de su Madre; necesita que le lleven a toda prisa a Egipto... Como cualquier bebé, llama mucho la atención de los demás, que se le acercan con todo el afecto. Pero solo se le puede ver cuando le sostienen los brazos de otra persona.

El héroe de la Navidad no es convencional porque no es un guerrero, ni un conquistador del mundo. Ni siquiera se trata de un individuo, porque es una *familia*. Cada elemento singular de la historia remite a esa realidad. Se nos habla de pañales que le envuelven, y sabemos que es un bebé[6]. Pero eso presupone que *alguien* ha tenido que envolverlo, lo cual nos conduce necesariamente a una relación madre-hijo. También encontramos un padre y un hogar. De forma similar, nos enteramos de que el niño tiene

un pesebre por cuna, pero *alguien* debe haberle colocado allí. Tenemos noticia de que el niño se exilia en Egipto, pero allí tiene que haberle llevado *alguien*, para protegerle de los bandidos que acechaban los caminos del desierto. Por último, tuvo que haber alguien que se hiciera cargo del sustento de la madre y del hijo en esa tierra extranjera.

El dramatismo que encierran las escenas de la infancia de Jesús responde precisamente a que se ponen en juego varias vidas humanas: el difícil desenlace del embarazo de María, las decisiones providenciales de José, la persecución de Herodes, etc. De hecho, el valor de los demás detalles de la historia depende del núcleo central del relato, que es la Sagrada Familia. Tanto el dragón del *Apocalipsis* como Herodes coinciden en ser figuras *opuestas* a la familia y al niño: asesinan a los nacidos en Belén, los devoran. La Historia nos informa de que Herodes masacró *a sus propios hijos*; por otra parte, el Evangelio nos dice que ordenó a sus soldados que pasaran por la espada a los niños de Belén.

La familia es la clave de lectura de la Navidad, y también del cristianismo. El santo papa Juan Pablo II observó en repetidas ocasiones que todos los bienes —en la historia, en la humanidad, en la salvación— «pasan a través de la familia»[7]. Dios quiso vincular inseparablemente la forma de llevar a cabo la salvación a la familia, porque se manifestó como vida familiar. La familia es el entorno ordinario de la vida humana, por eso vino a compartirla, a redimirla y perfeccionarla. Hizo de ella imagen y sacramento de los misterios divinos. Para comprender el significado de la salvación tenemos que interpretarla a la luz de las relaciones *familiares*.

La verdadera Navidad tiene su punto de partida en una familia. Los acontecimientos históricos se concretaron por medio de las decisiones de un marido y padre, y de una esposa y madre. Si hemos llegado a conocer esos hechos, se debe a que esa madre los conservó en su corazón y quiso compartirlos con los discípulos de su Hijo (*Lc 2, 19 y 51*).

El mensaje de la Navidad se ha transmitido a través de las familias. Los peregrinos de la antigüedad trazaron numerosas rutas hasta la cueva de la Natividad. Si se empeñaron en hacerlo, a pesar del esfuerzo que suponía, no fue porque encontrarán en los caminos de Belén lugares destacados de la historia, ni porque sirvieran de enlace o punto de orientación. La razón de su empeño era que los primeros cristianos —quizá muchos de ellos fueran testigos directos, o hijos de los testigos—, habían considerado los hechos locales de la ciudad y los habían narrado con todo cuidado a las generaciones sucesivas.

Durante varios siglos, su fe estuvo declarada como ilegal. Tanto en Belén como en el resto del mundo conocido, era imposible que se reunieran en grandes iglesias; por eso celebraban el culto en hogares de familia. Y creían verdaderamente que las personas que se reunían en ellas pertenecían a la misma familia. En realidad, esta es una de las implicaciones más profundas de la historia de la Navidad: que Dios ha establecido su morada entre hombres, mujeres y niños, y que les ha llamado, nos ha llamado, a convertirnos en parte de su familia, a pertenecer a su santo hogar.

He aquí el tema del que nos ocuparemos en los siguientes capítulos. Meditaremos la

historia de la Navidad, de la venida de Cristo al mundo, a la luz de su entorno histórico más íntimo y natural. Procuraremos ver de cerca a los miembros de la Sagrada Familia, y acompañarles en sus viajes: a Belén, a Jerusalén y a Egipto. Vamos a detenernos a considerar los pequeños detalles del relato: los ángeles y el pesebre, los pañales y los Magos, la estrella y los pastores. Son detalles que a primera vista pueden parecer extraños e insignificantes, pero que nosotros vamos a contemplar en su relación con el hogar, con la madre, el padre; con un vínculo, una casa, un linaje y una herencia.

Porque el punto final es que esa herencia nos pertenece. Somos parte de su familia, y por eso la alegría de la Navidad nos pertenece. Podemos gozar de ella en cualquier sitio, no solo en Tierra Santa, y en cualquier momento del año, todos los días. El mundo sin Cristo sería un lugar triste y, allí donde no se le conoce, todo es aún gris. A partir del nacimiento de Cristo, todo ha cambiado, y a la vez todo está por cambiar, ya que es necesario que todos, cada uno, acojamos a ese niño por la fe.

- 1 *O Little Town of Betlehem* es un villancico popular inglés. Fue compuesto en 1868, con la letra de un poema escrito por el clérigo episcopaliano Philips Brooks (1835-1893) y la música del organista de su congregación en Filadelfia. Se inspira en la visita que su autor había realizado a Tierra Santa, tres años antes, y en la contemplación de la ciudad, iluminada por la noche, desde las colinas que la rodean. Como metáfora del nacimiento de Cristo, usa la imagen de la luz en medio de la oscuridad de la humanidad e invita a las gentes a pedir al Niño Dios que habite con su luz en nuestros corazones. Existen varias versiones del villancico, que algunas congregaciones cantan también como himno. Es uno de los más populares en Estados Unidos (NdT).
- 2 *O Come All Ye Faithful*, en su versión inglesa. Es otro himno inglés, que data del siglo XVIII, aunque su letra original en latín fue compuesta posiblemente en el siglo XVII por el rey Juan IV de Portugal, apodado «el rey músico». También este villancico invita a los fieles a acudir a Belén para adorar al Señor recién nacido: *Venite, venite in Bethlehem!* (NdT).
- 3 *Reason for the season*, es un slogan común entre muchos cristianos estadounidenses, con el que recuerdan el sentido espiritual de las celebraciones navideñas: conmemorar y celebrar el nacimiento de Jesucristo (NdT).
- 4 El autor hace un juego con la palabra *Christ-mas*, que no se puede reproducir en castellano, pero que subraya la presencia de Cristo como centro de la celebración. Al parecer, la adición de *-mas* deriva de la antigua palabra inglesa *moesse*, que significa festival o celebración. Nuestro término castellano, Navidad, deriva en cambio del latín *Nativitate*, que a su vez está formado a partir de tres palabras: *Nati* (nacimiento) *vita* (vida) *te* (para ti): la vida ha nacido para cada uno de nosotros (NdT).
- 5 *Go, tell it on the mountain* es el título de otro himno, de estilo gospel, cuyo origen se remonta a 1865 y al compositor afroamericano John Wesley Work, Jr. Aunque se han hecho muchas versiones, la letra original invita a proclamar el nacimiento de Jesucristo, «en la montaña, en las cumbres y por todas partes» (NdT).
- 6 En la antigüedad, los pañales eran telas lavables que envolvían completamente al recién nacido. Así aparece representado, por ejemplo, en la *Natività*, de Giotto (1267-1337). NdT.
- 7 Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Familiaris Consortio* (22 noviembre 1981), n. 75. Cf. *Ibidem* n. 86; Id. *Carta a las familias Gratissimam Sane* (2 febrero 1994), n. 23; ID., *Ángelus* 26 diciembre 1999; Pontificio Consejo Para La Familia, *Carta de los derechos de la familia* (22 octubre 1983).

## II. LO QUE OCURRE EN BELÉN...

Escribir el primer capítulo de este libro me exigió remover a fondo mis recuerdos. Tuve que acudir a otras fuentes para confirmar algunos detalles de la historia. De hecho, hablé por teléfono con Hannah, que hoy en día es una feliz esposa y madre de familia. Se acordaba muy bien de todo, porque aquel episodio supuso un momento de transformación en su vida. A la vuelta de ese viaje, como dije, promovió una pequeña organización con el fin de obtener ayuda para sus queridos huérfanos de Belén.

Lo que ocurre en Belén no acaba en Belén. Vuelve a casa junto con los peregrinos. Algo que sucedió, con toda certeza, en el caso de la Sagrada Familia: «María guardaba todas estas cosas, ponderándolas en su corazón» (*Lc 2, 19*).

Estas palabras cierran el relato de san Lucas acerca de la concepción, nacimiento e infancia de Jesús. Unos párrafos más adelante, termina la narración de la infancia de Jesús con una variación sobre el mismo tema: «Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón» (*Lc 2, 51*). Desde la Antigüedad, los comentaristas han interpretado que las dos menciones al «corazón» son la forma que tiene el evangelista de citar a la Santísima Virgen como su primera fuente.

Lucas era un historiador riguroso, atento a los detalles y preocupado por mostrar la realidad de los hechos. Es el único evangelista que describe las curaciones milagrosas de Jesús con términos médicos y anatómicos precisos. También es cuidadoso en el momento de situar los hechos en el lugar y en el tiempo adecuados. Nos informa, por ejemplo, de que el censo que motivó el viaje de la Sagrada Familia a Belén fue el «primer empadronamiento, [que] se hizo cuando Quirino era gobernador de Siria» (*Lc 2, 2*). No deja margen a la confusión con otro evento semejante. Sigue diciendo que María y José subieron «desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea» (*Lc 2, 4*). Da importancia a los tiempos y los lugares porque es consciente de su deber de transmitir lo que ha recibido por parte de los testigos oculares.

El único testigo que *podía* haberle proporcionado un relato en primera persona de los hechos extraordinarios que rodearon la primera Navidad era la Santísima Virgen. Solo ella podía conocer la aparición de los ángeles, los viajes desde Nazaret a la ciudad de Belén y desde allí a Jerusalén, las conversaciones privadas en el Templo, y el nacimiento en un establo escondido. Por otra parte, solo María podía haberle contado su propia reacción interior ante las maravillas que contemplaba.

María es el único testigo posible de la concepción y del nacimiento de Jesús. Y Lucas es un testigo acreditado de la «ponderación» de María. Una tradición consolidada, que se fundamenta en *Jn 19, 26-27*, sitúa a la Virgen en Éfeso, junto al apóstol san Juan, en las décadas que siguieron a la ascensión de Jesús al cielo. Lucas viajó a esa localidad,

y el capítulo 19 de los *Hechos de los apóstoles* deja entender que el lugar le resultaba familiar. Por ejemplo, se expresa con los términos locales específicos para designar los cargos y asambleas de la ciudad, un vocabulario que está confirmado por otras fuentes locales contemporáneas. Es poco probable que un historiador tan meticuloso, a la vez que piadoso cristiano, no buscara una entrevista con la Madre del Señor cuando viajaba tan cerca de ella.

Lucas recogió lo que ella había «ponderado en su corazón» a lo largo de muchos años. Lo hace en textos que quizá están algo subestimados, dado el carácter extraordinario de los hechos que describen.

Su simplicidad y también esa baja estimación son signos distintivos de los testimonios y de las tradiciones cristianas primitivas. Ambas características distinguen los Evangelios canónicos de otros escritos posteriores, de pretendida pero falsa canonicidad. En efecto, existen otros «evangelios», es decir, otros documentos que se presentan como relatos de la infancia de Jesús, pero estas narraciones apócrifas se centran principalmente en destacar los aspectos de espectáculo y de poder. Prestan demasiada atención a lo que pudieran decir los lectores escépticos. Tienen un estilo exaltado y con golpes de efecto. Carecen de buen gusto y fuerzan la credibilidad más allá de los límites de lo razonable. Por ejemplo, dan demasiada información sobre los aspectos médicos del nacimiento.

Por otra parte, Lucas, al igual que Mateo, transmite maravillas con el tono propio de los hechos. Los relatos canónicos son resultado de muchos años de reflexión serena. En ese tiempo, han sido ponderados en los corazones amantes de los testigos, y transmiten su esencia.

Las narraciones neotestamentarias del nacimiento de Jesús se ven confirmadas, tanto en el espíritu como en los detalles concretos, por numerosas tradiciones locales primitivas. La Madre de Jesús compartió con la Iglesia los recuerdos que había ponderado en su corazón, de forma que «quedasen en familia», como un legado.

### *En tiempo de Justino - buscando los Orígenes*[8]

Los primeros testimonios de la Navidad están recogidos en los relatos de Mateo y Lucas. Ambos fueron escritos con intencionalidad histórica, aunque iban dirigidos a diferentes audiencias, cada una de ellas dotada de una cultura propia y de convenciones peculiares sobre la forma de conservar la historia. Según las fuentes antiguas, Mateo escribió en hebreo y para una audiencia judeo-cristiana. Lucas, en cambio, se dirigía a lectores de lengua griega, judíos y gentiles.

Nuestras reflexiones nos conducirán a dedicar la mayor parte del tiempo a reflexionar sobre estas páginas del Evangelio. De forma puntual, recurriremos a otros libros del Nuevo Testamento, para profundizar en su significado. También aprenderemos mucho de la tradición, de la arqueología y de los escritos de los primeros Padres de la Iglesia. Por triste que sea reconocerlo, es verdad que la mayoría de los cristianos conoce poco los primeros relatos de la Navidad, aparte de los de la Biblia.

Por ejemplo, los escritos de san Justino mártir son pruebas importantes. Nace alrededor del 100 d. C., en el seno de una familia pagana de Flavia Neapolis (actualmente Nablus), a unos 65 km de Belén. Era un buen conocedor de la zona y de sus gentes, y tenía noticia —en esa fecha tan temprana— del lugar donde se encontraba «cierta gruta»[9] venerada como el lugar del nacimiento de Cristo. Pero no se detiene en ella. Se limita a mencionar de pasada que los cristianos locales procuraban preservar la memoria histórica de la Navidad.

En el mismo siglo, un sabio egipcio de nombre Orígenes hizo su peregrinación a Belén, y puso por escrito sus impresiones de la visita, como respuesta a la mordacidad de un escéptico que le era hostil. «En Belén se muestra la cueva en que nació y, dentro de la cueva, el pesebre en que fue reclinado envuelto en pañales. Y lo que en aquellos lugares se muestra es famoso aun entre gentes ajenas a la fe. *En esta cueva*, se dice, nació aquel Jesús a quien admiran y adoran los cristianos»[10].

No nos habla simplemente de una gruta, sino que señala «*esta gruta*», una gruta determinada. Orígenes destaca, al igual que Justino y los evangelistas que le precedieron, que los hechos de la concepción, nacimiento e infancia de Jesús son concretos y por eso verificables. No tuvieron lugar en un vago «había una vez», sino «en tiempos de Herodes, rey de Judea» cuando «fue emanado un decreto de César Augusto» (*Lc* 1, 5; 2, 1).

La historia del Cristianismo comienza con el relato de la Navidad[11]. Pero este pertenece a la historia: no es un mito, ni una fábula, tampoco folklore. Los relatos canónicos no se acomodan a ninguno de esos géneros.

Guiados por el Espíritu Santo, los evangelistas trabajaron con mucha sobriedad, y se limitaron a preservar lo esencial. El resultado es que los Evangelios nos dicen poco sobre los primeros años de vida de Jesús, exceptuando algunos episodios concretos. Al mismo tiempo, cada pequeño detalle de esos relatos está cargado de verdad salvífica. Son los detalles que la Virgen había ponderado afectuosamente y que los evangelistas se han esmerado en transmitir.

### *De la tradición escrita a la tradición papal*

Sin duda, las narraciones de la concepción y nacimiento de Jesús son poco corrientes. Dan noticia de varias apariciones de ángeles, de fenómenos astronómicos únicos, y tampoco faltan los milagros. La mayoría de los lectores modernos no sabe muy bien qué hacer con estos elementos, porque están poco preparados para ello. El mundo en que vivimos nos rodea de maravillas, pero hemos sido instruidos para dejarlas de lado cuando no encajan en las categorías generales creadas por el método científico y aprobadas por un magisterio de escépticos.

En el tercer volumen de su obra maestra, *Jesús de Nazaret*, el Papa Benedicto XVI medita sobre los relatos de la infancia y formula una pregunta insoslayable: «¿Es verdaderamente historia acaecida, o es solo una meditación teológica expresada en forma



de historias?»[12].

Desde el siglo XVIII, un grupo dominante de exégetas —algunos de fe cristiana, otros no— ha dado una respuesta negativa a la pregunta. Argumentan que las narraciones de la infancia, al igual que los relatos de milagros, conservan algo más que datos históricos. Algunos de ellos dicen que son mitos creados sobre el modelo de otras religiones, o alegorías acordes con el modelo de la literatura griega. Otros las identifican con la *midrash haggadica*, un tipo de cuento instructivo, intencionadamente bonito, elaborado para establecer un punto de doctrina. Pero también hay otros que afirman que los relatos de la infancia son solo fábulas elaboradas con un fin moral, igual que las de Esopo.

Benedicto XVI examina con detalle e inteligencia estas interpretaciones, pero rechaza su valor como claves interpretativas para la lectura de los relatos bíblicos del nacimiento de Jesús. Explica que la teología y la historia no se excluyen mutuamente, ni hay contradicción entre ellas. Si Dios existe, es el Señor de la Historia, y la historia no puede reducirse a un cúmulo de datos políticos, económicos y militares. Si Dios existe, sus designios se verán cumplidos, tanto en las familias como en los ejércitos. Sus designios se cumplirán *como vemos que se han cumplido* en la familia de Israel, en el Antiguo Testamento, y en la familia de la Iglesia, en el Nuevo Testamento.

Concluía Benedicto XVI: «Los dos capítulos del relato de la infancia en Mateo no son una meditación expresada en forma de historias, sino al contrario: Mateo nos relata la historia verdadera, que ha sido meditada e interpretada teológicamente, y de este modo nos ayuda a comprender más a fondo el misterio de Jesús»[13]. El Papa observaba que, además, la opinión generalizada entre la exégesis de la última mitad de siglo se ha movido sutilmente en esta dirección.

En este libro, recojo y asumo los mismos principios del papa Benedicto, aunque mi propósito difiere sustancialmente del suyo. Cuando leemos el nacimiento del Mesías, no estamos ante mitos, leyendas o cuentos populares: «Lo que Mateo y Lucas pretendían —cada uno a su propia manera— no era tanto contar “historias” como escribir historia, historia real, acontecida, historia ciertamente interpretada y comprendida sobre la base de la Palabra de Dios»[14].

Aunque el Evangelio es rico en sentido alegórico, ante todo habla de *historia*. La alegoría que pueda haber en los relatos de la infancia ha sido inspirada por Dios, pero no lo ha hecho con palabras, sino con la propia creación, y con los hechos que configuran la historia sagrada. Dios escribe el mundo igual que los autores humanos escriben palabras. Al principio de los Evangelios se encuentran por todas partes verdades espirituales ocultas tras los eventos que se narran, pero eso no disminuye la realidad ni la importancia de los propios hechos. Su carácter extraordinario no contradice su historicidad. Volviendo sobre las reflexiones del papa Benedicto: «Si Dios no tiene poder también sobre la materia, entonces no es Dios»[15], puede dirigir, y dirige de hecho, el curso de la creación y de la historia, como ha guiado a los profetas, para contarnos esa historia.

Con la franqueza que le caracteriza, también el papa Francisco se ha pronunciado sobre este tema: «El nacimiento de Jesús no es una fábula. Es una historia que sucedió realmente, en Belén, hace dos mil años»[16]. Es una historia, la de nuestra familia,

cuidadosamente conservada y transmitida en el hogar al que llamamos Iglesia, con el fin de comunicar esa alegría a todas las generaciones.

Los hechos de la Navidad suponen un desafío para nosotros, igual que supusieron un desafío para sus protagonistas, la *familia* cuya historia nos transmiten.

- 8 El título original es un juego de palabras: *Justin Time - at the Origen*. La primera expresión, que presenta a san Justino, se pronuncia de forma muy semejante a *just in time*, que puede traducirse como «justo a tiempo». La segunda parte del título juega con el nombre del escritor eclesiástico Orígenes, para expresar la forma en que las primeras generaciones de cristianos señalaban el lugar del nacimiento de Cristo.
- 9 San Justino, *Diálogo con Trifón* 78; cf. también 70.
- 10 Orígenes, *Contra Celso* 1.51.
- 11 El original inglés se presta a un juego de palabras entre *history*, que designa a la disciplina científica que relata rigurosamente el pasado, y *story*, que es el género narrativo de contar el pasado. Así, los relatos de la Navidad son narraciones, pero no por ello carecen de valor histórico (NdT).
- 12 Benedicto XVI, *La infancia de Jesús*, Planeta, Barcelona 2012, p. 123.
- 13 *Ibidem*, p. 124.
- 14 *Ibidem*, p. 17.
- 15 *Ibidem*, p. 57.
- 16 Francisco, *Encuentro con los jóvenes de la Acción Católica italiana*, 20 diciembre 2013.

### III. UN NUEVO GÉNESIS

El comienzo del Nuevo Testamento no es un discurso ni una profecía; no es teología ni derecho. Es una sencilla declaración de relaciones familiares.

Empieza con la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.

Mateo decidió empezar su proclamación del Evangelio, deliberadamente, con una exposición sucinta de su tema y de su propósito. Ni siquiera completa una frase. Casi con total certeza, se proponía servir de título a las líneas siguientes y a todo el Evangelio.

Y el título tiene un significado muy amplio. Ese fragmento, breve y práctico, condensa el sentido de la Navidad y de todo el cristianismo.

*Biblos geneseos*, son las primeras palabras del texto griego, que están dotadas de un fuerte poder de evocación. *Geneseos* puede significar «genealogía», que es su traducción más común a las lenguas modernas; pero también puede significar «principio» o «origen». El término moderno *genes*, que designa esa realidad que nos hace ser lo que somos, procede de la raíz *geneseos*. A partir de ella también hemos formado el término *genoma*, cuyo mapa traza los rasgos peculiares de nuestros antepasados. Hablamos asimismo de *generaciones* que se suceden en nuestra propia familia.

Los primeros lectores de san Mateo desconocían por completo el campo de la genética, pero aún así el término elegido tenía un significado muy fuerte para ellos. Esos primeros lectores entendieron inmediatamente que el evangelista les hablaba de otro Génesis, que iba a contar la nueva creación inaugurada por Jesucristo. En el cuarto Evangelio, san Juan expresa la misma idea empezando con unas palabras que hacen eco a las primeras de la *Torah*, «en el principio» (*Jn* 1, 1; cf. *Gn* 1, 1). San Mateo presenta el mismo tema pero de forma distinta. Ambos transmiten de forma clara el mismo mensaje: con la llegada de Jesús, Dios está dando paso a un nuevo comienzo, a una nueva creación, una nueva *Torah*, y un Nuevo Testamento.

También lo hace de una forma familiar. Para esbozar una historia de la salvación, Mateo no recurre a batallas y conquistas, mucho menos a ideas dominantes, sino que lo hace por medio de una familia. Nombra al Ungido largamente esperado por Israel, al *Cristo*, a quien identifica primordialmente con un «hijo», descendiente de una familia concreta. De esta forma, define a Jesús por su parentesco: con David, con Abrahán y en última instancia, con Dios.

\*\*\*\*\*

Los lectores modernos pueden pensar que las genealogías del Evangelio son tediosas hasta rozar el absurdo. A menudo, resultan muy aburridas cuando tocan en las lecturas

de la Misa, y cuando los párrocos no tienen más remedio que luchar con una larga lista de nombres poco familiares y casi impronunciables.

Buscar la razón por la que la Iglesia empieza su libro sagrado con algo tan aburrido podría parecer casi un misterio inescrutable. Pero ¿puede tratarse de un desafío, nada más? ¿Es que Mateo nos pide que atravesemos, como un purgatorio, una serie de pruebas, antes de hacernos partícipes de las glorias de la Navidad?

La respuesta es absolutamente negativa. Mateo da comienzo a su Evangelio de la forma más cercana, emocionante y relevante que tenía a su alcance.

Mateo organizó su relato con el propósito de llegar a los judíos. Ellos eran un pueblo con antepasados comunes. Conocían a todos sus antepasados hasta Abrahán, a través de su hijo Isaac y su nieto Jacob (también conocido con el nombre de Israel), y encontraban su lugar en las doce tribus formadas a partir de los hijos de Jacob. La mayoría de esas tribus se han dispersado, o perdido, con el paso de los siglos; pero los miembros de la tribu de Judá, los judíos, han encontrado muchas veces la manera de volver a la tierra que Dios había prometido a Abrahán. Junto al sentido de tener antepasados comunes, son conscientes de compartir una misma herencia, una patria, iguales derechos de nacimiento, la misma historia y el mismo destino.

Precisamente su historia es la clave para comprender su destino. Israel había padecido la esclavitud, había soportado la conquista, el exilio, la dispersión y la profanación. Pero Dios siempre les había librado de todo. Fueron criados en el recuerdo de esa historia, y por eso, incluso después de atravesar muchos siglos duros, el pueblo de Israel nunca perdió de vista *su propia* historia. Esta no tenía, de ningún modo, nada de externo o extraño. Se veían plenamente implicados en ella, y esperaban con ansiedad la resolución definitiva de sus problemas.

Cada nombre recogido en la genealogía de Mateo evocaba uno o varios episodios de la historia de Israel. Una historia bien conocida por todos.

### *El primer go'el*[17]

Desde las primeras palabras de su texto, Mateo sitúa a Jesucristo en la línea de los hombres más ilustres de su nación. Como hijo de David e hijo de Abrahán, era heredero legítimo del trono, de la realeza de Israel.

¿Quién fue David? ¿Quién era Abrahán?

Abrahán fue el patriarca de Israel. Dios le llamó alrededor del año 2000 a. C., pidiéndole que dejara su Mesopotamia natal —y con ella la idolatría— para ser padre de una gran nación cuyo signo distintivo habría de ser la adoración del Dios único y verdadero. Dios prometió que bendeciría a Abrahán y a toda su progenie: «Nacerán de ti reyes. Mantendré mi alianza contigo y con tu descendencia futura de generación en generación, como alianza perpetua, para ser yo tu Dios y el de tu descendencia futura» (*Gn 17, 6-7*).

Esta alianza señala a Israel como un pueblo único en el mundo. Solo Israel podía

presentarse como pueblo adoptado de forma única por el Señor del universo. Solo Israel podía decir que tenía un vínculo familiar con Él. Las alianzas crean un parentesco. Construyen un vínculo familiar. Y Dios estableció de forma inequívoca un vínculo de este tipo con los descendientes de Abrahán.

Dios también prometió que en Israel habría «reyes»; y David fue ese descendiente de Abrahán que recibió la vocación de reinar sobre Israel y establecer una dinastía permanente. Se sentó sobre el trono de Israel en torno al año 1000 a. C. Dios prometió a David que su heredero no iba a gobernar solamente Israel, sino todo el mundo, y que su reinado sería perpetuo: «Te daré en herencia las naciones; en posesión, los confines de la tierra» (*Sal 2, 8*). «Yo consolidaré el trono de su realeza para siempre» (*2 Sam 7, 13*).

A lo largo del Antiguo Testamento, Dios hace numerosas promesas; pero solo en dos ocasiones jura solemnemente que va a bendecir a todas las naciones. La primera es con Abrahán, la segunda con David. Es significativo que los dos hechos se producen en el mismo lugar, llamado *Moria* en tiempos de Abrahán y *Jerusalén* mil años después, en la época de David.

Las personas que acogieron estas antiguas promesas vivieron en una intensa expectación. Su fe les decía que el hijo de David llegaría como rey sobre todos los reyes. Vendría a establecer la paz sobre la tierra, empezando por Israel. Como su antepasado David, también sería sacerdote (cf. *Sal 110, 4*). Esta condición hizo que David tuviera derecho a usar las vestiduras sacerdotales (*1 Sam 30, 7*), que pudiera ofrecer sacrificios (cf. *2 Sam 6, 12-15*), y comer el pan reservado a los sacerdotes de la tribu de Leví (cf. *1 Sam 21, 1-6*).

El hijo de David sería ungido, igual que su antecesor, para ejercer este oficio de sacerdote y rey. Sería conocido por el título de «Ungido», que en hebreo se dice *Moshiach*, o Mesías; en griego es *Christos*, del que viene el nombre moderno de Cristo.

## *Go'el en Navidad*

Sin embargo, pronto la promesa de una edad de oro futura parecería estallar en pedazos, a causa de los pecados de David y sus herederos, empezando por Salomón. David cometió adulterio y fue víctima de la ira suicida de uno de sus hijos. Su heredero, Salomón, impuso a sus súbditos tributos muy pesados y fue desobediente a los mandatos de Dios, hasta caer en el pecado más grave, la idolatría. En el curso de una generación, el reino de David se había dividido en otros dos reinos, rivales entre sí: el del Norte y el del Sur. Divididos y disminuidos, tanto la tierra como sus gentes se hicieron más vulnerables a los ataques de sus vecinos. En el siglo VIII a. C., el reino del Norte fue conquistado por Asiria. Poco menos de cien años después, el Sur cayó ante Babilonia. Las clases de élite en Israel fueron deportadas, y la tierra quedó abandonada a su propia ruina. El Templo de Dios fue destruido y la estirpe de David parecía haber sido aniquilada. El último rey de la dinastía davídica, Zedeqías, fue obligado a presenciar la ejecución de todos sus hijos por sus captores caldeos. Después, le arrancaron los ojos, para que la última imagen

que pudiera recordar fueran los cadáveres de sus herederos (cf. 2 Re 25, 7).

Parecía haber llegado el fin de la Casa del rey David. Entonces, ¿cómo iba a encajar el Pueblo de Israel —el pueblo elegido por Dios—, ahora disperso y oprimido, las promesas divinas?

Los profetas mantuvieron encendida su esperanza. Cuando parecía que todos los medios humanos habían llegado a su fin, el profeta Isaías pronunciaba estas palabras: «Mirad que no se ha acertado la mano del SEÑOR para salvar, ni se ha endurecido su oído para oír» (Is 59, 1). Dios iba a encargarse de guiar a su Pueblo, hasta que pudiera contemplar el día del Mesías.

El Mesías iba a completar el papel del *go'el*, en su condición de rey redentor. Sería el héroe luchador que acudiría a rescatar a su gente del peligro, y que reivindicaría su dignidad. Llegaría en el seno de la familia. Iba a llegar como *hijo*.

Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Sobre sus hombros está el imperio, y lleva por nombre: Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz (Is 9, 5).

De la raíz de David iba a nacer «un retoño», «una rama» (cf. Is 11, 1) —un hijo— que restauraría las fortunas dilapidadas por los reyes de Israel y de Judá. Lo había profetizado Isaías: «Escuchad, casa de David [...] Mirad, la virgen está encinta y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Enmanuel» (Is 7, 13-14).

\*\*\*\*\*

San Mateo era consciente de que se estaba adentrando en un tema profundo y a la vez poderoso para sus lectores. Estaba hablando de *su* historia, una historia que ellos sabían que estaba inacabada y que esperaba su final. Cada uno de los nombres citados por san Mateo evocaba un episodio dramático y bien conocido para la nación de los descendientes de Abrahán. A medida que Mateo pasa de una generación a otra, de cada padre a su hijo, solo podemos imaginar la gran expectación con que acogerían sus palabras los primeros oyentes. Se preguntarían qué haría al llegar el momento del exterminio de la descendencia de David.

La sorpresa fue que no omitió ese episodio. Siguió con la cita de catorce generaciones «después de la deportación a Babilonia» (Mt 1, 12), hasta llegar a la generación de Jesús.

Su genealogía se centra en el rey David y se estructura en tres grupos de catorce generaciones: «Por lo tanto, son catorce todas las generaciones desde Abrahán hasta David, y catorce las generaciones desde David hasta la deportación a Babilonia, y también catorce las generaciones desde la deportación a Babilonia hasta Cristo» (Mt 1, 17). El mismo número catorce es un sello davídico. La escritura hebrea representa los números con letras del alfabeto, y el catorce se escribe con las consonantes del nombre de David. Al hacerlo, Mateo da muestra de haber pensado esta sección inicial como una proclamación de la identidad regia de Jesús.

Al empezar su narración con una genealogía, san Mateo estaba enviando un

mensaje bien preciso al resto oprimido de los hijos de Abrahán, que sufría viendo que la Tierra Prometida estaba gobernada por conquistadores paganos. Les decía que había llegado la época del Mesías y, con ella, empezaba el reinado perpetuo del auténtico Hijo de David.

\*\*\*\*\*

Una genealogía es un registro familiar. Tradicionalmente, en sociedades patriarcales como la de Israel, recoge las conexiones entre padres e hijos. Son sociedades que comprendían la familia como base de toda su historia y de la propia sociedad. Incluso un vínculo como el existente entre reyes y súbditos se entendía de forma análoga a la relación familiar «de carne y hueso» (cf. 2 *Sam* 5, 1). Pero, en Israel, la imagen representaba más que una metáfora; era una realidad genética, ya que la nación entera estaba formada por los descendientes de Abrahán.

Por medio de los profetas, Dios había prometido la llegada de un hijo de David, e hijo de Abrahán. En las primeras líneas de su Evangelio, Mateo pone de relieve que esa promesa se estaba cumpliendo en Jesús.

Sin embargo, también introduce en su genealogía algunas curiosidades, en forma de saltos y giros que, en un primer momento, parecerían pensados para provocar. Por ejemplo, incluye a mujeres: Tamar, Rahab, Ruth y Betsabé, la mujer de Urías. Esa decisión era rara, aunque no totalmente desconocida para la memoria histórica de Israel. En efecto, algunas genealogías del Antiguo Testamento incluyen a heroicas matriarcas. Lo llamativo en la genealogía de Mateo es el grupo de mujeres que ha escogido. Las cuatro son gentiles —extranjeras, no judías— y tres de ellas están vinculadas a conductas sexuales inmorales. Tamar, cananea, tuvo relaciones sexuales con su suegro (cf. *Gn* 38, 15-18). Rahab, también cananea, había ejercido la prostitución (cf. *Jos* 2, 1-24). Pero la más destacada de la lista es Betsabé, la hitita que cometió adulterio con el mismísimo rey David. Mateo parece querer añadir leña al fuego de la polémica cuando no se limita a listar su nombre, sino que precisa: «La mujer de Urías» (*Mt* 1, 6). Llama así plenamente la atención sobre su pecado de adulterio.

¿Qué intención tiene Mateo con esta elección? Parece que quiere adelantarse a la polémica apologética. Con la inclusión de mujeres paganas y de mala reputación entre los ascendientes de Jesús, Mateo se anticipa a los argumentos de quienes iban a cuestionar la dignidad mesiánica de Jesús.

Tan pronto como en el siglo I d. C., la predicación de la concepción virginal de Jesús iba a provocar sonrisas irónicas en los oyentes escépticos. Puede que sea esta la razón por la cual, en el Evangelio según san Marcos, los conciudadanos de Jesús le llaman «hijo de María» (*Mc* 6, 3). La costumbre dictaba que se nombrara a un hombre como hijo de su padre, a no ser que se quisiera cuestionar esa paternidad.

El embarazo de María fuera del matrimonio se convirtió en un motivo común de los primeros escritos anticristianos de la antigüedad. Tanto el *Talmud* judío, como las obras del pagano griego Celso, le acusan de fornicación y adulterio[18]. Mateo neutraliza sus



objeciones mostrando que una concepción fuera del matrimonio no anula los derechos de Jesús como Mesías: si fuese un impedimento, Salomón, el principal hijo de David, tendría que ser rechazado como rey.

El origen étnico de esos cuatro antepasados es por lo menos tan importante como su género. Con la inclusión de gentiles, el linaje de Jesús es un anticipo del destino universal del Evangelio, que se extiende «a todos los pueblos» (*Mt* 28, 19). El mismo Jesús iba a revelar que la verdadera familia del Mesías no tiene carácter tribal, étnico ni nacional. Sus miembros «no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios» (*Jn* 1, 13). A la pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?», su respuesta es: «Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen» (*Lc* 8, 21).

En las primeras líneas del primer Evangelio, Mateo prepara el camino hacia un replanteamiento radical de las relaciones familiares. Conforme a las expectativas, el Rey, el Mesías y Salvador ha llegado al mundo como un hijo. Pero, al mismo tiempo, ha venido para revolucionar los conceptos mismos de filiación y paternidad, también de maternidad y familia.

Y no lo hizo como si de una discusión meramente académica se tratara. La pregunta sobre la identidad de Jesús, que incluye sus antecedentes, debe responderse con un «sí» o un «no». El dilema dio lugar a divisiones en el seno de todos los clanes de Palestina, y en cada hogar donde los judíos se convertían al cristianismo. Todo el mundo estaba dispuesto a aceptar que Salomón era verdaderamente hijo de David, no obstante la imperfección de su ascendencia. Sin embargo, ¿era válido este principio para Jesús?

\*\*\*\*\*

Los lectores más críticos señalan repetidamente la existencia de «discrepancias» entre las genealogías presentadas en los Evangelios de Mateo y de Lucas. Realmente, existen diferencias entre una y otra, y yo ya he mencionado una. Mateo *empieza* su Evangelio con la genealogía de Jesús, como prelude de la concepción y del nacimiento del Mesías. Lucas, en cambio, presenta a los antepasados de Jesús en un punto mucho más avanzado del relato, al principio de la vida pública de Jesús.

Otra diferencia se encuentra en la extensión de cada lista. La de Lucas es mucho más larga, porque presenta a 76 generaciones, frente a las 46 recogidas por Mateo.

También los métodos de los dos evangelistas son distintos. Mateo reconstruye el linaje de Jesús a partir de Abrahán, mientras Lucas lo hace retroceder a partir de Jesús. Por otra parte, Lucas no se detiene en Abrahán, sino que sigue retrocediendo en las generaciones hasta llegar a Adán, el primer ser humano. El fin de Lucas es bien preciso. Si Mateo deseaba destacar las credenciales de Jesús como Mesías de Israel, Lucas se propone que también los gentiles lleguen a reconocerle como Salvador del mundo.

Además, retrocediendo hasta Adán, Lucas desea evocar eso que los cristianos iban a llamar *Protoevangelio* o «primer Evangelio», el versículo del *Génesis* (3, 15) en el que Dios predice la enemistad entre Satanás y la descendencia de la mujer. Este texto del

*Génesis* es el único que presenta a un niño en concreto como «descendiente» de una mujer, ya que ese término se aplica normalmente a la relación de un hijo con su padre. La Tradición cristiana lo ha interpretado siempre como una referencia a Jesús, que no tiene padre biológico. Es la única persona en toda la historia que en realidad se define como descendiente de una mujer. Una vez más, con la referencia implícita a este primer oráculo, Lucas quiere mostrar que la esperanza en un salvador no es patrimonio de Israel solamente, sino de toda la humanidad.

Con todo, las diferencias más importantes se encuentran en la forma en que Mateo y Lucas cuentan las generaciones entre David y Jesús. Ambas genealogías son prácticamente idénticas hasta ese punto, pero después de él son distintas casi por completo. La primera diferencia es casi inmediata a David. Mateo continúa el linaje de Jesús a partir de Salomón, porque fue el heredero de David como rey. Lucas, en cambio, muestra la descendencia de David a partir de uno de sus hijos mayores, Natán. A partir de ese momento, las dos genealogías solamente coinciden en dos nombres: Sealtiel y Zorobabel.

Los primeros cristianos ya se desconcertaron ante los distintos puntos de vista adoptados por Mateo y Lucas, y los Padres de la Iglesia se propusieron desde el primer momento ofrecer soluciones al problema en sus comentarios. A principios del siglo IV d. C., el sabio obispo Eusebio de Cesarea empezaba su obra *Sobre las diferencias entre los Evangelios* con una extensa disertación sobre las genealogías, en la que buena parte de su material se nutre del historiador Sexto Julio Africano, que había vivido un siglo antes y que había viajado por numerosos países[19].

Son muchos los santos y especialistas que coinciden en la opinión de que Lucas traza la genealogía de Jesús a partir de su madre, María; mientras que Mateo la recorre a través de su padre adoptivo, José. La interpretación es bastante plausible, ya que tiene una correspondencia en la perspectiva que cada evangelista mantiene a lo largo de todo su relato de la infancia. Mateo presenta continuamente el punto de vista de José, con sus intenciones, sus sueños y demás. Lucas, por su parte, narra la historia de María, desde el momento de la Anunciación. Antes de llegar a ella, nos presenta una historia de los parientes de María, en este caso de Zacarías e Isabel, que son las primeras personas presentadas en el Evangelio según san Lucas.

Otros intérpretes señalan que, en su genealogía, Mateo subraya que Jesús continúa una herencia *real*, mientras que Lucas se centra en sus antepasados sacerdotes. Una vez más, la interpretación se corresponde a las características generales de cada Evangelio. Así, a lo largo del Evangelio de Mateo, se proclama con frecuencia que Jesús es el «Hijo de David». El Evangelio de Lucas, por su parte, empieza en el recinto del Templo y en el contexto del drama de una familia sacerdotal; además, los motivos sacrificiales se repiten con mucha frecuencia en su relato de la vida de Jesús. (De hecho, lo hace tantas veces que el arte católico retrata muchas veces a Lucas con el símbolo de un toro, que era una de las víctimas habituales en los sacrificios).

No hay contradicción entre las dos tradiciones interpretativas. Puede que sean complementarias. Los historiadores han reconciliado las discrepancias entre Mateo y

Lucas por otras vías. Por ejemplo, hay antepasados que pueden haber tenido más de un nombre: por ejemplo, Salomón también se llamaba Jededías (cf. 2 *Sam* 12, 24-25). Por eso se le puede mencionar bajo formas distintas en las listas. También puede ser que otros personajes tengan dos padres, uno de nacimiento y otro por adopción, por lo que también aparecen de formas diferentes en los relatos.

Resultaría tarea fácil llenar un libro con las numerosas hipótesis y soluciones especulativas a las que han dado lugar las diferencias entre las dos genealogías del Nuevo Testamento. Puede resultar apasionante para algunos expertos en la materia, entre los cuales me incluyo. Pero me parece que no lo es para la mayoría de la gente.

Con demasiada frecuencia, pretendemos que los evangelistas actúen de la misma forma que los especialistas de cada campo en la época moderna. Ya que están escribiendo una historia, esperamos que aporten las fuentes de cada una de sus afirmaciones, y deseáramos poder comprobarlas. Cuando escriben una genealogía, queremos que hagan algo semejante al libro que preparó un amigo mío para su familia. En él, daba una explicación exhaustiva de cada generación, desde el primero de sus antepasados en llegar a las costas americanas, en el siglo XVII. Es decir, cubre detalladamente cuatrocientos años de historia, por lo que el libro es casi tan pesado como el diccionario que uso habitualmente. Mateo y Lucas habrían tenido que recopilar información muchísimo más abundante para cubrir los cientos de años transcurridos entre los patriarcas y Jesús.

Sin embargo, los evangelistas no se proponían que sus genealogías fueran exhaustivas. Frente al relato detallado, querían esbozar la idea de un progreso histórico. Mateo lo desarrolla con tres momentos simétricos: primero los patriarcas, seguidos por los reyes y después por los ciudadanos corrientes. De esta forma, la propia trayectoria de las generaciones muestra que Dios ha descendido hasta la humanidad más sencilla. ¿Hay mejor forma de preparar el nacimiento del Rey Mesías en un establo? Aunque tanto Mateo como Lucas nos dan una presentación certera del origen familiar de Jesús, ninguno de los dos buscaba hacerlo de forma completa.

Eso no impide que los dos logren definir bien la identidad de Jesús, por medio de sus relaciones familiares. Él es Rey y Mesías. Es sacerdote y redentor de Israel. Es el artífice de una nueva creación. Y es todo esto porque es, ante todo, el Hijo.

- 17 *Go'el* es un término hebreo que designa al conjunto de todos los descendientes de un antepasado común, que comparten por ello una serie de derechos y deberes. Entre estos últimos, era muy importante el compromiso de rescatar a otros miembros de la estirpe que, por cualquier motivo, hubieran caído en la cautividad o en la esclavitud. Se podría traducir por linaje o estirpe (NdT).
- 18 Cf. Peter Schäfer, *Jesus in the Talmud*, Princeton University Press, Princeton (NY) 2007, pp. 15-24. Cf. también Orígenes, *Contra Celso* 1, 28 y 1, 32.
- 19 Cf. la nueva edición y traducción inglesa: Eusebio De Cesarea - Roger Pearse (ed.), *Gospel Problems and Solutions*, Chieftain Publishing, Ipswich 2010.

## IV. EL FALSO REINO

Cuando Martin Luther King pronunció en 1963 su discurso más famoso, *Tengo un sueño*, no utilizó ningún argumento. Se limitó a transmitir un mensaje, y a hacerlo con los recursos más potentes. Sin detenerse a citar sus fuentes, recurrió a himnos populares y espirituales, a los profetas Amós e Isaías, a la *Declaración de Independencia* y la *Constitución de los Estados Unidos*, y a la *Proclamación de Emancipación* de Abraham Lincoln. Citó y parafraseó esos textos, a veces dejando caer alguna palabra, nombre o imagen. Nadie le pidió que diera explicaciones o el contexto de sus afirmaciones. King estaba tomando prestado el poder emocional de muchos recursos culturales comunes: ese tipo de cosas que, sencillamente, todo el mundo *sabía*[20].

Mateo hizo uso de la misma dinámica cultural en la redacción de su primer capítulo. En su caso, los detalles que todo el mundo *sabía* eran la historia de Israel, los oráculos de los profetas, la expectación de un Mesías y las características de ese Mesías que había de venir.

Este sentido maduro de una expectación está contenido en el Nuevo Testamento mismo. Los judíos del tiempo de Jesús creían que la llegada del Mesías era inminente — cualquier día de estos—, o no muy lejana. Se manifiesta, por ejemplo, en la forma en que las muchedumbres seguían a Jesús. Pero también en que no dejaban de mirar a otros pretendidos mesianismos. En los *Hechos de los Apóstoles*, el gran rabino Gamaliel nos da a conocer dos de ellos:

Hace poco se levantó Teudas, que decía ser alguien, y se le unieron unos cuatrocientos hombres; lo mataron y todos sus seguidores se disgregaron y quedaron en nada. Después de él se levantó Judas el Galileo en los días del empadronamiento, y arrastró al pueblo tras de sí; murió también y todos sus seguidores se dispersaron (*Hech 5, 36-37*).

Otros autores del siglo I d. C. nos dan los nombres de otros pretendidos Mesías. El historiador Flavio Josefo menciona a más de una docena, todos ellos del tiempo de Jesús o de fecha próxima. Un número de salvadores que es bastante elevado para un territorio equivalente al de Nueva Jersey, y con una población probablemente menor que el actual estado de Nueva Jersey[21].

La expectativa era patente en el ambiente. Atraviesa todos los documentos de esa época que han llegado hasta nosotros. En el caso de la comunidad que custodiaba los manuscritos del Mar Muerto, llegaba casi a la obsesión. Elaboraron planes muy detallados para establecer la forma de la adoración ritual en el tiempo del Mesías. Trazaron las líneas maestras de las batallas para la reconquista de los territorios que habían sido patrimonio tradicional de Israel, la Tierra Prometida. En esas batallas futuras,

el Mesías iría a la cabeza del ejército.

La expectativa mesiánica también aparece en los antiguos *Targumim*[22]. Son «traducciones» explicativas de bastantes libros de la Biblia Hebrea. Tienen el estilo de paráfrasis muy amplias, y buena parte del material que añaden se refiere al Mesías: que iba a nacer de la tribu de Judá y en la descendencia del rey David; hablan de cómo vencería a los paganos que estaban oprimiendo a Israel, de qué forma iba a restaurar el Templo y ejercer su poder de juicio sobre todas las personas, enviando a los malvados al infierno (*gehenna*) y a los buenos al paraíso.

Los *Targumim* expresan la esperanza de esos tiempos, a la vez que contribuyen a aumentarla. Probablemente, se leían en voz alta en las sinagogas, en las liturgias de cada *Sabbath* y de los días de fiesta. Así, alimentaban la oración de las familias de Israel.

\*\*\*\*\*

La expectativa mesiánica adquirió mayor intensidad en los siglos anteriores al nacimiento de Cristo. Existía la creencia común en que la plenitud de los tiempos estaba cercana. Además, esta opinión se apoyaba en razones de peso.

La dinastía asmonea gobernó Judea entre los años 140 y 37 a. C. Bajo Juan Hircano, el reino judío conquistó la tierra de Idumea (con el nombre bíblico de Edom), situada hacia el sur, cerca del Mar Muerto. Juan exigió que todos los edomitas observasen la ley judía, o se fueran al exilio. Pero cumplir esa ley significaba imponer reglas estrictas a toda la población, y obligaba a circuncidar a todos los varones. La mayoría de los edomitas aceptaron las condiciones y se quedaron en su tierra. De todas formas, los fariseos y otras élites religiosas nunca llegaron a aceptarles plenamente como «verdaderos judíos».

A pesar de las dificultades, consiguieron adquirir una influencia creciente, sobre todo a través de la negociación con una potencia mundial por entonces emergente: Roma.

De entre los edomitas surgió un hombre que parecía deseoso de restaurar la fortuna de Israel y de ser capaz de hacerlo, devolviéndole las condiciones establecidas en la alianza de Dios con David. Su nombre era Herodes, y los historiadores suelen añadir el apelativo «el Grande».

Tras ser nombrado «rey de los judíos» alrededor del año 40 a. C., Herodes completó las conquistas que habían empezado los asmoneos, ocupando todos los territorios que habían formado parte de Israel en tiempos de la monarquía davídica. Poco a poco, procuró adquirir la apariencia del «hijo de David». Emulando a Salomón, que había construido el primer Templo, Herodes reconstruyó el segundo Templo, superando la escala de la construcción hasta hacerla grandiosa.

También era un agudo estratega. En un primer momento, Herodes se hizo aliado de Marco Antonio y Cleopatra, y consiguió consolidar esa alianza frente al adversario común, Octavio (Augusto). Este, por su parte, siempre estaba dispuesto a atacar. El pueblo prosperó bajo Herodes, que fundó nuevas ciudades y emprendió proyectos constructivos extravagantes. Apoyado en el soporte militar de sus aliados romanos, trajo

a la región, al menos en cierta medida, paz, estabilidad y seguridad.

Herodes hacía gala de observancia religiosa. Cumplía escrupulosamente las leyes judías sobre la comida. Aunque solo llegó a empezar la reconstrucción del Templo, su proyecto era grandioso. Solo dio permiso a los sacerdotes, cuyas manos habían sido consagradas, para trabajar en su construcción.

Aún así, las clases más altas seguían considerando a Herodes un gentil, por ser edomita. En consecuencia, solo le aceptaban como un rey de los judíos de carácter transitorio. Él sabía muy bien que existía esta opinión, pero de todas formas luchó por la prosperidad de su reino. También intentó manipular la opinión pública, destituyendo al Sumo Sacerdote de Jerusalén y nombrando en su lugar a su suegro; pero esta decisión empeoró su fama.

Su inseguridad le consumía y suscitaba en él una suspicacia monstruosa. Por mucho que sus éxitos le valieran el sobrenombre de «el Grande», todos los relatos de su tiempo le retratan como una personalidad enferma. Organizó el asesinato de su esposa, Mariamna, y de tres de sus hijos —Alejandro, Aristóbulo y Antípater— porque temía que conspirasen para destronarle. Sus miedos paranoicos frecuentemente terminaban con la purga de sus súbditos. Una vez, hizo ejecutar a cientos de sospechosos de conspiración, que fueron crucificados a lo largo de una de las vías más frecuentadas de la ciudad, y ordenó que sus cuerpos quedasen abandonados allí durante varias semanas.

Aparentemente piadoso, pero sádicamente cruel, la actitud contradictoria de Herodes hizo que César Augusto dijera de él: «Es mejor ser su cerdo que su hijo»[23]. En principio, un cerdo se encuentra a salvo de una persona que observa el *kosher*.

En todo caso, por despreciable que fuera, Herodes tenía algo de genio. Sus éxitos tuvieron dimensiones impresionantes: el restablecimiento de la Tierra Prometida, el rescate de las tribus que se habían dispersado entre los paganos y la reconstrucción del Templo. Estos logros parecían dar cumplimiento a muchas de las profecías, por lo que parecía que se estaban dando las condiciones necesarias para la llegada del Mesías.

De hecho, en Jerusalén las especulaciones estaban al orden del día. Según un relato de la época, los sacerdotes del Templo, a través de un estudio del profeta Daniel, habían llegado a la conclusión de que había llegado la época mesiánica. Decían que las setenta semanas de años, de las que habla Daniel en el capítulo 9, habían transcurrido ya. En esa misma investigación examinaban a cada posible candidato, y enseguida desestimaron a Herodes: «Los sacerdotes se entristecían y se lamentaban entre ellos, y en secreto; no se atrevían a hacerlo abiertamente por miedo a Herodes y a sus amigos. Se decían: nuestra Ley no nos permite tener a un extranjero por rey»[24]. A pesar de sus precauciones, su opinión llegó a oídos del rey, que ordenó su ejecución.

Sin embargo, otras personas se preguntaron si Herodes podría ser el Hijo de David. Después de todo, incluso Salomón había tenido caídas graves. Si el primer hijo de David había sido culpable de idolatría, poligamia, de imponer impuestos oprimentes, y de profunda desobediencia a Dios, ¿era posible que un nuevo hijo de David tuviera que ser perdonado constantemente de su tendencia asesina?

También existía otro corolario para la especulación mesiánica de este primer siglo, y

era aún más peligroso. Ya que Herodes *no* era el ungido, tal vez fuera un precursor. Es decir, podía tratarse de una persona enviada por Dios para preparar el camino al Mesías y desaparecer después.

Resulta bastante plausible que Herodes tuviera la sospecha de que el verdadero Hijo de David podía llegar en cualquier momento. ¿Qué pasaría entonces con el rey actual?

Todo apunta a que se había generalizado una conciencia, a la vez intensa e inquieta, de que el tiempo del Mesías estaba a punto de llegar. Y todo el mundo la compartía, desde los reyes a los sacerdotes.

Este ambiente de expectación alcanzó también al mundo pagano. El poeta romano Virgilio interpretaba el ascenso de César Augusto como el cumplimiento de las esperanzas y los miedos de todos los tiempos. En su *Cuarta égloga*, dirige una oración a la diosa de los nacimientos, en la que le pide su bendición para el futuro emperador que estaba naciendo.

Alégrate, casta Lucina, por el nacimiento de este niño, que hará cesar la edad de hierro, reinante hasta ahora [...] Comenzará esta edad gloriosa e iniciarán su marcha los meses magníficos.

A continuación, Virgilio se dirige a Augusto:

Bajo tu guía, si aún quedan vestigios de nuestro crimen, nulos a perpetuidad los harán por miedo las naciones.

Finalmente, concluye: «Recibirá el niño de los dioses la vida [...] Con las virtudes de su padre regirá a todo el orbe en paz».

En casi todo el mundo conocido, aunque a veces se forma difusa, se percibía que el curso de la historia estaba alcanzando un punto de clímax. Era como si las gentes ya estuvieran buscando la explicación de un acontecimiento que les parecía inevitable.

También las inteligencias angélicas parecían percibir que estaba ocurriendo algo. Si los ángeles caídos se dieran cuenta de que una intervención de Dios era inminente, sin duda hubieran lanzado distracciones en los lugares clave. Por ejemplo, aparentarían que las profecías se habían cumplido en extrañas figuras, como reyes y emperadores.

Entretanto, al final del reinado de Herodes, en un rincón silencioso de la tierra de Israel, el Mesías llegó a la tierra.

Uno de los primeros autores cristianos cuyos escritos se han conservado, san Ignacio de Antioquía, cuenta que la llegada del Cristo «al príncipe de este mundo le ha sido ocultada», ya que fue «realizada en el silencio de Dios»[25].

No permanecería escondida a los oídos del rey Herodes durante mucho tiempo.



- 20 The New Testament scholar Dale C. Allison, Jr., analyzes Dr. King's speeches to make this point in *Scriptural Allusions in the New Testament* (North Richland Hills, TX: BIBAL Press, 2000), 1-3.
- 21 El estado de Nueva Jersey es uno de los más pequeños en los Estados Unidos, situado en la costa este. Tiene un territorio de 22.588 km<sup>2</sup> y una población de 8.791.894 habitantes, según datos de 2010. El actual estado de Israel tiene una superficie de 22.145 km<sup>2</sup> y una población de 8.134.100 habitantes. En España, puede ser similar a la Comunidad Valenciana, con una extensión de 23.255 km<sup>2</sup> y 5.129.266 habitantes (NdT).
- 22 Sobre el concepto de «Mesías» que se encuentra en los *Targumin* contemporáneos al Nuevo Testamento, cf. Craig A. Evans, *From Jesus to the Church: The First Christian Generation*, John Knox, Louisville (Westminster) 2014, pp. 39-44; ID., «Early Messianic Traditions in the Targums», en *Jesus and His Contemporaries*, Brill, Leiden 2001, pp. 155-181; José A. Fitzmyer, *The One Who Is to Come*, Eerdmans, Grand Rapids (MI) 2007, pp. 146-178; Martin McNamara, *Palestinian Judaism and the New Testament* Michael Glazier, Wilmington (DE) 1983, pp. 205-252; Samson H. Levey, *The Messiah: An Aramaic Interpretation: The Messianic Exegesis of the Targum*, Hebrew Union College Press, Cincinnati 1974.
- 23 Macrobio, *Saturnalia* 2, 4, 11.
- 24 El texto se encuentra en la versión eslava de *La Guerra judía* (1, 370) del historiador Flavio Josefo, un judío del siglo I d. C. Coincide con textos igualmente antiguos, del historiador cristiano Eusebio de Cesarea, y de san Epifanio, que muy probablemente tuvo acceso a la fuente original, en griego.
- 25 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los efesios*, 19.

## V. MARÍA, CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA

Ella ha sido la inspiración de muchas de las grandes obras de poesía, música, pintura, escultura y arquitectura monumental. Suyo es el poder expresivo que da vida a la *Pietà* de Miguel Ángel. En su honor, los arquitectos medievales erigieron las grandes catedrales de Chartres y *Notre Dame*. La Capilla Sixtina está dedicada a su memoria. Innumerables voces invocan su nombre cantando el *Ave Maria* con las melodías de Schubert y Bach. Ella y su hijo divino están en el centro de la magnífica *Madonna Sixtina* de Rafael. También es el tema de grandes obras maestras de Giotto, Duccio y Cimabue, de Leonardo da Vinci y muchos otros, hasta Picasso y Andy Warhol.

La Iglesia le invoca con docenas de títulos, algunos poéticos y otros teológicos. Nos dice que Ella es la Bienaventurada Virgen, la Madre de Dios, Reina de los Ángeles, la Inmaculada Concepción; Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, Rosa mística...

Todos esos nombres y creaciones culturales han contribuido a nuestra formación cristiana, y nos han dejado un conocimiento sobre ella. Son como el oro que los primeros cristianos usaban a veces para enmarcar las reliquias de la Cruz. Son hermosos y adecuados, pero también pueden tener el efecto involuntario de oscurecer aquello que se proponían honrar. No podemos olvidar que la Cruz en la que tuvo lugar nuestra salvación estaba hecha de madera corriente.

De manera semejante, el Arca de la Nueva Alianza —el vaso digno de honor— era muy normal. La joven que fue portadora de nuestra salvación desde el mismo instante en que descendió del Cielo, también era, en muchas cosas, una chica corriente de un lugar sin importancia.

Para conocer a la Santísima Virgen como realmente es, tenemos que buscar cómo era antes de que se diera a conocer la magnitud de su Gloria. Para ello, tenemos que mirar cómo fueron sus años de crecimiento, hasta llegar a la madurez, en la aldea polvorienta de Nazaret.

\*\*\*\*\*

Actualmente, Nazaret es la ciudad más grande del distrito norte de Israel. Su población casi llega al cuarto de millón de habitantes. Pero en el siglo I a. C., probablemente solo tenía unos cientos de habitantes, cuya mayor parte vivía en cuevas excavadas en la colina. Con seguridad, Nazaret obtenía beneficios económicos de los proyectos constructores de Herodes, que estaban muy cerca. De todas formas, su aspecto no era muy impresionante para los forasteros. La observación que hace Natanael

a Felipe, al principio del Evangelio de san Juan, representa probablemente la típica reacción de un ciudadano ante la mención de una aldea insignificante: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (*Jn* 1, 46).

La raíz semántica del nombre de Nazaret parece ser el término hebreo *nezer*, que significa «rama». No sabemos cómo se convirtió en el nombre de la población. De todas formas, los cristianos han visto siempre Nazaret como el cumplimiento de un oráculo mesiánico pronunciado por Isaías: «Saldrá un vástago de la cepa de Jesé y de sus raíces florecerá un retoño» (*Is* 11, 1). Dado que Jesé fue el padre del rey David, la «cepa» es un símbolo claro de su árbol familiar, que había quedado reducido prácticamente a la nada. De esa cepa iba a salir un «retoño», que es el Hijo de David. Según los versículos siguientes, este estaría lleno del Espíritu Santo e iba a inaugurar una época de paz, no solo para Israel, sino también para los gentiles. Y sigue profetizando Isaías: «Aquel día, la raíz de Jesé se alzará como bandera para los pueblos, la buscarán las naciones, y su bandera será gloriosa» (*Is* 11, 10).

Hoy en día, el centro principal de Nazaret es la Basílica de la Anunciación, construida sobre la «gruta venerable», los restos de la humilde cueva que sirvió como hogar a María, la Madre de Jesús, en su infancia. El altar de la iglesia tiene inscritas en latín las palabras *HIC Verbum caro factum est - AQUÍ el Verbo se hizo carne*.

Fue *allí*, en una gruta bien limpia y muy cuidada, donde «el ángel del Señor anunció a María, y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo»[26].

Es poco lo que podemos saber con certeza de la infancia de María, solo lo que somos capaces de averiguar con una lectura cuidadosa de las palabras suyas recogidas en los Evangelios. Sus propias palabras hacen patente que creció en un hogar piadoso. Conocía las Escrituras de Israel, los libros que nosotros llamamos Antiguo Testamento, y tenía facilidad para citarlas y hacer referencia a ellas. Es poco probable que poseyera libros, por lo que su medio más probable para conocer la Biblia sería su proclamación en la sinagoga local; también las conversaciones después de la cena, en casa y con sus amigos. Tenía hábitos de piedad bien consolidados, y no tembló ni dudó en el momento de conversar con un arcángel.

Muchas obras de arte la representan trabajando, y sin duda ofrecen un retrato acertado. La vida familiar de aquel entonces exigía un trabajo intenso. No existían ayudas externas que se ocupasen de las tareas corrientes —cocina, limpieza, lavandería— y estas, por su parte, requerían mucha atención y dedicación.

La primera vez que aparece en los evangelios, ya está comprometida con un hombre. Esto hace probable que estuviera en la primera adolescencia, tal vez tuviera trece años. La esperanza de vida era de treinta años para los hombres, más baja en las mujeres. Las jóvenes normalmente contraían matrimonios concertados, poco después de la entrada en la pubertad. Sus maridos solían tener algunos años más, ya que se casaban cuando habían demostrado ser capaces de mantener a una familia.

\*\*\*\*\*

También sabemos que María tenía lazos familiares cercanos con Zacarías e Isabel. Eran sus parientes, aunque desconocemos en qué grado. Es posible que fueran primos suyos, pero también podrían ser tíos. La relación con ellos era cercana, aunque vivían a unos 140 km de distancia, al sur de Nazaret, en la aldea de Ein Karem. En cuanto María se enteró de que Isabel estaba embarazada, quiso ir a ayudar a su pariente, y «marchó deprisa» (Lc 1, 39), emprendiendo un duro viaje.

La cercanía entre María e Isabel puede tener varias explicaciones. Si el matrimonio había vivido siempre en Ein Karem, es probable que María les conociera con ocasión de los viajes que haría su familia a Jerusalén, tres veces al año, por las fiestas de la Pascua, las Semanas y la de las Tiendas. También es posible que Zacarías e Isabel hubieran vivido en Nazaret y que se hubieran trasladado a Ein Karem a una edad avanzada, para estar más cerca de Jerusalén, donde Zacarías ejercía el ministerio sacerdotal.

Zacarías era sacerdote; su oficio era hereditario y estaba reservado a los hombres de la tribu de Leví. Solo los sacerdotes levitas podían officiar los ritos y ofrecer sacrificios en el Templo. Los levitas carecían de territorio propio y vivían dispersos por los territorios de las demás tribus. Los varones adultos empezaban a ejercer el oficio sacerdotal a una edad avanzada, se organizaban en 24 divisiones y su servicio rotaba a lo largo del año. Muchas familias de sacerdotes, como la de Zacarías, decidían vivir cerca de Jerusalén para facilitar la atención de ese ministerio.

Dice una antigua tradición que María también sirvió en el Templo durante un tiempo. Si es verdad, puede que hubiera permanecido en casa de sus familiares durante esa etapa. ¿En qué pudo haber consistido ese servicio? El *Protoevangelio de Santiago*, redactado probablemente en torno al 125 d. C., afirma que, entre los 3 y los 12 años, «María permaneció en el Templo del Señor, nutriéndose como una paloma, y recibía su alimento de manos de un ángel»[27]. El texto describe a María realizando tareas sencillas, como recoger agua, pero también elaborando artesanías complejas. Es elegida de entre las vírgenes consagradas de Israel para tejer el intrincado velo que protegía el Santo de los Santos, en el Templo.

Aunque la composición del *Protoevangelio* es tardía, comparada con los Evangelios, sigue siendo uno de los primeros documentos cristianos que han llegado hasta nuestros días. No tiene la misma autoridad que los Evangelios canónicos, ni es necesario creer en él. Sin embargo, nos aporta información abundante sobre lo que creían los cristianos, y las tradiciones que conservaron, acerca de la Santísima Virgen, cuando aún no hacía mucho que había terminado sus días terrenos. Por último, la mayoría de las cosas que presenta el *Protoevangelio* no son tan extravagantes como podría sugerir su estilo trepidante y descuidado.

Después de todo, la *Torah* habla de «mujeres que servían a la puerta de la Tienda de la Reunión» (Ex 38, 8), precursora del Templo de Israel. Ese oficio se mantenía varios siglos después, en la época de Elí (cf. 1 Sam 2, 22). El *Segundo libro de los Macabeos*, escrito en el siglo II a. C., confirma otro dato del relato, porque habla de vírgenes consagradas que viven en el recinto del Templo y que se dedican a la oración (2 Mac 3, 19-20). También el *Apocalipsis de Baruc*, probablemente escrito originalmente

en hebreo y en el siglo I d. C., da noticia de la presencia en el Templo de «vírgenes vestidas de lino y seda con oro de Ofir»[28].

Sabemos que la familia de María estaba relacionada con el sacerdocio de Jerusalén. Además, varias fuentes nos hacen saber que había mujeres jóvenes que se dedicaban a servir al Templo con su oración. Nuestras fuentes atestiguan que la costumbre existía en tiempos de Moisés, de David y de Jesús.

Por eso, podemos al menos aceptar como *posibilidad* que parte de la infancia de María hubiera transcurrido en el servicio en el Templo, como dicen que hizo los relatos apócrifos. También es posible que se hubiera consagrado a este propósito.

En todo caso podemos estar seguros de que María, que había vivido en casa del sacerdote Zacarías, estaba familiarizada con muchas de las costumbres propias del servicio sacerdotal. Las tradiciones del Templo de Jerusalén deben haber influido en su piedad, y en consecuencia también en la piedad de la casa que ella mantuvo siendo ya esposa y madre.

\*\*\*\*\*

El aspecto más controvertido del servicio en el Templo, y también en referencia al particular papel de María en la vida del Mesías, es la virginidad. Como ya hemos tenido ocasión de mencionar en el capítulo dedicado a la genealogía de Jesús, los no cristianos cuestionaron la castidad e integridad de María ya en los siglos I y II d. C. El *Protoevangelio de Santiago* consideró útil responder a la cuestión con el testimonio de una matrona, que habla en nombre de María.

La virginidad de María era una cuestión claramente importante para los primeros cristianos. El Evangelio según san Mateo establece que da cumplimiento a una profecía mesiánica de Isaías: «Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: “Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros”» (Mt 1, 22-23, cita Is 7, 14).

Mateo cita el oráculo por la versión de los Setenta, la primera traducción del Antiguo Testamento al griego, que se había terminado en el siglo III o II a. C. ¿Qué importancia tiene esto? En ella se traduce la palabra hebrea *almah* por la griega *parthena*, o virgen; mientras otras traducciones judías, ya posteriores al cristianismo la traducen por «mujer joven». El cambio llevó a san Justino Mártir y a san Ireneo, que escribieron a mediados del siglo II d. C., a acusar a los judíos de su tiempo de introducir cambios en la Escritura para acomodarla a la polémica anticristiana[29].

Con todo, *almah* se puede traducir por «virgen» o por «mujer joven». La terminología en otras lenguas también presenta la misma ambigüedad, como el término alemán *jungfrau*. El punto central es comprender qué quería decir Isaías, y cómo entendieron el oráculo los judíos del siglo I a. C.

Es imposible leer la mente de Isaías, pero al menos podemos interpretar su contexto. El pasaje del oráculo empieza con un reto: «Pídele al Señor, tu Dios, un signo, en el fondo del Sheol o en lo alto del Cielo» (Is 7, 11). Parece tratarse de un signo

puntual, de un hecho milagroso indudable. Una virgen que da a luz a un hijo sería, en efecto, un hecho totalmente singular. Pero que una «mujer joven» dé a luz sería algo totalmente insignificante, nada sorprendente como signo.

Por eso podemos fiarnos de la autoridad de los Setenta, que gozaban de un status semioficial entre los judíos de la diáspora. Además, eran totalmente ajenos a la influencia de las polémicas posteriores entre cristianos y judíos.

La maternidad virginal de María es un signo. No es, sin embargo, una negación de la bondad del sexo, según la interpretación posterior de algunos herejes. Más bien, se trata de una garantía de la paternidad de Dios, que es el único padre *posible* para Jesús. Al mismo tiempo, es un reconocimiento de la condición particular de María como madre del Mesías. En cuanto tal, ella era el recinto preparado para la divinidad. En cierto sentido, su cuerpo era como los vasos sagrados que se reservaban al servicio del Templo. No podían verse profanados por ningún otro uso, ni siquiera el banquete real más importante. De forma semejante, su vientre, del que había nacido el Salvador, no podía volver a la actividad normal, por muy buena y bendita que esta fuese.

Su virginidad perpetua era la condición que correspondía a su papel único en la historia de la salvación. Es interesante notar que, para los primeros cristianos, ella era «la Virgen», como si tuviera una prerrogativa especial que exigiera que el nombre se usara con artículo definido. Es la misma construcción gramatical que se encuentra en los manuscritos hebreos más antiguos de *Isaías* 7, 14.

\*\*\*\*\*

¿Fue elegida la virginidad de María? ¿Había entregado su vida a Dios, antes de recibir la visita del ángel?

En efecto, el diálogo entre María y el ángel es algo curioso.

En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David. La virgen se llamaba María.

Y entró donde ella estaba y le dijo:

—Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.

Ella se turbó al oír estas palabras, y consideraba qué podía significar este saludo. Y el ángel le dijo:

—No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin.

María le dijo al ángel:

—¿De qué modo se hará esto, pues no conozco varón?

Respondió el ángel y le dijo:

—El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá santo será llamado Hijo de Dios (*Lc* 1, 26-35).

La traducción más literal de la pregunta de la Virgen sería: «¿Cómo va a ser esto, si no conozco a hombre?». Sin embargo, el verbo *conocer* es el que se usa comúnmente en hebreo para expresar la unión sexual. Leemos en el libro del *Génesis*: «Conoció Caín a su mujer, y ella concibió y dio a luz a Enoch [...]. Adán conoció de nuevo a su mujer, y ella dio a luz un hijo al que puso por nombre Set» (*Gn* 4, 17 y 25). Hasta hoy, seguimos

usando la expresión «conocimiento carnal» como una forma educada de designar las relaciones sexuales.

Esta conexión entre «conocer» y «concebir» aparece tan clara en la *Torah* como en la vida corriente. Por eso, ¿qué quería saber María cuando formulaba su pregunta? El ángel le había dicho que iba a concebir un hijo, y ella no entendía cómo iba a ser eso. Es decir, ella no había realizado el acto que sabía necesario para llegar al embarazo.

María no era ignorante respecto a los hechos de la vida. Era sincera en su deseo de saber cómo podía llegar a realizarse lo que le estaba anunciando el ángel Gabriel. En su lectura de este texto, san Agustín observaba: «Palabras que ciertamente no hubiera pronunciado si no hubiese consagrado con anterioridad su virginidad a Dios. [...] Ciertamente no hubiese preguntado cómo una mujer iba a dar a luz al hijo que se le prometía si se hubiese casado pensando en mantener relaciones sexuales»[30].

Según la tradición cristiana, María permaneció siempre virgen, antes y después del nacimiento de Jesús. Incluso antes de su concepción, ella habría comprendido que tenía una llamada especial para consagrarse en virginidad. Ya hemos visto que esos compromisos, aunque no eran habituales en el judaísmo, sí tenían amplios precedentes. Pero deje el lector que me explique.

\*\*\*\*\*

De hecho, el celibato parece haber sido más conocido en la antigüedad de lo que muchos especialistas modernos, junto con anticristianos de todos los tiempos, parecen estar dispuestos a reconocer. Por eso, acudamos a las fuentes.

El judaísmo del siglo I d. C. es un objeto de estudio algo oscuro y enigmático. Las fuentes primarias de que disponemos son los escritos de Filón de Alejandría, un filósofo judío residente en Egipto; los hechos narrados por el historiador Flavio Josefo (a quien ya conocemos), los manuscritos del Mar Muerto —que son obra de una secta judía— y los documentos del Nuevo Testamento.

Filón nos ha dejado al menos dos ejemplos de judíos que observaron el celibato. En su *Apología de los judíos*, habla de una secta llamada de los esenios: «Prohíben el matrimonio y a la vez ordenan la práctica de la continencia perfecta»[31]. Todas las fuentes coinciden en señalar que los esenios vivieron en Palestina, concretamente en la zona del Mar Muerto. En su tratado *Sobre la vida contemplativa*, Filón describe otra secta judía, llamada de los terapeutas. Es probable que tuviera alguna relación con los esenios, pero los terapeutas florecieron en Egipto y también parece que practicaron el celibato y la continencia.

El historiador Josefo se extiende en rebatir a los esenios y señala que «desprecian el matrimonio para ellos»[32] y «no toman esposas»[33].

También entre los gentiles era conocido el celibato esenio. Un naturalista romano, Plinio el Viejo, escribe en el siglo I d. C. que vivían en el desierto y que lo hacían en soledad: «Renuncian a amar a otro... solo tienen las palmas y sus dátiles como compañía»[34].

Vale la pena destacar que varias figuras destacadas en el judaísmo del siglo I d. C. observaron el celibato: Juan Bautista, Jesús, y san Pablo. Nadie parece haber pensado que Juan fuera raro por haber renunciado al matrimonio, la gente solo se extrañó por su dieta de langostas y porque se vestía con pelo de camello. También es muy interesante que san Pablo dedique una amplia sección de su *Primera Carta a los corintios* (capítulo 7), a la virginidad consagrada y al celibato, en la que da por supuesto que ya había en la Iglesia bastantes personas que seguían ese modo de vida. Jesús vivió el celibato y no lo trató como algo particular de su idiosincrasia, o como una prerrogativa suya, sino que dio por hecho que otras personas iban a seguir su camino (cf., por ej., *Mt 19, 10-12*).

La maternidad divina y virginal de María fue ciertamente un hecho milagroso y único. Pero su virginidad no es el hecho tan sumamente extraño que quieren presentar algunos críticos. Es probable que la tradición de la virginidad consagrada sea anterior al cristianismo, aunque con el cristianismo se convirtió en una práctica común. Allí donde estaban las iglesias cristianas, había también bastantes mujeres entregadas en virginidad perpetua. Hay testimonios abundantes a partir de la primera generación, de la época de los Padres Apostólicos en adelante. En cada iglesia, esas vírgenes consagradas tomaban como modelo la vida de la muchacha pobre de Nazaret.

### *Poderosa magnificación*

Los protestantes más fundamentalistas se quejan a veces de que los católicos exageran el papel de la Santísima Virgen. Pero es la propia historia de la salvación quien le ha dado un puesto tan sumamente destacado. Ha sido el Señor de la Historia quien le ha reservado ese papel tan importante en el drama de la salvación.

Sus líneas en el Evangelio de san Lucas apuntan a mucho más que la aparición de un figurante. La historia de la redención arranca de su breve diálogo con el ángel. El Cielo queda a la espera de su respuesta. Y desde entonces, la Iglesia siempre se ha hecho eco de su oración, el *Magnificat*.

Proclama mi alma las grandezas del Señor, y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo; su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Manifestó el poder de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó de su trono a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió vacíos. Protegió a Israel su siervo, recordando su misericordia, como había prometido a nuestros padres, Abrahán y su descendencia por siempre (*Lc 1, 46-55*).

María de Nazaret ha legado a la Iglesia y a cada cristiano el modelo de oración de acción de gracias. Es el paradigma de la oración de Navidad. Con ella, María ha enseñado al mundo que la respuesta adecuada a Dios, que ha puesto su morada entre la humanidad, es hacerle sitio para que pueda vivir en su carne y en la nuestra.

San Lucas presenta a la virgen de Nazaret como un icono de la libertad y de la dignidad humana. No hay ninguna actitud servil en ella. Se muestra turbada por la



aparición del ángel, pero se atreve a preguntarle. En esta actitud subyace una obediencia activa e inteligente.

La tradición venera a María como «Virgen de la Ternura», y ella es entrañable. Pero las palabras del *Magnificat* también demuestran mucha firmeza en la fidelidad. Se trata de una cualidad que Dios había cultivado en Israel, y que había conseguido que el resto fiel mantuviera la fe, a pesar de la opresión y del exilio.

Todas las cualidades que posee María son gracias de Dios. En ella, la gracia se manifiesta en grado extraordinario, debido a la forma en que fue preparada por Dios para recibir su singular vocación.

Pero la teología católica enseña que la gracia edifica sobre la naturaleza. El Dios que nos ha creado es el mismo Dios que nos ha redimido y que nos llama. Por eso no es fantástico por nuestra parte comprender el *Magnificat* como una ventana hacia su educación. Su antepasado, el rey David, había sido pastor de ovejas antes de convertirse en pastor de Israel. La lealtad de María, su conocimiento de la historia de Israel, su fidelidad a la Ley de Moisés, su reverencia hacia el Templo, sus hábitos de oración, alabanza y gratitud... todo ese conjunto de elementos de su personalidad son motivo de honra para su familia de origen y para una niñez transcurrida en la casa del Señor.

Aunque después de la infancia de Jesús habla muy poco, su presencia en el Evangelio sigue siendo amplia. Se queda con su Hijo, cuya personalidad se parece a la de Ella. La joven que se atrevía a formular una pregunta ante el ángel se convertiría en una mujer adulta capaz de seguir durante años a un hijo que «no tenía donde reclinar su cabeza» (Mt 8, 20).

Esta ternura y esta tenacidad fueron creadas por Dios, que también las contempló y las amó, en Israel, que es su esposa, su hija y su primogénita. Son las mismas características que Dios otorgó como gracia a su familia en la tierra, empezando por su Madre.

- 26 Son las palabras iniciales del *Ángelus*, la oración tradicional cristiana que recuerda el momento de la Encarnación del Verbo. Según la costumbre, se reza diariamente al mediodía (NdT).
- 27 *Protoevangelio de Santiago*, 8, 1.
- 28 *Apocalipsis de Baruch* (2 Baruch), 10, 19.
- 29 Cf. San Justino Mártir, *Diálogo con Trifón*, 43, y san Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, 3, 21. También cf. Orígenes, *Contra Celso* 35.
- 30 San Agustín de Hipona, *La santa virginidad*, 4.
- 31 Filón de Alejandría, *Apología de los judíos*, 14.
- 32 Flavio Josefo, *Guerra judía*, 2, 120.
- 33 Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, 18, 21.
- 34 Plinio el Viejo, *Historia natural* 5, 73.

## VI. CABALLERO SILENCIOSO, CABALLERO SANTO[35]

A lo largo de treinta años de actividad académica y al servicio de la Iglesia, he impartido miles de clases. He escrito varias docenas de libros e incontables artículos; he grabado cursos en audio y conferencias, y la distribución de unos y otras ha llegado a varios millones de copias. He intervenido en más de una docena de programas de televisión y he aparecido en cientos de programas de radio. He dado cientos de charlas y conferencias en parroquias, en varios continentes y en muchos países, incluso en los mares lejanos.

No menciono nada de esto para jactarme, sino para mostrar que los millones de palabras producidos por mí, no añaden casi nada (se pueden comparar al tamaño de un hormiguero) en contraste con las enseñanzas imponentes (igual que una gran montaña) de un gran hombre *silencioso*, José de Nazaret.

Los cristianos siempre han contemplado a este hombre con cierta fascinación. El Nuevo Testamento empieza contando los hechos de la salvación desde su punto de vista. Algunas de las mejores inteligencias de la historia han meditado sus actos, desde san Agustín, pasando por santo Tomás de Aquino, hasta Juan Pablo II. Con todo, no conocemos ni una palabra, ni una sílaba siquiera, que haya salido de sus labios.

Podemos pensar con bastante certeza que rezaba las oraciones tradicionales en Israel. Por ejemplo, las que aparecen en boca de su hijo adoptivo, Jesús: «Escucha, Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (*Mc* 12, 29-30; cf. *Dt* 6, 4). Jesús, que era verdadero hombre, tuvo que aprender de alguien las oraciones, y lo más probable es que fuera de sus padres. Sí sabemos con seguridad que Jesús obedecía a José (*Lc* 2, 51).

Ni el autor más prolífico de la historia puede decir que haya tenido semejante influencia, la de haber influido sobre Dios mismo. Y, no obstante, como he dicho, no tenemos una sola palabra pronunciada por san José.

Nos quedan sus actos, y su silencio, que en sí mismo es significativo. Una de las biografías modernas más vendidas del esposo de María se titula *Los silencios de san José*[36]. Me temo que nadie escribirá nunca un solo párrafo sobre mí y bajo el título «los silencios de Scott».

Pero las *obras* de José hablan como volúmenes enteros. Al igual que la poesía, hablan con elocuencia, aunque a veces en forma de enigma. Y casi todo lo que sabemos sobre este hombre se encuentra en el relato de la Navidad.

\*\*\*\*\*

José, el hombre silencioso, entra en la historia de una forma poco habitual. La genealogía de san Mateo pasa de una generación a la siguiente nombrando a un hombre como padre de su hijo: «Matán engendró a Jacob, Jacob engendró a José». Pero cuando llega al final, se interrumpe y no habla de José como padre, sino como «el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo» (*Mt 1, 15-16*).

Esta última relación rompe el esquema precedente. José no es llamado *padre*, sino *esposo*. El evangelista desea dejar totalmente claro que José no tiene papel biológico alguno en la concepción de Jesús. Este detalle es importante porque prepara a sus lectores para el relato de la concepción virginal de Jesús, un par de versículos más adelante, en *Mt 1, 18-25*.

Sin embargo, esto no quiere decir que en José no sea padre en absoluto. Según la Ley judía, él era el padre de Jesús, como manifiesta de forma evidente *Mt 1, 25*, donde José ejerce el derecho paterno a imponer el nombre al niño. Además, ejerce todas las responsabilidades propias de la paternidad, como proteger y mantener a María y a Jesús ante las amenazas del reinado de Herodes (cf. *Mt 2, 13-22*). También de acuerdo con las costumbres judías, Jesús recibió todos los derechos hereditarios a través de José, aunque había sido adoptado por él.

A veces, la piedad cristiana designa a José como «padre adoptivo», como para construir un muro retórico que proteja la virginidad de María y la paternidad de Dios. Como teólogo, tengo un gran aprecio por la precisión, y respeto este uso, pero creo que es necesario aclarar su sentido.

El hecho es que un padre adoptivo es tan padre como lo es un padre natural. Esta realidad es una verdad tan válida en tiempos de Jesús como en nuestros días. Gozaba de pleno reconocimiento, tanto por la ley judía como por la romana, y lo sigue teniendo en las leyes de los estados contemporáneos. He podido comprobar directamente que el principio se cumple en innumerables familias. Por esta y otras razones, creo que la expresión «padre adoptivo», o la equivalente «padre putativo», aplicadas a san José, a veces pueden perjudicar tanto como ayudar.

Por los datos que nos da la Escritura, sabemos que, en la Sagrada Familia, José era el padre de Jesús. En la frase que aparece en *Lucas 2, 33*, cuando la Virgen María habla con Jesús, menciona a su marido como «tu padre» (*Lc 2, 48*). Los vecinos conocían a Jesús como «el hijo de José» (*Lc 4, 22*) y «el hijo del artesano» (*Mt 13, 55*).

La vocación de José consiste en ser la imagen en la tierra del padre celestial de Jesús. Dios es más Padre que cualquier padre de la tierra, con la diferencia de que su paternidad no tiene género, ni cuerpo; en ella no hay órganos sexuales ni acto sexual, como tampoco esposa. La paternidad de Dios es perfecta, y gracias a ella sabemos que la paternidad no es principalmente *física*, sino *espiritual*. La paternidad de José es espiritual y real, también virginal, como la paternidad de Dios es espiritual, no física.

Por eso, san José es icono de Dios Padre, e incluso Jesús debe haber pensado en él

de esta forma. Jesús era verdadero hombre, y pensaba igual que lo hacemos los seres humanos. Por ejemplo, cuando pensamos en los árboles, tomamos como punto de referencia nuestra percepción sensible o nuestra memoria de árboles concretos. Cuando meditamos sobre Dios Padre, nos basamos en algún recuerdo o experiencia de la paternidad. Cuando Jesús pensaba en su Padre celestial o hablaba con Él, probablemente tenía como punto de apoyo la analogía con su padre en la tierra, san José.

Ya en su vida adulta, Jesús iba a declarar lo siguiente: «Quien hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (*Mc* 3, 35). Pero en ningún momento, a lo largo de toda su vida, asignó a sus discípulos el papel de Padre, ni siquiera por analogía. Se trató de un privilegio singular de san José: ser el padre de Jesús en la tierra.

\*\*\*\*\*

Como todos los aspectos que hemos analizado hasta ahora en el Evangelio según san Mateo, los particulares sobre la vida de José están anclados en la herencia de Israel. Mateo muestra que la figura José, igual que Jesús y María, había sido anunciada y prefigurada en la historia de los patriarcas, más de mil años antes.

El José del Nuevo Testamento, el esposo de María, parece una repetición del José del Antiguo Testamento, el hijo de Jacob que tenía una túnica elaborada con muchos colores. Los cristianos de todas las generaciones han reparado en los paralelismos existentes entre las vidas de ambos.

En primer lugar, hay algo evidente: comparten el mismo nombre, José. También los padres de ambos se llamaban Jacob (cf. *Mt* 1, 16 y *Gn* 30, 19-24). Dios habló a los dos por medio de sueños (cf. *Mt* 1, 20-21 y 2:13-22, con *Gn* 37, 5-11). Los dos eran hombres rectos y castos (cf. *Mt* 1, 19 y *Gn* 39, 7-18). Y los dos salvaron a sus familias llevándolas a Egipto (cf. *Mt* 2, 13 y *Gn* 45, 16-20).

El Papa León XIII observó la conexión existente entre los dos Josés bíblicos, y llegó a la conclusión de que el José más antiguo «por su gloria prefiguró la grandeza del futuro custodio de la Sagrada Familia»[37].

José también era un «hijo de David», como Mateo se encarga de dejar claro en su genealogía (*Mt* 1, 6). En consecuencia, José era el portador del derecho por nacimiento a la realeza, que transmitió a su hijo y heredero, Jesús.

Sin embargo, José encarnó su herencia todavía mayor, en su justicia. El Evangelio nos dice, directamente y con la mayor brevedad, que José era «un hombre justo» (*Mt* 1, 19). Era el máximo elogio que podía hacer un judío del siglo I. Significaba que la vida de José y sus disposiciones eran plenamente conformes a la Ley de Dios. José respetaba los mandamientos de Dios, y los cumplía con total fidelidad.

Esta rectitud es uno de los presupuestos fundamentales del drama que se desarrolla en el relato de san Mateo.

La generación de Jesucristo fue así: María, su madre, estaba desposada con José, y antes de que conviviesen se encontró con que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. José, su

esposo, como era justo y no quería exponerla a infamia, pensó repudiarla en secreto (*Mt 1, 18-19*).

En el judaísmo antiguo, los desposorios eran distintos a nuestro compromiso moderno. Se trataba de un periodo de tiempo (hasta un año) que separaba la alianza matrimonial y el comienzo de la vida en común de los esposos. A partir de ese momento estaban *legalmente casados*, y lo seguían estando a lo largo de toda esta fase intermedia. El compromiso solamente podía terminar con la muerte o con el divorcio (*Dt 24, 1-4*).

María se quedó embarazada durante el tiempo de sus desposorios con José. Él decidió divorciarse de ella. La cuestión es saber el porqué.

\*\*\*\*\*

Por supuesto, José no dice nada al respecto, pues en los Evangelios no pronuncia una sola palabra. Su silencio ha parecido poco menos que insoportable a numerosos lectores atentos, a almas piadosas para las que resultaba difícil reconciliar la rectitud de este gran hombre con su intención de divorciarse de la Santísima Virgen. A primera vista, el plan de José parece incompatible con su personalidad.

Tanto santos como exégetas han formulado numerosas propuestas de solución, que pueden reconducirse a tres grandes categorías, o teorías. Todas ellas intentan dar una solución satisfactoria a la misma pregunta: *¿Quién pensaba José que era la parte indigna de la alianza matrimonial?*

1. *Teoría de la sospecha*. Esta interpretación de la historia sostiene que, cuando José descubrió que María estaba embarazada, sospechó que había cometido adulterio. La inquietante noticia le llevó a decidirse por el divorcio, permitido por la Ley de Israel: «Si un hombre toma a una mujer y se casa con ella, pero luego la mujer no encuentra gracia a sus ojos por haber hallado en ella alguna cosa oprobiosa, le escribe un libelo de repudio, lo entrega en su mano y la despide de su casa» (*Dt 24, 1*).

Según esta teoría, José quiso llevar el divorcio en secreto para impedir que María fuera sometida al rigor de la ley, que castiga el adulterio con la pena capital.

Si una joven virgen está desposada con un hombre, y otro la encuentra en la ciudad y yace con ella, sacaréis a ambos a la puerta de esa ciudad y lapidaréis a ambos hasta que mueran: a la joven porque no gritó estando en la ciudad, y al hombre porque violó a la desposada de su prójimo. Así quitarás el mal de en medio de ti (*Dt 22, 23-24*).

José, por eso, se comportó como un hombre justo, que decide actuar de acuerdo con lo establecido en la Ley de Moisés.

Aunque la interpretación es bastante común, también tiene importantes puntos débiles. El deseo que supone en José de seguir la ley del divorcio no acaba de encajar con su voluntad de soslayar la ley prescrita para el adulterio. Un hombre verdaderamente recto cumpliría completamente la Ley de Dios, no de forma selectiva. Pensemos en Pablo de Tarso, un hombre celoso de la Ley, que deseaba castigar a los primeros cristianos y lapidarlos hasta la muerte, porque aparentemente desobedecían a la Ley. Si fuera Pablo el que se encontrara en el lugar de José, es posible que María hubiera

terminado igual que Esteban (cf. *Hech* 7, 58 y 8, 1).

2. *Teoría de la perplejidad*. Otros sostienen que José consideró que la situación, el embarazo de María, era inexplicable. No podía creer que ella fuera capaz de cometer esa infidelidad. Con todo, él tampoco era capaz de imaginar otra explicación.

El divorcio se le presentaba como su única opción, pero quiso que fuera en secreto porque en el fondo creía que María no podía ser culpable. Esta teoría afirma que José fue justo porque quería cumplir la Ley de Dios y porque también juzgó la situación de María con la máxima caridad.

3. *Teoría de la reverencia*. Afirma que José, una vez informado del milagro divino que tuvo lugar en María, se consideró indigno de formar parte de la acción de Dios en esta situación tan singular. Según esta teoría, su reacción habría sido la misma que la de Simón Pedro, cuando creyó que era indigno de acompañar a Jesús y exclamó: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (*Lc* 5, 8). O como el centurión que dijo a Jesús: «No soy digno de que entres en mi casa» (*Lc* 7, 6).

La decisión de José, de separarse discretamente de María, se interpreta como una medida de respeto y de prudencia, dirigida a mantener en secreto el misterio oculto en ella. En esto, su plan es coherente con su personalidad de hombre justo. Su rectitud se manifiesta en sus intenciones. En consecuencia, el plan de José manifiesta su profunda humildad y su respeto hacia Dios y hacia María.

Hay un obstáculo *aparente* para esta teoría, aunque en realidad no es un obstáculo. La expresión «exponerla a infamia»[38], que aparece en las traducciones modernas, no es precisa. El término original griego no tiene esa connotación negativa. Se limita a sugerir que José no quería exponer a María públicamente, lo cual es, una vez más, coherente con su respeto hacia el misterio.

Bajo esta luz, el consejo que el ángel da a José adquiere pleno sentido.

Pero mientras consideraba esta decisión, se le apareció un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo» (*Mt* 1, 20).

El ángel se dirige a José para apartar de él miedos piadosos e inhibiciones que podían apartarle de su vocación. Dios llama a José como padre legal del Mesías davídico.

Entre las tres posibles explicaciones de las razones de José, creo que esta es la más satisfactoria. Y se basa en los pareceres de santo Tomás de Aquino, san Bernardo de Claraval, y san Josemaría Escrivá, quienes sopesaron los datos para llegar a la misma conclusión.

\*\*\*\*\*

Como ya hemos podido observar, los Evangelios afirman inequívocamente que María concibió a su hijo por el poder del Espíritu Santo (cf. *Mt* 1, 18 y *Lc* 1, 35). No hubo ningún acto sexual. Es más, la tradición cristiana enseña que María permaneció *siempre* virgen. Es decir, la pareja formada por María y José nunca mantuvo las relaciones matrimoniales ordinarias. Eran verdaderamente marido y mujer, pero su

relación no se consumó sexualmente.

Ciertos autores antiguos tenían tanto interés en enseñar este hecho que llegaron a denegar a José el título de marido. «José siempre estuvo desposado, pero no fue marido», dice uno de ellos[39]. Otro se atreve a dirigirse directamente a José: «Aunque se dice que ella es tu esposa... no es tu esposa»[40]. Sin duda, son afirmaciones exageradas, puesto que los propios Evangelios identifican a José como «esposo de María».

El afán de estos autores nace de dos versículos del Evangelio según san Mateo que, aparentemente, sugieren que el nacimiento de Jesús introdujo un cambio en la relación entre María y José.

María, su madre, estaba desposada con José, y *antes* de que conviviesen se encontró con que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo (Mt 1, 18).

José hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado, y recibió a su esposa. Y, *sin que* la hubiera conocido, dio ella a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús (Mt 1, 24-25).

Un hereje del siglo IV d. C., llamado Helvidio, se apoyó en la ambigüedad de las expresiones para poner en duda la virginidad perpetua de María. Las conjunciones *antes* y *sin que*, argumenta, significan que las condiciones que se daban antes del nacimiento de Jesús dejaron de tener validez una vez nacido el niño. En otras palabras, dice este autor que con el paso del tiempo, María y José «convivieron» y José «la conoció».

Helvidio añade que los cuatro Evangelios mencionan «hermanos» del Señor (cf., por ejemplo, Mt 12, 46; Mc 3, 31; Lc 8, 19; Jn 2, 12). Concluye que esos hermanos tenían que haber sido hijos menores de María y José.

Esta nueva doctrina rompía con la tradición interpretativa de la Iglesia, y por eso se le opuso el teólogo más importante de su tiempo, san Jerónimo de Estridón, hombre de profunda erudición, con un gran dominio de las lenguas bíblicas.

Jerónimo refutó a Helvidio de forma tan eficaz que tuvo que pasar más de un milenio para que otro intérprete repitiera el mismo error.

Helvidio insistía en que la cronología hacía suponer que *antes* y *sin que* exigían un cambio de circunstancias en un momento *después*. Jerónimo demostró que las palabras no implican esa exigencia, multiplicando los contra-ejemplos con el uso de esas conjunciones griegas.

Por boca del profeta, explica Jerónimo, Dios dice a algunas personas: «Hasta vuestra vejez Yo seré el mismo» (Is 46, 4). ¿Iba a dejar de ser Dios cuando ellos se hubieran hecho mayores?

También dice el Salvador a los Apóstoles en el Evangelio: «Sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Cuando haya llegado el fin del mundo, ¿iba el Señor a abandonar a sus discípulos?

Jerónimo se extiende largamente, y podríamos seguirle a medida que multiplica pasajes de la Escritura con los que reduce al absurdo el principio de Helvidio: «Mical, hija de Saúl, no tuvo ya hijos hasta el día de su muerte» (2 Sam 6, 23). ¿Quiere decir que los tuvo después?



Podemos pensar también en la instrucción que da san Pablo a Timoteo: «Hasta que yo llegue, pon cuidado en la lectura, la exhortación y la enseñanza» (1 *Tim* 4, 13). No es muy plausible pensar que san Pablo deseaba que Timoteo dejara de leer la Escritura una vez que el Apóstol hubiera llegado a la ciudad.

¿Qué hacer respecto a la segunda cuestión planteada por Helvidio, la relativa a los «hermanos» de Jesús? Algunos Padres de la Iglesia creyeron que José era viudo y que se trataba de los hijos de su primer matrimonio. Aunque podría ser así, parece poco probable, ya que tales hermanastros no aparecen en ninguna parte de los relatos sobre la infancia y niñez de Jesús.

Es mucho más probable que esos «hermanos» mencionados en los Evangelios fueran primos o parientes lejanos. Las antiguas lenguas semitas no hacían distinciones entre las relaciones de sangre. Todos los parientes pertenecientes a la misma familia tribal, fueran hermanos o primos, eran designados como «hermanos» y «hermanas». Podemos pensar en Santiago y José, dos de los hombres identificados en los Evangelios como «hermanos» de Jesús (cf. *Mt* 13, 55). Esos mismos personajes son identificados en otro lugar como hijos de *María, la mujer de Cleofás* (cf. *Mt* 27, 56 y *Mc* 15, 40). Juan, además, identifica a esta María como «hermana» de la Santísima Virgen María (cf. *Jn* 19, 25). Es muy poco probable que dos mujeres con el mismo nombre, María, fueran hermanas; así que también ellas, probablemente, eran primas o parientes más lejanas.

Los primeros intérpretes de la Escritura conocían bien la existencia de estos «hermanos» del Señor, y también sabían muy bien los significados que podían asumir las conjunciones *antes* y *sin que*. No vieron ninguna de las dos como amenaza a la tradición interpretativa de la Iglesia.

También los reformadores protestantes, Juan Calvino y Ulrico Zwinglio aceptaron la tradición. Ambos enseñaron que José y María no mantuvieron relaciones sexuales en ningún momento de su matrimonio.

\*\*\*\*\*

En todo caso, José fue un verdadero esposo para María. También, y es mucho más importante, fue un verdadero padre para Jesús. De hecho, es el hombre que ha vivido la paternidad en su grado más eminente. Benedicto XVI lo ha explicado de una forma muy hermosa.

No hay más paternidad que la de Dios Padre, el único Creador «de todo lo visible y lo invisible». Pero al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, se le ha hecho partícipe de la única paternidad de Dios (cf. *Ef* 3, 15). San José muestra esto de manera sorprendente, él que es padre sin ejercer una paternidad carnal. No es el padre biológico de Jesús, del cual solo Dios es el Padre, y sin embargo, desempeña una plena y completa paternidad. Ser padre es ante todo ser servidor de la vida y del crecimiento. En este sentido, san José ha demostrado una gran dedicación. Por Cristo, ha sufrido la persecución, el exilio y la pobreza que de ello se deriva. Tuvo que establecerse en un lugar distinto de su aldea. Su única recompensa fue la de estar con Cristo<sup>[41]</sup>.

Es la única recompensa que debe esperar realmente cualquier cristiano, sea padre o madre.

- 35 En el original inglés, este capítulo se titula *Silent knight, Holy knight*. Es un juego de palabras basado en la pronunciación, muy semejante de los términos *Knight*, caballero, y *night*, noche. Remite al popular villancico *Silent night, Holy night*. El original de este villancico es en lengua alemana (*Stille nacht, Heilige nacht*). Su letra es un poema compuesto en 1816 por el clérigo austriaco Josef Mohr, al que dos años más tarde puso música el compositor Franz X. Gruber. Fue cantado por primera vez en la Navidad de 1818 y en la iglesia del pueblo de Oberndorf, en Austria. Desde entonces, se ha difundido mucho en todo el mundo, y tiene traducciones en numerosos idiomas. La traducción española, *Noche de paz, noche de amor*, se aparta del significado de su original alemán, al que es más próxima la traducción inglesa: literalmente «noche de silencio, noche de santidad» (NdT).
- 36 Se refiere a la obra de Michel Gasnier, *Los silencios de san José*, Palabra, Madrid 2009 (NdT).
- 37 Leon XIII, Carta encíclica *Quamquam Pluries* (15 agosto 1889), n. 4.
- 38 En el original, *to put her to shame*: avergonzarla, ponerla en evidencia. En la traducción, recogemos las palabras que usa la *Biblia de Navarra* (NdT).
- 39 San Máximo de Turín, *Sermón* 53. Para un tratamiento completo de las aproximaciones a la personalidad de san José en el Iglesia primitiva, cf. Joseph Lienhard, *St. José in Early Christianity: Devotion and Theology*, Saint José's University Press, Philadelphia 1999.
- 40 Pseudo-Orígenes, *Homilía* 17. cf. Lienhard, cit., p. 20.
- 41 Benedicto XVI, *Discurso en la celebración de las vísperas en la Basílica de María Reina de los Apóstoles*, Yaoundé, Camerún, 18 marzo 2009.

## VII. LOS ÁNGELES: HACIENDO ECO A SU FUERZA ALEGRE

La Navidad sería inimaginable sin la presencia de los ángeles[42]. Desde el momento de la concepción de Jesús, y para siempre, los espíritus puros desempeñan un papel crucial en el drama de la salvación. Aparecen prácticamente en cada momento señalado de la infancia del bebé divino: desde Nazaret a Belén, desde Jerusalén a Egipto.

Por este motivo, son tantas las personas que sitúan un ángel en la cima de su árbol de Navidad o en lo alto del pesebre. Su presencia completa la escena. Los que no ponen un ángel, normalmente tienen una estrella de Belén que, en opinión de algunos Padres de la Iglesia, era un ángel (profundizaremos en esto en el siguiente capítulo).

Toda historia tiene su contexto. Como hemos visto, los antecedentes humanos de la Navidad se remontan al origen de los tiempos. La genealogía de Jesús nos conduce a Adán. La promesa del Mesías se repite como un eco a través de la historia, siendo Dios mismo el responsable de lanzar la primera voz, en el momento en que expulsaba a Adán y Eva del jardín del Edén.

La mayoría de la gente ignora que el prelude de esta historia se encuentra todavía antes, con los ángeles. El evento que trajo la felicidad a nuestro mundo, la encarnación de Dios, también llevó antes la felicidad al mundo angélico.

\*\*\*\*\*

Los primeros cristianos, cada vez que leían el relato de la Navidad, no solo pensaban en la historia de Adán y Eva, sino que lo ponían en relación con las primeras líneas de la Biblia:

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. [...] Dijo Dios: «Haya luz». Y hubo luz. Vio Dios que la luz era Buena, y separó Dios la luz de la tiniebla (*Gn 1, 1-4*).

San Agustín y san Ambrosio enseñaron repetidas veces que esos cielos y esa luz, presentados en el Génesis, representan el reino de los espíritus puros. (La luz física no hace su aparición hasta unos cuantos versículos después, en el cuarto día). Dios creó a esos ángeles de luz, al igual que todas las cosas, para que fueran «buenos». Pero también les creó para que fueran libres, ya que únicamente las criaturas libres son capaces de sentir amor. No se puede coaccionar el amor, porque en ese caso deja de ser amor. Así que Dios pidió a los ángeles que tomaran una decisión, y algunos de ellos eligieron no corresponder a su amor. El libro del *Apocalipsis* parece referirse a este hecho, aunque de

forma simbólica, cuando dice que «una tercera parte de las estrellas del cielo» (*Apoc* 12, 4) se oscureció (*Apoc* 8, 12) y fue arrojada a la tierra.

No sabemos en qué consistió esa «prueba» de los ángeles. La Escritura no dice qué fue, y tampoco la Iglesia se ha pronunciado de forma definitiva al respecto. También es posible que no podamos siquiera *empezar* a comprender la prueba de los espíritus puros, cuyo entendimiento es inmediato y completo, y cuyo poder excede por completo nuestra capacidad.

Sin embargo, el tema ha resultado interesante para muchos santos y teólogos de todos los siglos. De hecho, varios de ellos opinan que Dios pudo haber infundido en todos los ángeles un conocimiento anticipado de su Encarnación. Les habría revelado que iba a crear a los seres humanos y que un día se uniría a la naturaleza humana. Dios iba a hacerse hombre, y todos los ángeles tendrían que adorar al Verbo Encarnado. En la *Carta a los hebreos* se lee lo siguiente: «Al introducir a su primogénito en el mundo dice: “Que le adoren todos los ángeles de Dios”» (*Hb* 1, 6; cita *Sal* 97, 7).

Quizá algunos ángeles juzgaron que el mandato de Dios era algo irracional, incluso insultante. En su orgullo y arrogancia, se negaron a adorar a un ser que les parecía groseramente inferior. ¡Por mucho que fuera Dios mismo quien les ordenase rendir esa adoración!

Es interesante observar que, en el *Apocalipsis*, los ángeles rebeldes caen del cielo inmediatamente después de que Dios haya presentado la visión de una madre con su hijo.

Hablamos de opinión, no de dogma, pero basada en la especulación de varios santos que han sido grandes amigos de Dios. Si su interpretación es correcta, es fácil comprender por qué los Evangelios presentan la Navidad como una explosión de actividad angélica. También explica por qué provocó tal ira en el demonio que su respuesta fue promover la matanza de los inocentes y provocar la huida de la Sagrada Familia a Egipto (quizá descrita de forma simbólica en *Apoc* 12, 4-6).

La Navidad fue el día de la revancha de los ángeles fieles; y señaló el comienzo terreno del justo castigo del demonio.

En efecto, el primogénito había venido al mundo, y todos los ángeles *de Dios* acudieron a adorarlo.

\*\*\*\*\*

Los ángeles aparecen desde el primer momento del Evangelio. Amanece el Nuevo Testamento, e inmediatamente se manifiesta en consonancia y continuidad con el Antiguo Testamento. Hay entre los dos una diferencia de grado: pasamos de semilla a flor, y de prefiguración a cumplimiento. El mismo Dios es quien preside toda la historia, y conduce su proyecto hacia el pleno cumplimiento.

En el Antiguo Testamento son frecuentes las apariciones de ángeles, aunque también las de otros espíritus puros, tales como vigilantes (*Dn* 4, 13), querubines (*Gn* 3, 24), y serafines (*Is* 6, 2). Sirven como guardianes y guías, mensajeros y catalizadores.

Los ángeles rescatan a Hagar (*Gn* 16) y hacen una visita para juzgar a Sodoma (*Gn* 19). Van delante de Israel, para conducir al Pueblo Elegido hasta la Tierra Santa (*Ex* 32, 34). Transmiten la palabra de Dios a los profetas (*1 Re* 13, 18). Los ángeles son mediadores (*Job* 33, 23), mensajeros (*Dn* 3, 28), redentores (*Gn* 48, 16), soldados (*2 Cr* 32, 21), colaboradores de la creación (*Sal* 104, 4), y agentes de destrucción (*2 Sam* 24, 16).

Los ángeles, no importa qué otra cosa estén haciendo a la vez, siempre están *adorando*. Cuando Jesús habla de los ángeles de la guarda, destaca que, aunque estén cuidando a los más pequeños, también están adorando a su Padre celestial (cf. *Mt* 18, 10). La adoración constituye la principal actividad de los espíritus puros. Y es lo que hacen los ángeles.

Por este motivo, el Antiguo Testamento suele asociar a los ángeles con el culto sacrificial. Cuando Abrahán acude al monte Moria para ofrecer en sacrificio a su hijo Isaac, encuentra allí un ángel que detiene su mano. Cuando los profetas Isaías y Ezequiel se encuentran cumpliendo su servicio sacerdotal en el Templo, contemplan visiones de ángeles presentes en el santuario (cf. *Is* 6, 1-3, *Ez* 9, 3). Los ángeles se elevan hasta el cielo con las llamas y el humo de los sacrificios que se celebran en los altares de Israel (*Jc* 13, 20). Por mandato divino, se colocaron imágenes de querubines en el Santo de los Santos del tabernáculo de Israel y en el Templo de Jerusalén.

En realidad, no tendríamos que sorprendernos al encontrar, al principio del Evangelio según san Lucas, que un ángel se aparece en el Templo a un sacerdote llamado Zacarías, cuando está realizando las funciones propias de los sacerdotes. El ángel se le presenta mientras ofrece incienso en el altar destinado a ese propósito. Le trae buenas noticias: la mujer de Zacarías, Isabel, que ha sido estéril toda la vida, va a tener un hijo, que será además un profeta «grande ante el Señor» (*Lc* 1, 15).

Solo tres ángeles se identifican por su nombre en toda la Biblia, y este es uno de ellos. Se trata de Gabriel, a quien Zacarías podría haber reconocido porque aparece en el libro de Daniel (8, 16; 9, 21). Allí está vinculado a las profecías sobre la venida del Mesías; concretamente a aquellas que calculaban los años que quedaban para la Navidad.

Zacarías, sin embargo, no parece del todo impresionado, y se atreve a poner en duda la credibilidad del mensajero de Dios (e, implícitamente, la del mensaje mismo de Dios). Por eso queda inmediatamente mudo y sordo.

Después, el ángel se dirige al hogar de María, pariente de Zacarías, para anunciarle que va a concebir por el poder del Espíritu Santo y dar a luz al Mesías, el Cristo, que viene al mundo. María cree al ángel y acepta su palabra.

Es decir, la aventura de la Navidad empieza por medio del ministerio de los ángeles.

\*\*\*\*\*

Y sigue más adelante. Esta cualidad, la constancia de los ángeles, es un hecho evidente en los relatos de Mateo y Lucas.

Cuando el embarazo de María causó inquietud en José, «un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa,

porque lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo”» (Mt 1, 20). Fue el ángel quien reveló a José que ese bebé era el Salvador de Israel. Y José siguió las instrucciones del ángel (Mt 1, 24).

Llegado el momento del nacimiento del bebé, los ángeles anunciaron el evento, no a los poderosos, sino a las personas más humildes.

Había unos pastores por aquellos contornos, que dormían al raso y vigilaban por turno su rebaño durante la noche. De improviso un ángel del Señor se les presentó, y la Gloria del Señor los rodeó de luz. Y se llenaron de un gran temor. El ángel les dijo: «No temáis. Mirad que vengo a anunciaros una gran noticia, que lo será para todo el Pueblo: hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre» (Lc 2, 8-12).

Otra vez, los ángeles no se limitaron a cumplir un encargo terreno. También adoraron. «De pronto apareció junto al ángel una muchedumbre de la milicia celestial, que alababa a Dios diciendo: ‘Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres en los que Él se complace’» (Lc 2, 13). Los ángeles dan gloria y alaban a Dios en Belén.

¡En Belén! En este lugar de la tierra está teniendo lugar un hecho que los profetas del Antiguo Testamento habían visto en el cielo. Lo que los ángeles hacían en el pasado en el Santo de los Santos del Templo, ahora lo estaban haciendo en una pequeña aldea a poca distancia de la ciudad santa.

Una multitud de ángeles es un signo claro e inequívoco de la presencia de Dios y de su favor. Tanto para san Mateo como para san Lucas, los ángeles de la Navidad son un signo claro de que, en Jesucristo, Dios se hace presente en medio de su pueblo. Jesús es el Enmanuel, Dios-con-nosotros (Mt 1, 23).

A medida que se despliega la historia de la Navidad, los ángeles siguen desempeñando papeles importantes. Intervienen en el momento de imponer el nombre al niño (Lc 2, 21). Informan a José del plan que tiene Herodes para matar a Jesús (Mt 2, 13). Comunican a la Sagrada Familia que debe huir a Egipto (Mt 2, 13-14).

Los Evangelios cuentan la historia de la Navidad en términos históricos. El *Apocalipsis* la cuenta por medio de símbolos. Pero ni unos ni el otro pueden contarla de forma plenamente veraz sin los ángeles. Son los ángeles quienes entonan el *Gloria*, y son ellos los que anuncian la alegría.

\*\*\*\*\*

La dimensión angélica de la Navidad no se circunscribe a un hecho puntual, ni tampoco a una estación. Lo que ocurrió en Belén no se quedó solo allí. Cambió el mundo y la historia, y también la estructura misma del cosmos.

Entre otras muchas cosas, transformó las relaciones entre los seres humanos y los ángeles. A lo largo del Antiguo Testamento, cuando los ángeles se aparecen a seres humanos, la reacción típica de estos es caer al suelo. Es la que se aprecia en el caso de Lot (cf. Gn 19, 1), Balaam (cf. Nm 22, 31), Manóaj y su mujer (cf. Jc 13, 20). También

un profeta bueno y virtuoso, como Daniel, cayó rostro en tierra cuando se le apareció un ángel (cf. *Dn* 8, 17 y 10, 2).

En el Antiguo Testamento, cuando un hombre cae ante un ángel, normalmente el ángel le deja estar. Pero en el Nuevo Testamento cambian un poco las cosas. Cuando el ángel se apareció a María, ella «se turbó»; pero el ángel le habló con deferencia, igual que podría dirigirse un caballero a su reina. La presencia de los ángeles tampoco parece asustar o abrumar a José. Además, los ángeles, sirven a Jesús (cf. *Mt* 4, 11). Cuando llegamos a los *Hechos de los Apóstoles*, podemos apreciar que los cristianos corrientes tenían una relación habitual y cercana con los ángeles (*Hech* 12, 15 y 10, 3ss.). Los responsables de la Iglesia también podían contar con la asistencia de los ángeles (*Hech* 8, 26; 27, 23).

Algo ha cambiado entre los creyentes y los ángeles. Aunque los ángeles siguen siendo imponentes para los pecadores, como siempre (*Hech* 12, 23), en cambio los miembros de la Iglesia los tratan como hermanos.

Fue Cristo quien marcó la diferencia, tanto en la tierra como en el cielo. Cuando Dios se hizo hombre, trajo consigo un intercambio maravilloso de dones. Compartió su naturaleza con la carne más corriente (*2 Pet* 1, 4) y asumió la debilidad de nuestra carne (*Fil* 2, 5-8). San Pablo habla de este maravilloso intercambio en repetidas ocasiones, diciendo: «Nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza» (*2 Cor* 8, 9).

Los ángeles contemplaron cómo se producía esto. Los *santos* ángeles estaban dispuestos a adorar a Dios bajo la forma de un humilde bebé que ensucia sus pañales, y que se alimenta en un establo situado en las afueras de una aldea desconocida. Los santos ángeles estaban dispuestos a adorar a Dios en su descenso a la tierra y a rendirle culto *allí* —que es aquí— de la misma forma que lo hacían en el cielo.

Con su venida a la tierra, Jesús ha unido el cielo y la tierra en alabanza a la gloria de Dios. Entonces y para siempre, los pastores y los ángeles unieron sus voces en el canto del mismo himno. El canto que los ángeles enseñaron a esos hombres, el *Gloria*, sigue formando parte del rito establecido por la Iglesia para la Misa dominical.

Cuando san Pablo cuenta la Navidad, no puede dejar de aprovechar la ocasión para explicar la relación entre seres humanos y angélicos, que ha cambiado. Dice en el capítulo 4 de su *Carta a los gálatas*, que en el Antiguo Testamento los ángeles habían sido como pedagogos para la nación de Israel.

Mientras el heredero es menor de edad, aunque sea dueño de todo, no se diferencia en nada de un siervo, sino que está sometido a tutores y administradores hasta el momento señalado por su padre. También nosotros cuando éramos menores de edad estábamos sujetos como esclavos a los elementos del mundo (*Gal* 4, 1-3).

Después, sigue san Pablo, llegó la Navidad y lo cambió todo.

Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos (*Gal* 4, 4-5).

Así es *como* la Navidad cambió todas las cosas. Al establecer las condiciones para nuestra adopción como hijos de Dios, trajo consigo una cierta *identificación* entre el hombre y Dios en Jesucristo.

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo y, como tal, es simultáneamente celestial y terrena. La Iglesia es la comunión de los santos, que incluye entre sus miembros a ángeles y pastores; a querubines y serafines y a ti, y a mí.

\*\*\*\*\*

María y José, tal y como los presentan los Evangelios, tienen una relación con los ángeles que es modelo para la nuestra. Nuestro tiempo en la tierra es como un periodo de prácticas y entrenamiento para la vida en el cielo; y cuando vivamos en el cielo tendremos a los ángeles como nuestros vecinos más cercanos.

Los relatos de la Navidad muestran, de forma tanto más clara cuanto más aprendemos de la Sagrada Familia, que los ángeles están a nuestro lado siempre, también en este momento.

El reverendo Billy Graham dijo una vez que «los cristianos no deberían perder el sentido de la acción constante de una gloria de ángeles». Hay bastante verdad en sus palabras, que son una buena expresión de la enseñanza de la Navidad. Esa fue la primera vez que los ángeles cantaron el *Gloria* sobre la tierra. María y José vivieron con una conciencia constante de la presencia de los ángeles.

Pero su conciencia no era un conocimiento sin más, porque no era pasiva. Era una conciencia activa, receptiva, comprometida y devota. María habló con el ángel y le hizo preguntas. José actuó según lo que el ángel le había dicho.

A lo largo del relato de la Navidad, los ángeles ayudan a la Sagrada Familia con su guía y su protección, con su oración, su sabiduría y su aliento. La Sagrada Familia siempre responde activamente a esa ayuda.

Nos encontramos ante otro signo distintivo de la religión bíblica. El Pueblo de Dios interactúa con los ángeles. Llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿por qué se han incluido esas escenas en la Biblia? ¿Por qué Dios ha inspirado a los autores sagrados para que incluyan tantas conversaciones entre los seres humanos y los ángeles?

La tradición cristiana tiene una respuesta bien definida: los personajes bíblicos son el modelo de lo que la Iglesia llama *devoción* a los santos ángeles. Contamos con los ángeles como amigos en la vida. María y José son el mejor modelo que tenemos de esa devoción.

Algunas personas ponen los ojos en blanco cuando un predicador les propone a la Sagrada Familia como modelo de la vida doméstica actual. ¿Cómo van a imitar las personas más corrientes a un hogar que tenía a Dios mismo como uno de sus miembros, otro había sido concebido sin pecado original, y el tercero fue un «justo» en todos los sentidos y a lo largo de toda su vida? Como respuesta, puede ser muy adecuado empezar por la atención y la devoción a los santos ángeles. Si hasta Jesús, María, y José necesitaron ayuda sobrenatural, mucho más nosotros, que avanzamos torpemente, bajo



el peso de nuestra historia personal, de nuestras limitaciones, y de nuestros pecados. La buena nueva en este caso es la siguiente: tenemos toda la ayuda sobrenatural que necesitamos.

La palabra ángel procede del término griego *angelos*, que significa «mensajero». Su equivalente hebreo, *malakh*, también tiene ese doble significado de «espíritu celestial» y «mensajero terreno». Es decir, los ángeles son muy entendidos en comunicación. Quieren ayudarnos a acercarnos unos a otros como familias, y pueden ayudarnos —de la misma forma que ayudaron a la Sagrada Familia— a transmitir nuestro mensaje de salvación de unos a otros y de una forma cercana y amable.

Los buenos hijos de Israel dependían de la guía y de la protección de los ángeles. «Mi ángel caminará delante de ti» (*Ex 23, 23*), dice Dios a la generación del éxodo. Eso mismo, de muchas maneras, es lo que Dios demostró también a la Sagrada Familia. Sigue diciendo lo mismo a cada familia que vive en Cristo.

Allí donde Dios vive, están los ángeles adorándole. Allí donde dos o tres están reunidos en nombre de Cristo, habita Dios, y los ángeles están con él, en adoración. Allí donde hay un vínculo matrimonial, Dios está presente sacramentalmente, dentro de esa familia. Entonces, allí también tienen que reunirse los ángeles en adoración.

Cada día de una familia así puede traer la alegría de la Navidad.

42 En mis argumentos sobre los santos ángeles debo mucho a los años de conversaciones profundas con mi amigo Mike Aquilina y a la lectura detenida de sus libros. Cf. Michael Aquilina, *Angels of God: The Bible, the Church, and the Heavenly Hosts*, Servant Books, Ann Arbor (MI) 2009; Id., *A Year with the Angels; Daily Meditations with the Messengers of God*, Saint Benedict Press, Charlotte (NC) 2011; e Id., *Entertaining Angels*, Catholic Scripture Study International, Charlotte (NC) 2013.

## VIII. OH, PUEBLECITO DE BELÉN[43]

En inglés existe una palabra, *bedlam*, que describe una escena de jaleo y confusión. Pero el origen de esa palabra es una pronunciación incorrecta de *Belén*. Se produjo en un hospital londinense, *Saint Mary of Bethlehem*, fundado en el siglo XIII, que todavía existe y es la institución psiquiátrica más antigua de Europa. En sus primeros siglos de historia, albergaba a tantos enfermos que era constante el desorden. Su nombre —*Bethlehem*— empezó a utilizarse como sinónimo de locura y manía. Una de las ironías de la historia es que, para hablar del caos, se use en inglés el nombre de esa «pequeña aldea» que yace «quieta» en su «sueño profundo y tranquilo» (*deep and dreamless sleep*).

Sin embargo, como ya hemos analizado en las diversas fuentes históricas —desde Josefo y los manuscritos del Mar Muerto hasta los Evangelios—, en realidad la Palestina del siglo I vivía en intensa expectación. Se pensaba que la llegada del Mesías era inminente. Y no faltaban personas deseosas de sacar algún provecho de la situación para sus intereses militares, políticos o económicos. Entre Herodes el Grande (en el siglo I a. C.) y Simón Bar Kochba (justo un siglo después de Cristo), surgieron numerosos pretendidos Mesías, en medio de un auténtico caos de profecías falsas.

Tanto las expectativas como las pretensiones podían ser tremendamente distintas, bajo muchos aspectos. Pero la mayoría se concentraban en la misma idea: la restauración de un rey como David: dotado de la virtud y el poder de David, con el oficio sacerdotal de David, y con la bendición de Dios que disfrutó David.

Este sentimiento común aparece muy bien expresado en un poema escrito poco antes del tiempo de Herodes el Grande.

Mira a tu pueblo, Señor, y suscítale un rey, un hijo de David, en el momento que tú elijas, oh Dios, para que reine en Israel tu siervo. Rodéale de fuerza, para quebrantar a los príncipes injustos, [...] para expulsar con tu justa sabiduría a los pecadores de tu heredad, para quebrar el orgullo del pecador como vaso de alfarero, [...] para aniquilar a las naciones impías con la palabra de su boca [...] para dejar convictos a los pecadores con el testimonio de sus corazones. Reunirá (el Rey) un pueblo santo al que conducirá con justicia; gobernará las tribus del pueblo santificado por el Señor su Dios[44].

El texto del poema expresa bien la creencia común de que el Mesías iba a nacer de la familia de David, sería «hijo de David». Hay que recordar también que Dios había prometido que el reino de su descendiente sería perpetuo: «Cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. Él constituirá una casa para mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre» (2 Sam 7, 12-13).

Llegado el tiempo de Cristo, era honda la convicción común de que el Mesías no solo iba a venir de la familia de sangre de David; también nacería en el mismo lugar que

David, en Belén. En el Evangelio según san Juan, los dirigentes de los judíos contrarios a Jesús le preguntaban, en este sentido: «¿No dice la Escritura que el Cristo viene de la descendencia de David y de Belén, la aldea de donde era David?» (*Jn 7, 42-43*). Creían que esa pregunta iba a descalificar a Jesús, ya que sabían bien que había sido criado en Nazaret. Sin duda, estaban lejos de saberlo todo.

\*\*\*\*\*

Durante el milenio que transcurre entre la infancia de David y el nacimiento de Jesús, Belén declinó de forma bastante drástica. De ciudad amurallada y próspera, pasó a convertirse en un tranquilo pueblecito. Sin embargo, no dejó de ser nunca un foco de especulación sobre el Mesías.

Es fácil comprender por qué. La Escritura establece una relación bien definida con el rey David: «Era David hijo de un efrateo de Belén de Judá» (*1 Sam 17, 12*). Además, siendo rey, siempre favoreció a su ciudad natal, también después de establecer la capital de Israel en Jerusalén.

Varios siglos después de la muerte de David, Dios, mediante el profeta Miqueas, confirmó la promesa, *especificando* que su ungido iba a venir a la tierra en la misma ciudad que David.

Pero tú, Belén de Efrata, aunque tan pequeña entre los clanes de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser dominador en Israel. Sus orígenes son muy antiguos, de días remotos (*Miq 5, 2*).

El Nuevo Testamento nos ayuda a comprender que los primeros cristianos dieron mucha importancia a estos detalles. Después de todo, tanto los apóstoles como los evangelistas eran hijos fieles de Israel, y reconocieron el cumplimiento de las promesas divinas. San Mateo cita la profecía de Miqueas y la relaciona explícitamente con el nacimiento de Jesús. También san Lucas reconstruye las conexiones entre Jesús, el rey David, y Belén. «Como era de la casa y familia de David», José lleva a su mujer embarazada «a la ciudad de David, llamada Belén» (*Lc 2, 4*).

Haber nacido en Belén era un signo de identidad del Mesías. Era lo que se esperaba de él. Y todas las expectativas se vieron cumplidas en Jesús.

\*\*\*\*\*

Un censo hace que José acuda al pueblo de sus antepasados. Pero fue Dios quien organizó el acontecimiento, por medio de esos decretos de la lejana Roma y de la maquinaria burocrática de la provincia de Siria. San Lucas aporta datos históricos más precisos, haciendo notar que tuvo lugar cuando Quirino era gobernador de Siria y Augusto era el César.

Su precisión, sin embargo, ha supuesto una gran dificultad para ciertos historiadores. Estos dicen que los detalles no encajan con el modo en el que otras fuentes presentan los acontecimientos de la historia de Roma. Se dice que Augusto nunca ordenó censar a todo

el Imperio, y que el censo del gobernador romano de Siria, Quirino, no tuvo lugar hasta el año 6 d. C. Por eso, dicen, si la historicidad del decreto de César está bajo sospecha, y el censo de Quirino es demasiado tardío como para haber llevado a José y María a Belén, ¿podemos asegurar que Jesús nació en la ciudad de David?

Empecemos por el principio. Es bastante probable que Augusto ordenara «empadronamientos» de los que no haya quedado ninguna prueba. Sabemos que, a lo largo de su reinado, pidió que se hicieran censos de distinto tipo y en diversos lugares. El historiador judío Josefo narra que, durante los últimos años de gobierno de Herodes, se exigió que en toda Judea se hiciera un juramento de lealtad al César. Los hallazgos arqueológicos confirman que en torno al año 3 a. C. se hizo este tipo de juramento por todo el Imperio. Esto podría significar que el censo mencionado en *Lc 2, 1* conllevaba un compromiso de alianza con el Emperador, por lo que no era exactamente un censo de efectos impositivos. Un historiador cristiano posterior, Orosio (siglo V) afirma explícitamente que Augusto exigió que cada persona de cada provincia romana debía ser empadronada y jurar. La descripción que hace del evento sugiere con firmeza que tuvo lugar poco antes del 2 a. C., año en que el pueblo romano saludó a Augusto como el primero entre los hombres. El propio César Augusto nos informa en sus escritos personales que todo el mundo romano le había aclamado como «Padre» del imperio, más o menos en la fecha en que le fue conferido el título de Emperador, en el año 2 a. C. La convergencia de estos datos hace plausible que el censo del que habla *Lc 2* no fuera un registro de contribuyentes, sino un censo de súbditos que manifestaban lealtad al emperador reinante.

Aunque quizá sea fácil de superar, la intervención de Quirino también presenta cierta dificultad. Conocemos a Quirino por medio de otras fuentes históricas. Sabemos que supervisó un censo de contribuyentes muy poco después de haber sido designado legado provincial de Siria, en el año 6 d. C. Lo que no sabemos, según los datos actuales, es si ejerció su cargo más de una vez o si realizó más de un censo.

Entonces, ¿cómo podemos encuadrar toda la carrera de Quirino en un censo que se celebró varios años antes? A mi modo de ver, esto reclama una lectura detallada del texto de san Lucas.

Lucas designa el cargo de gobierno de Quirino (*Lc 2, 2*) exactamente con la misma palabra que describe el de Poncio Pilato (*Lc 3, 1*). Este gobernó como procurador regional, pero no fue legado de toda una provincia romana (como era Siria); lo cual deja abierta la posibilidad de que Lucas se refiera a un cargo administrativo, que no tendría nada que ver con la posición posterior de Quirino como legado imperial. Uno de los primeros Padres de la Iglesia, Justino Mártir, parece apoyar esta hipótesis, cuando afirma que Quirino fue «procurador» de Judea (y no de Siria) en la época del nacimiento de Jesús. Su testimonio es valioso, porque Justino vivió en Palestina menos de un siglo después de la vida de Jesús. Para él habría sido relativamente fácil comprobar los hechos. Por otra parte, como apologista, suele dirigirse directamente a sus oponentes, quienes estarían deseosos de encontrar errores en su exposición.

El testimonio de Justino, del siglo II d. C., es por lo menos tan fiable como guía para

los hechos del siglo I d. C. como lo son las conjeturas de los historiadores del siglo XXI. Él ha tenido acceso a inscripciones monumentales y a registros documentales que el paso de los siglos ha reducido a polvo y escombros.

Justino también nos ayuda a dar mayor sentido al testimonio de otro antiguo escritor cristiano, Tertuliano de Cartago. Este afirma que el legado oficial en Siria y en la época del nacimiento de Cristo se llamaba Saturnino, no Quirino. Puede que Quirino fuera el administrador de un censo en Judea (como el registro con juramento del 3 a. C.), bastantes años antes de que llevase a cabo el otro censo, con fines fiscales, en el 6 d. C.

\*\*\*\*\*

Los primeros cristianos estaban convencidos de que Jesús era el Hijo de David. Lo atestiguan los cuatro Evangelios y las cartas de san Pablo (cf., por ejemplo, *Rm* 1, 3 y 2 *Tm* 2, 8). Además, tenían la certeza de que había nacido en Belén. Ya hemos podido ver que, a mediados del siglo I d. C., eran muchos los cristianos que peregrinaban al lugar del nacimiento de Jesús.

Gracias a esa devoción, y gracias a las profecías, la pequeña población de Belén siguió ejerciendo una enorme influencia sobre el resto del mundo. Alrededor del año 135 d. C., los romanos construyeron un templo a sus dioses en la misma gruta de la Natividad. Probablemente, como los cristianos tenían verdadero horror a los ídolos paganos, se trataba de un pretexto para detener el continuo flujo de peregrinos que acudía a ese lugar. Su pequeño santuario se mantuvo en pie hasta el reinado de Constantino, en el siglo IV d. C.

La tradición sobre la venida del Mesías de David era bastante conocida, también fuera de Israel. Un antiguo historiador recoge que, a finales del siglo I d. C., el Emperador romano Domiciano todavía temía que apareciese el Hijo de David y se le presentase como rival. En consecuencia, decidió vigilar e interrogar a los miembros que quedaban de la familia de David, pero se encontró con un grupo tan empobrecido que lo consideró insignificante[45].

El nacimiento del Mesías en Israel tomó a todo el mundo por sorpresa. El *Salmo de Salomón*, citado al principio de este capítulo, predecía que el Hijo de David iba a «expulsar a los pecadores de la heredad» pero, ¿quién podía imaginar que lo haría perdonando los pecados de los pecadores? El Salmo predecía que el Hijo de David iba a «quebrantar a los príncipes injustos» pero ¿quién iba a saber que iba a destrozarse su injusticia por medio de una conversión del corazón?

Al final, el emperador Domiciano no quedó muy impresionado. Pero fueron millones los romanos que creyeron en el acontecimiento de la Navidad, y no pasaría mucho más tiempo para que el Hijo de David gobernara los corazones de una amplia mayoría de los súbditos del imperio.

El Reino de Dios se extendió por todos los lugares donde Jesús, su rey, estuviera presente en su Iglesia. Como rey, Jesús reina en la Eucaristía. A los primeros Padres de la Iglesia les gustaba destacar que incluso este aspecto había sido anticipado por su

nacimiento en Belén.

*Beth Lechem*, en hebreo, significa «casa de pan». Es muy apropiado que precisamente en Belén el «Pan de Vida» se manifestase por primera vez al mundo. «Jesús les respondió: “Yo soy el Pan de vida [...]. Yo soy el pan que ha bajado del Cielo”» (Jn 6, 35. 41).

El profesor dominico Jerome Murphy-O’Connor, después de dedicar toda una vida a la arqueología bíblica, solía decir que es indudable que Jesús nació en Belén, y que es difícil exagerar su importancia: «Si la Iglesia primitiva pensaba en Jesús en términos de mesianismo davídico, lo cual es seguro, no era por algo que Él hubiera dicho o hecho, sino por ser quien era y por el lugar de donde venía. Y venía de Belén»[46].

- 43 El título está tomado de *Oh little town of Bethlehem*. Sobre este villancico y su historia, cf. nota 1 en el capítulo 1 de este libro (NdT).
- 44 *Pseudo-Salmos de Salomón* 17, 22-29.
- 45 Eusebio de Cesarea, *Historia de la Iglesia* 3, 20.
- 46 Jerome Murphy-O'Connor, O.P., «Where Was Jesus Born?» in *Bible Review*, February 2000, 54.



## IX. ¿CREES EN LOS REYES MAGOS?

Si no se perdió el amor entre Israel y Persia en el reinado de Herodes, fue porque era muy poco el amor que había que perder. Persia, un poderoso imperio vecino, había sido opresor periódico del pueblo judío. En el siglo I a. C., además, empezaba a percibir los primeros brotes de lo que iba a ser el poder dominante, y su contrincante, en el escenario geopolítico: Roma.

Si en algo podían estar de acuerdo judíos y romanos, era en su enemistad hacia Persia, el imperio del Este. Tanto para los judíos como para los romanos, estos «hombres sabios», o Magos, representan la repulsión que sentían hacia Persia. El naturalista romano Plinio el Viejo (que fue contemporáneo de Jesús), pensaba que la doctrina de los magos era «tan profundamente increíble, tan profundamente desconcertante», pero aún así estaba tan llena de «quimeras atractivas» que lograba «fascinar las mentes humanas»[47]. Siglos más tarde, el *Talmud* constataba el mismo poder de atracción y prohibía a los judíos buscar conocimiento en un mago.

Los Magos eran astrónomos, se dedicaban a seguir en detalle el movimiento de los cuerpos celestes —la posición relativa de las estrellas, las fases de la luna— y decían ser capaces de interpretarlos como augurios de acontecimientos terrenos. Su doctrina «ejerció un influjo tan poderoso» decía Plinio, que «fue dominante en una gran parte del mundo, dirigiendo a los reyes de reyes del Oriente»[48]. Los Magos eran venerados en Persia, tanto que eran considerados el auténtico «poder detrás del trono». En ocasiones, se les nombraba reyes vasallos de territorios de provincias.

En el Antiguo Testamento encontramos algunos Magos, aunque el término se suele traducir por «sabios», que se encuentran al servicio del rey de Babilonia (cf. *Dn* 2, 48). Uno de ellos aparece nombrado entre los testigos que presencian el momento en que el rey Nabucodonosor ejecuta a los herederos del rey David de Israel y deja ciego a su padre, Zedequías. También aparece destacado entre los nombres de funcionarios de Babilonia el de Nergal-Sharezer el *Rabmag*, o jefe de los Magos (cf. *Jer* 39, 1-7).

Aunque, en términos geográficos, los Magos eran vecinos de los judíos, su religión se encontraba a años luz de distancia. En muchos sentidos, ellos encarnaban el mundo de los gentiles, formado por extranjeros e idólatras que ignoraban la grandeza de Israel y de su Dios. Representaban el tipo de contaminación del que la Ley exigía apartarse. Dios, pensaban, había dado a los israelitas una Ley con el fin de preservarlos del posible contagio de la «gente idólatra».

Dios entregó a Israel la Ley para protegerle de la influencia nociva de los pueblos idólatras.

Como consecuencia, se produjo una repulsión mutua entre los Magos y los judíos.

Pero también existía una atracción mutua. Si la sabiduría de los persas nunca hubiera atraído a los judíos, entonces las advertencias de la Biblia y del *Talmud* serían innecesarias.

Por lo que respecta a los propios Magos: si nunca les hubiera interesado conocer al Dios de Israel, ¿por qué estaban mirando al cielo en busca de signos de un divino «Rey de los judíos»?

\*\*\*\*\*

Ahora bien, cuando Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, los sabios del Este llegan a Jerusalén diciendo: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle» (*Mt 2, 2*).

Ya hemos concluido que Herodes tenía ataques de paranoia extrema. También sabemos que era un edomita de origen incierto, de quien recelaban los judíos de linaje más puro. Es más, hemos visto que su paranoia y su inseguridad le llevaban a buscar en las Escrituras hasta el menor signo de amenaza a su poder. Con seguridad, sus investigaciones ya le habían conducido en ese momento a una de las primeras profecías sobre el Mesías, el oráculo de Balaam, recogido en la *Torah*:

Lo veo, aunque no ahora, lo divisó, pero no de cerca: de Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel. Aplasta las sienes de Moab, el cráneo de todos los hijos de Set. Será Edom tierra conquistada, tierra conquistada Seir. Israel despliega su poder, Jacob domina a sus enemigos, aniquila a los fugitivos de Ar (*Nm 24, 17-19*).

A los ojos de un edomita paranoico y ambicioso, tres líneas tienen que haber destacado fuertemente: «De Jacob avanza una estrella / un cetro surge de Israel / [...] Será Edom tierra conquistada».

¿Es posible que los Magos hayan visto la estrella profetizada por Balaam? ¿Puede ser que hayan divisado un augurio de la perdición de Herodes?

También puede ser que los Magos conocieran la profecía de Balaam a través de su trato con los judíos de Persia, y que hayan comprendido su significado con mucha más claridad que los líderes religiosos de los judíos. Tal vez sea la razón del *por qué* estaban buscando una estrella tan concreta.

Herodes presionó a los Magos pidiendo detalles, y convocó a los expertos en religión de su corte. A partir de esas dos fuentes, pretendía identificar el lugar y el tiempo del nacimiento del Mesías.

Los Magos debieron haber impresionado a Herodes, por su condición de buscadores humildes y de hombres virtuosos. Por eso hizo todo el esfuerzo imaginable por aparentar humildad. Les dijo: «Id e informaos bien acerca del niño; y cuando lo encontréis, avisadme para que también yo vaya a adorarle» (*Mt 2, 8*).

Ellos siguieron su camino. «Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (*Mt 2, 10*).

Tenemos que detenernos un momento en esta línea. Capta el momento en el que Dios entregó «alegría al mundo». No solamente a Israel, sino al mundo entero: naciones, extranjeros, gentiles.

A través del Antiguo Testamento se habían esparcido ideas de que ese día iba a llegar. El salmista cantaba: «Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra, al escuchar el oráculo de tu boca» (*Sal* 138, 4). También: «Que los reyes de Tarsis y de las islas le paguen tributo, que los reyes de Saba y de Arabia le ofrezcan sus dones» (*Sal* 72, 10). Y el profeta Isaías predijo un tiempo en el que Israel prosperaría, sin miedo del mundo y abierto a los dones de todas las naciones:

Entonces, mirarás y te pondrás radiante, palpará y se ensanchará tu corazón, pues la abundancia del mar se volcará sobre ti, llegará a ti la riqueza de las naciones [...]. Hijos de extranjeros reconstruirán tus murallas y sus reyes te servirán, porque si te herí estando indignado con mi benevolencia me he apiadado de ti (*Is* 60, 5. 11).

\*\*\*\*\*

Los Magos se dirigieron a Jerusalén, y después a Belén, llevando consigo sus tributos. San Mateo nos cuenta: «Luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron [a Jesús] presentes: oro, incienso y mirra» (*Mt* 2, 11).

Los cristianos han meditado largamente el significado de los dones de los Magos. El gran sabio de la Sagrada Escritura en el siglo III d. C., Orígenes de Alejandría, decía de forma sucinta: «Oro, como para un rey; mirra, para un ser mortal; e incienso, como para Dios»<sup>[49]</sup>. Esta simbología hace que los dones sean especialmente oportunos para ese bebé, que era Dios, hombre y monarca al mismo tiempo.

Oro e incienso son materiales muy familiares a todos, con una asociación bien conocida a los reyes y a los templos. Solo la mirra necesita explicación para algunos lectores modernos. La mirra se obtiene de la resina aromática de algunos árboles de distintos lugares del Medio Oriente. En la antigüedad, se usaba para medicinas, perfumes, y para los ungüentos de embalsamar. Este tercer uso es el más significativo en este caso, ya que los cuerpos de los difuntos eran ungidos con mirra para ralentizar la descomposición y disimular el olor de la muerte (cf. *Jn* 19, 39).

El análisis de Orígenes constituye un buen resumen; pero no supone la última palabra. De hecho, es un comienzo bueno y necesario para nuestra contemplación; pero es solo un punto de partida.

Vale la pena notar, por ejemplo, que los tres dones eran materiales usados habitualmente para la adoración en el santuario de Israel. Sus vasos estaban fabricados con el oro más puro (cf. *Lev* 24, 4-6); el humo del incienso se elevaba junto a las oraciones de los sacerdotes (*Lev* 16, 12-13); y la mirra se usaba en los aceites para la unción (*Ex* 30, 23). En este sentido, podemos interpretar este momento como un traspaso de la suma autoridad sacerdotal al lugar que le corresponde, junto al Rey Mesías de Israel, el Hijo de David.

San Efrén diácono (siglo IV d. C.) observaba con placer que todos los dones que

llevaban los Magos habían sido antes creados por Dios. De esta forma, los Magos solamente estaban devolviendo a Dios lo que Él había dado antes al mundo. Sin embargo, esos dones habían sido profanados por el servicio a los ídolos en las tierras de los Magos; por eso, decía san Efrén, necesitaban ser purificados por el contacto con el Santo de Israel.

Ese oro que había sido adorado te adoraba ahora, cuando los Magos lo ofrecieron. Lo que había sido adorado en muchas imágenes, ahora te rendía adoración. Con los adorantes que lo presentaban, te adoraba a ti[50].

Otra vez, según san Efrén, los Magos llevaron a Belén mucho más que los dones contenidos en sus cofres. Se llevaban a sí mismos, como representantes de todos los gentiles. Eran portadores del entero cosmos, que ellos se habían esforzado por entender y al que habían llegado a adorar erróneamente. Efrén era connacional suyo y conocía de cerca la adoración que los persas daban al fuego. Pero en Belén, dice, «el Sol rindió homenaje» al verdadero Dios, cuando los adoradores del Sol decidieron adorar a Cristo en su lugar[51].

La visita de los Magos es un episodio breve en la historia de la Navidad, pero su importancia nunca será exagerada. Señala la salvación del mundo entero y la restauración del orden cósmico, que se había visto alterado por la caída de la humanidad y de los ángeles.

Los primeros cristianos conversos de la idolatría, del paganismo, apreciaron profundamente la historia de los Magos. Esta es citada repetidas veces en el siglo II d. C., por autores muy distintos y dispersos geográficamente, como san Justino mártir, Taciano, Julio Africano, San Ireneo de Lyon, y Tertuliano de Cartago (por no mencionar la literatura cristiana apócrifa de este periodo).

Dios había ofrecido la alegría al mundo. Y el mundo respondió con adoración y celebración.

\*\*\*\*\*

¿Qué decir de la estrella?

En fecha tan remota como el siglo IV d. C., san Juan Crisóstomo destacó que se comportó de forma distinta a cualquier otra estrella jamás vista. La mayoría de las estrellas, decía, se mueven de Este a Oeste, igual que el sol, «mientras que esta estrella camina de Norte a Sur, pues al Sur queda Palestina si la consideras desde Persia»[52].

Además, añade el Crisóstomo, que apareció brillante, de noche y de día, «fuerza que no tiene otra estrella alguna, ni aun la luna misma»[53].

Sigue añadiendo nuevas razones. La estrella jugó a esconderse y a buscar a los Magos, según Crisóstomo, para guiarles hasta Jerusalén, después volvía a desaparecer un poco, y volvía a aparecer. Otra vez, se hace patente que no era una estrella corriente.

Finalmente, cuando los Magos se acercaban a su destino, la estrella descendió del cielo y se detuvo sobre la casa de la Sagrada Familia.

Concluye el Crisóstomo: «Paréceme que puede comprobarse que no fue una estrella como las otras; más aún, ni siquiera estrella, sino un espíritu invisible que aparecía como estrella»[54].

Hemos visto en el capítulo 7 que era bastante común identificar las estrellas del firmamento con ángeles del cielo. Este motivo aparece en la Biblia, y en otras fuentes judías del tiempo de Jesús. El filósofo Filón de Alejandría sugería la hipótesis de que, por ejemplo, las estrellas fueran «criaturas vivientes, pero compuestas solo de espíritu»[55].

Grandes científicos han invertido años de trabajo repasando las antiguas crónicas, combinando calendarios, y calculando ecuaciones con el fin de identificar la estrella de Belén con algún fenómeno astronómico: por ejemplo, el cometa Halley o alguna conjunción de planetas única en varios siglos. Aunque sus argumentos son originales, no acaban de convencerme.

Puede que la forma de pensar de san Juan Crisóstomo sea pre-científica y pre-crítica; pero él no era ignorante. Sabía bien que las estrellas *no hacen* lo que se decía que había hecho la Estrella de Belén. Estoy de acuerdo con él en que debía ser una aparición más de uno de los ángeles de la Navidad. En el principio, Dios creó los cielos y la tierra, y todos los ángeles formaron parte de ese drama cósmico. Ahora se volvieron a encontrar, una vez más, implicados en este momento de clímax.

Con san Juan Crisóstomo, mi conclusión es que los Magos vieron un ángel que se les apareció en forma de luz, para guiarles hasta la verdadera adoración. Esto es coherente con algo que ya hemos señalado, y es que los ángeles fueron creados para esto.

El papa san Gregorio Magno aceptó la interpretación angélica. También él se dio cuenta de que Dios trató de formas muy diferentes a los pastores y a los Magos. Aunque fueran el sector más bajo y rudo entre los judíos, los pastores no dejaban de ser miembros del Pueblo Elegido, por lo que habían escuchado toda la vida la proclamación de la verdad. Dios les envía ángeles tal y como eran, y los ángeles les podían hablar en un lenguaje sencillo y directo. En cambio, dice Gregorio Magno que «los gentiles, que no sabían hacer uso de su razón, debían ser guiados al conocimiento de Dios, no por medio de palabras, sino por medio de señales»[56].

Para comprender la Navidad en todo su sentido, las manos más sencillas, las de los trabajadores del campo, estaban mejor preparadas que las de los sabios más llenos de erudición.

Sin embargo, lo que llevó a los Magos hasta el pesebre de Belén fue su ardiente apertura al conocimiento de la verdad. Los ángeles podían verlo, y hacer algo a partir de él.

\*\*\*\*\*

San Mateo es extremadamente parco en detalles. Si el narrador de la historia de los Magos hubiera sido Lucas, es probable que conociéramos incluso sus direcciones de correo en Persia. Pero lo único que nos dice san Mateo es que venían «del Oriente».

La Escritura no nos dice tampoco cuántos eran los Magos. Una antigua tradición cuenta que eran tres, pero el número puede haberse sugerido a partir del número de dones. Otras tradiciones antiguas añaden los nombres: Gaspar, Baltasar y Melchor. Pero, otra vez, son detalles sobre los cuales la Escritura guarda silencio. El Evangelio ni siquiera aclara si eran persas, aunque asumimos que lo eran por el hecho de que eran magos.

Los hombres de cultura del Pueblo no recibieron el mensaje de los ángeles. Los principales sacerdotes estaban ocupados con preocupaciones terrenas de lugares alejados a Belén. El rey Herodes y su corte, por su parte también estaban absorbidos por sus intrigas y su desenfreno.

Lo que sabemos de los Magos es misterioso pero impresionante. Los hombres religiosos del reino de Herodes se perdieron la Navidad. Pero en su lugar vinieron extranjeros, para rendir homenaje.

Los Magos eran gentiles, extranjeros, y por ello considerados impuros por los judíos. Pero llegaron desde sus tierras lejanas y se unieron a la adoración de unos humildes pastores.

«Entonces dijo el Señor a su siervo: “Sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar, para que se llene mi casa”» (*Lc 14, 23*).

Los Magos «se llenaron de inmensa alegría» (*Mt 2, 10*).

- 47 Plinio el Viejo, *Historia natural*, 30, 1-2.  
48 *Ibidem*.  
49 Orígenes, *Contra Celso* 1, 60. Cf. también san Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* 3, 9, 2.  
50 San Efrén De Siria, *Himnos sobre la Natividad* 15, 29.  
51 *Ibidem* 14, 11.  
52 San Juan Crisóstomo, *Homilias sobre el Evangelio de san Mateo* 6, 3.  
53 *Ibidem*.  
54 *Ibidem*.  
55 Filón de Alejandría, *De Plantatione*.  
56 San Gregorio Magno, *Homilía ante la Epifanía de nuestro Señor Jesucristo* (NdT).

## X. PASTORES, ¿POR QUÉ ESTE GOZO?[57]

No es muy probable que el testimonio de los pastores impresionara tanto al rey Herodes como las opiniones de los Magos. Los pastores eran pobres en cuanto a posición y poder, ni siquiera tenían en posesión una tierra que pudieran decir suya. Iban vestidos para resistir las inclemencias del tiempo, no para recepciones y banquetes. Tenían un olor parecido al de sus ovejas, como se puede esperar de un pastor. Los Magos podían conseguir una audiencia con el rey Herodes. Pero ¿y los pastores? Seguramente no.

Tal vez con el rey David hubiera sido distinto. Después de todo, él también era pastor. Siguió cuidando del rebaño de su padre, Jesé, incluso mientras ascendía en la escala militar, a las órdenes del rey Saul (cf. *1 Sam* 17, 15). Llegado el momento en que David iba a ser rey, el Señor dice por medio de su profeta: «Tú apacentarás a mi pueblo Israel, tú serás el caudillo de Israel» (*2 Sam* 5, 2; *1 Cr* 11, 2).

David jamás olvidó sus orígenes. En el poema más famoso de los que llegó a escribir, no alabó a Dios como rey poderoso, sino como pastor:

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace recostar.  
Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo por el honor de su nombre (*Sal* 23, 1-3).

David se atreve a rezar a Dios como pastor. Presenta a un Dios que conduce, alimenta, ayuda, repara, protege, recupera y provee en bien de las personas a las que ha elegido como sus «ovejas».

Según David, la salvación se encuentra envuelta en la buena pastoral de Dios: «Salva a tu pueblo y bendice tu heredad, sé su pastor y llévalos siempre» (*Sal* 28, 9).

Los términos elegidos por David no eran del todo originales. Los hebreos habían sido pastores desde sus orígenes. Abrahán había llevado una vida nómada, y se trasladó con sus rebaños desde Ur de los caldeos a la tierra que Dios le había prometido. De hecho, mucho antes de Abrahán, en los albores de la humanidad, la *Torah* ya había identificado a Abel, el pastor, como el hombre más justo de su generación.

Tiempo después, Jacob se mezcló con los pastores para espiar a su amada Raquel (cf. *Gn* 29, 3). De un noble, José, el patriarca que interpretaba sueños, se dice que era pastor (cf. *Gn* 37, 2). La identidad de los hebreos como pastores llegó a protegerles, en un momento dado, de los egipcios, que rechazaban el comercio (cf. *Gn* 32-34). El libro del *Génesis* finaliza con la bendición del patriarca Jacob sobre sus hijos, en la que llama a Dios «el Pastor» (cf. *Gn* 49, 24).

La vocación de Israel al pastoreo se reanuda inmediatamente después de los años de



esclavitud en Egipto. Moisés se encontraba cuidando del rebaño cuando Dios le llamó a ser el libertador de su pueblo (cf. *Ex* 3, 1). El mismo viaje de éxodo se define como actividad pastoral, según lo que dice Dios a Israel: «Vuestros hijos serán nómadas cuarenta años en el desierto» (*Nm* 14, 33).

Esa identidad iba a ser duradera, por lo que los rebaños aportaron las metáforas dominantes en la autocomprensión de Israel. Cuando el pueblo peca, «se extravía» (cf. *Sal* 119, 6-7), igual que las ovejas, y está «disperso por los montes como ovejas sin pastor» (*1 Re* 22, 17). Se discute si sus dirigentes son buenos o malos «pastores». El punto de referencia es David, como modelo de «buen pastor» de su pueblo.

Israel esperó muchos siglos la llegada de otro pastor como David. Dios lo había prometido por medio de los profetas: «Os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con saber e inteligencia» (*Jer* 3, 15). El profeta Ezequiel predijo que el Buen Pastor nacería de la casa de David: «Mi siervo David será rey sobre ellos y todos ellos tendrán un solo pastor. Caminarán según mis normas, guardarán mis preceptos y los cumplirán» (*Ez* 37, 24; fue escrito mucho después de la muerte de David).

De esta forma, el estudio de los pastores de Israel es una genealogía de sus redentores: Abrahán, Jacob, José, Moisés y David. Todos tuvieron fallos, pero prefiguraron al Mesías que iba a venir.

\*\*\*\*\*

Por eso, no tendríamos que sorprendernos por encontrar pastores en el nacimiento de Jesús. Dios les había demostrado su favor a lo largo de toda la historia.

Aún así, los líderes religiosos y políticos del tiempo de Jesús les prestaban escasa atención. El trabajo de un pastor exigía constancia, y el tiempo que debía pasar en el campo le impedía a menudo observar los cientos de leyes de pureza ritual que habían impuesto los fariseos. La idea de que solo los ricos se podían permitir el lujo de guardar la Ley, y de salvarse, se había convertido en un lugar común. Jesús sorprende a sus oyentes cuando declara: «Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios» (*Lc* 18, 25). La respuesta de los asistentes fue: «Entonces ¿quién puede salvarse?» (*Lc* 18, 26).

Podemos decir con bastante certeza que los pastores de los alrededores de Belén no estaban incluidos en ninguna de esas cortas listas de «los salvados».

Los pastores vivían al aire libre y tenían mucho contacto con la sangre y los restos de los animales que cuidaban. Eran personas rudas, a diferencia de la élite formada por los miembros del partido de los fariseos, o los integrantes de la corte decadente de Herodes.

Pero Dios envió mensajeros con el anuncio del nacimiento de su único Hijo precisamente a los pastores, y no a los reyes ni a los sacerdotes.

Había unos pastores por aquellos contornos, que dormían al raso y vigilaban por turno su rebaño durante la noche. De improviso un ángel del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los rodeó de luz. Y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo:

—No temáis. Mirad que vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor, y esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

De pronto apareció junto al ángel una muchedumbre de la milicia celestial, que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres en los que Él se complace».

Cuando los ángeles les dejaron, marchándose hacia el cielo, los pastores se decían unos a otros:

—Vayamos a Belén para ver esto que ha ocurrido y que el Señor nos ha manifestado.

Y vinieron presurosos y encontraron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre. Al verlo, reconocieron las cosas que les habían sido anunciadas sobre este niño. Y todos los que lo oyeron se maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho. María guardaba todas estas cosas ponderándolas en su corazón.

Y los pastores regresaron, glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según les fue dicho (*Lc 2, 8-20*).

Dios no se limitó a enviar un ángel a los pastores, sino un destacamento, una milicia celestial como la que había enviado a Jacob y Josué en sus momentos de necesidad (cf. *Gn 28, 12; 32, 1-2; Jos 5, 14-15*). Como en tiempos de Jacob y Josué, la Navidad era un tiempo de conquista, y los justos de la tierra necesitaban la ayuda de los ángeles celestiales.

Seguramente, los humildes pastores se atemorizaron ante esa visión. Tal vez habían oído hablar de visiones parecidas, pero situadas en el santuario del Templo, donde solo podían entrar los sacerdotes. Nunca en un vulgar pasto de las afueras de Belén, ni mucho menos para los pastores.

Los ángeles enseñaron a los pastores un canto que la Iglesia nunca ha olvidado: «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres en los que Él se complace». El antiguo *Liber Pontificalis* («Libro de los Papas») nos informa de que ese canto ha formado parte de la liturgia de la Iglesia desde los primerísimos tiempos, y que fue establecido para la Navidad por el Papa san Telesforo (aproximadamente en el 126 d. C.)[58].

El canto era muy adecuado porque, como dice el texto, «la gloria del Señor los rodeó de luz», a los pastores. Esta «gloria» no era simplemente un brillo. Para los judíos piadosos, tenía un sentido más preciso. Representaba la *Shekinah*, esa «nube de gloria», brillante y ardiente, que llenaba el Santo de los Santos en el Tabernáculo y en el Templo (cf. *Ex 40, 35; 2 Cro 7, 2*), pero que había desaparecido desde la destrucción del primer Templo. La *Shekinah* era el signo visible de la presencia invisible de Dios.

Otra vez, los pastores podían haber oído hablar de apariciones semejantes a los sacerdotes del Templo de Jerusalén, pero no a los pastores de Belén.

Llegaba así a los pobres la Buena Nueva de la salvación: «El Salvador, que es el Cristo, el Señor». Es decir, los más despreciados son los primeros en recibir el Evangelio. Son, a su vez, los primeros en evangelizar al mundo: «Y los pastores regresaron, glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según les fue dicho».

El relato de los pastores termina con una nota de maravilla, gloria y alabanza. Representa el primer destello de la alegría que permea el Evangelio de san Lucas (cf. *Lc 2, 20; 5, 26; 7, 16; 13, 13; 17, 15; 18, 43; 24, 53*). La felicidad que se ha dado a unos pocos tiene que transmitirse al mundo, empezando por los más cercanos, en casa. Por eso, los pastores se presentan como modelo de una evangelización gozosa.

\*\*\*\*\*

Jesús es un rey muy superior a Herodes y Augusto. Pero no se construyó un palacio en Jerusalén, sino que estableció su morada en una humilde gruta de Belén. Eligió a unos humildes pastores como sus primeros cortesanos.

Durante toda su vida iba a identificarse con los pastores, llamándose a sí mismo el Buen Pastor (cf. *Jn* 10, 11-14) y contemplando al conjunto de la humanidad como su rebaño. «Al ver las multitudes se llenó de compasión por ellas, porque estaban maltratadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor» (*Mt* 9, 36).

Según los datos de las genealogías, la Natividad es una recapitulación de muchos eventos anteriores. La figura del pastor retoma muchos de los grandes eventos de la historia de Israel: la creación, la vocación de Abrahán, el Éxodo, el Reino, y el exilio. De forma más incisiva, la Natividad de Jesús remite al reino de David. David fue un auténtico pastor y muy bueno —tanto en el sentido literal como en el figurado— pero seguía siendo débil y falló a su rebaño. Cuando lo hizo, Dios le castigó según los términos comprensibles para un pastor, ya que se refiere a la víctima de David como «una corderilla» (*2 Sam* 12, 3).

Con todo, Dios prometió a David un hijo que también iba a ser Hijo de Dios. Él iba a ser un buen pastor de su pueblo. Y la noticia de su llegada se iba a dirigir en primer lugar a los colegas de David en los pastos. Después se transmitiría a los demás, como alegría destinada al mundo.

- 57 *Shepherds, why this jubilee?* Es un versículo de un villancico popular y con traducciones a numerosos idiomas, titulado en inglés *Angels, we have heard on high*. Existe traducción española, pero no tiene el diálogo con los pastores de la versión inglesa. La letra original es francesa y se titula *Les anges dans nos campagnes*, cuya traducción española sería «ángeles en nuestros campos». Recuerda la aparición de los ángeles a los pastores, narrada por san Lucas, y su estribillo repite el *Gloria in excelsis Deo* que entonaron los ángeles en ese momento. Es obra de un autor anónimo del Languedoc, Francia, del siglo XIX (NdT).
- 58 Cf. *The Book of the Popes (Liber Pontificalis)*, tr. Louise Ropes Loomis Columbia University Press, Nueva York 1916, pp. 12-13.

## XI. GLORIA DE TU PUEBLO: LA PRESENTACIÓN

Aparte de los Evangelios de Mateo y Lucas, el Nuevo Testamento solo hace breves alusiones al nacimiento de Cristo, como en destellos. Ya hemos hablado de la forma dramática, cósmica y simbólica con que lo presenta el libro del *Apocalipsis*. La versión de san Pablo es mucho más escueta, pero encierra la misma riqueza teológica.

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos (*Gal 4, 4-5*).

El mismo Dios que había dado la Ley —por medio de los ángeles, a Moisés y para Israel— ahora se sometía a la Ley. Asumiendo la carne como judío, se vinculaba a un pueblo concreto, y aceptaba la iniciación que este exigía desde la época de Abrahán. Cuenta san Lucas: «Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, le pusieron por nombre Jesús, como le había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno materno» (*Lc 2, 21*). La alianza de Israel con Dios era «la alianza de la circuncisión» (*Hech 7, 8*); y aunque Jesús, por ser Dios, no estaba sujeto a la Ley, solamente Él podía cumplir la Ley de forma perfecta, precisamente porque carecía de pecado. Es lo que hizo, cuando sus padres lo llevaron a ser circuncidado, tal vez en la sinagoga de Belén.

Los cristianos siempre han interpretado este momento como un anticipo de la crucifixión de Jesús. Supuso el primer derramamiento de su sangre, cuyo valor era infinito. A causa de la perfección de Jesús, por sí solo este rito ya tenía el poder suficiente para redimir al mundo; sin embargo Él lo llevó a un cumplimiento más perfecto y a una autodonación más completa. Él iba a obedecer a su propia Ley, «haciéndose obediente hasta la muerte» (*Fil 2, 8*).

Según la costumbre, la circuncisión tenía lugar al octavo día, y evidentemente requería la presencia del niño. El siguiente requerimiento de la Ley estaba establecido para el cuadragésimo día, y se dirigía a los padres. Tras haber pasado la prueba de tener que dar a luz en un lugar remoto —un establo, nada menos—, la Sagrada Familia tuvo que soportar otro viaje, esta vez a Jerusalén.

\*\*\*\*\*

El hijo de María y de José era el Hijo de David, el gran rey sacerdote. En consecuencia, Jerusalén le pertenecía por derecho de nacimiento. Como capital de David, las murallas de Jerusalén encerraban la ciudad del Gran Rey (Monte Sión), así como el

Monte del Templo. Jerusalén era el lugar de la ley de David y el lugar de sus ritos. Era el hogar privilegiado del monarca pero, sobre todo, era el santuario de la presencia de Dios en la tierra.

Por todas estas razones, Jerusalén aparece como un lugar destacado en todos los Evangelios. Sin embargo, el que pone más énfasis en el culto sacrificial es el Evangelio según san Lucas. Precisamente por esta razón, Lucas es representado simbólicamente con la imagen de un buey: un animal que se ofrecía habitualmente en sacrificio. Lucas empieza la narración de su Evangelio en el lugar más sagrado del Templo, con la aparición del arcángel Gabriel al sacerdote Zacarías. Para san Lucas, el guion de la historia vuelve una y otra vez a Jerusalén y al Templo.

La Antigua Ley era adecuada para este fin. La *Torah* prescribía que cada mujer, cuarenta días después de dar a luz, debía peregrinar al Templo para su «purificación». Además, cada primogénito tenía que ir con ella, para ser «redimido» —recuperado—, igual que un burrito sucio: «El primer nacido de asno lo rescatarás con un cordero; si no lo rescatas, lo desnucará. Pero al primogénito del hombre entre tus hijos has de rescatarlo» (*Ex* 13, 13).

El episodio que narra san Lucas es algo extraño, porque no dice que Jesús haya sido «redimido», sino que ha sido «dedicado» o «presentado» en el Templo. La diferencia es importante[59]. La Ley no exigía la *presentación* de cada primogénito. El libro del *Éxodo* exige que todos los varones primogénitos sean *redimidos*.

¿Qué es lo que ocurre? Al parecer, Lucas quiere presentar a Jesús como un primogénito israelita, santo y dotado de una condición sacerdotal natural[60]. La cita que hace Lucas sobre el primogénito (cf. *Lc* 2, 23) no está tomada de la ley sobre la redención (cf. *Ex* 13, 13), sino de *Éxodo* 13, 1-2, que habla de la *consagración de los primogénitos al Señor*.

El Señor habló a Moisés diciendo: «Conságrame todo primogénito de los hijos de Israel. Todo lo que abre el seno materno, tanto de hombres como de animales será para mí» (*Ex* 13, 1-2).

De hecho, Lucas no menciona rito alguno de redención realizado en Jesús[61]. Él no fue rescatado, lo cual no era, en absoluto, algo normal. Charles Talbert, especialista en Nuevo Testamento, es uno de los muchos estudiosos que han destacado esta anomalía:

La prescripción de *Éxodo* 13, 2 sobre el hijo primogénito se cumplió literalmente en el caso de Jesús, el primogénito (*Lc* 2, 7), que no fue rescatado (*Ex* 13, 13; *Nm* 3, 47; 18, 16). Frente a la costumbre común, Jesús fue dedicado a Dios y siguió siendo de su propiedad [...]. *El paralelismo más cercano a este punto se encuentra en 1 Samuel* 1-2, cuando Ana entrega a Samuel, recién nacido, al Señor y para toda la vida. [...] Si Jesús, de forma semejante, fue dedicado a Dios y no redimido, quiere decir que perteneció a Dios permanentemente. Esto podría explicar por qué Jesús no entendería después que sus padres no supieran dónde le podían encontrar en Jerusalén (*Lc* 2, 48-49): puesto que pertenecía a Dios, era de esperar que estuviera en la casa de su Padre, como Samuel. En el clímax del relato, Jesús se ha identificado personalmente con las decisiones que sus padres habían tomado sobre Él en el momento de su nacimiento[62].

De esta forma, Lucas presenta a Jesús como el único primogénito justo, que, a

diferencia de los demás varones israelitas, no necesitaba ser *redimido* del servicio al Señor porque no era impuro. En cambio, fue *consagrado como primogénito* (Ex 13, 1-2)[63]. Según la *Epístola a los hebreos*, por eso Dios ha exaltado a Cristo como su hijo primogénito (1, 6), como sumo sacerdote y como rey (5, 6; 6, 20; 7, 11-17). Jesús sube a Jerusalén para dar a la alianza sacerdotal un cumplimiento tan completo que la concluye, a la vez que también la *incluye* en la alianza de Dios con la Casa de David[64]. Jesús, el ungido, es el único heredero del sacerdocio y de la monarquía. Recupera para el género humano el dominio y el sacerdocio que había tenido Adán en la creación, y que había perdido con el pecado original.

A la vez, no ha obrado una simple restauración. Dios hace algo mucho mejor. En Cristo, la humanidad no solamente *retorna* a un paraíso terrenal similar al Edén, sino que se *convierte* en una realidad superior, «la Iglesia de los primogénitos inscritos en los cielos» (Hb 12, 23).

Nuestro querido san Lucas es uno de los autores a los que más se asocia con la redacción de la *Epístola a los hebreos*, y la explicación es sencilla. Los principales temas del tercer Evangelio —sacrificio, santuario y sacerdocio— se desarrollan con profundidad en esa carta. Lo que empieza en el Templo de la tierra llega a su conclusión en la Iglesia celestial.

Cuando Cristo entra en el Templo para ser presentado, lo hace como el auténtico sumo sacerdote, y con su presentación queda consagrado para ese oficio. Llega como el sacerdote tan largamente esperado. También es el sacrificio mismo. Como su propia vida iba a mostrar con hechos, Él es el verdadero Templo (cf. Jn 2, 19-21).

\*\*\*\*\*

Había un segundo rito que cumplir, cuarenta días después del nacimiento de un niño, y estaba prescrito para la madre. La Ley establecía que la madre del niño debía ofrecer un sacrificio, para superar la impureza ritual que el parto llevaba consigo.

Algunos lectores modernos interpretan erróneamente que esto quiere decir que la Ley consideraba el sexo, la feminidad o los partos como realidades «sucias» o pecaminosas. No es así. De la misma forma que el sacerdote tenía que purificar los vasos sagrados cada vez que se usaban en la liturgia del templo (después de derramar libaciones de vino, por ejemplo, o sangre sacrificial sobre el altar), así también la mujer que había dado a luz tenía que purificarse después del uso santo de su cuerpo sagrado, al dar a luz a un nuevo niño.

La purificación significa la santidad del vaso de su cuerpo para los sagrados propósitos de Dios. Los sacerdotes podían volver a usar los vasos, una vez purificados, en la sagrada liturgia del templo. Pasados cuarenta días, el cuerpo de la mujer era purificado para que pudiera volver a unirse a su marido en comunión matrimonial. Es muy importante comprender la profunda analogía entre el templo y el cuerpo, tanto en este pasaje como en otros de la Escritura (cf. Jn 2, 19-21; 1 Cor 3, 16; 6, 16; 7, 14-15; 2 Cor 4, 7; 5, 1-10; 6, 14-7, 1).

Además, la sangre era considerada —con bastante acierto— una fuerza de vida (cf. *Lev* 17, 11). En este sentido se la veía como un don de Dios, al igual que la vida misma. Se decía que la sangre «contaminaba» un cuerpo en el mismo sentido que los rollos de la Escritura (según los antiguos rabinos) «contaminaban» las manos que los tocaban[65]. Los seres humanos que entran en contacto con lo sagrado son profundamente conscientes de su indignidad, como muestra la Escritura en numerosas ocasiones (cf., por ejemplo, *Dn* 8, 17-18 y *Lc* 5, 8).

María era impecable. Era la «llena de gracia». De ninguna forma necesitaba ser purificada del pecado. Pero sabía que la gracia era un don divino que ella nunca podría merecer por sí misma. En su humildad, se sometió a la Ley que exigía la purificación.

\*\*\*\*\*

Mientras la Sagrada Familia estaba en el Templo para cumplir los ritos, se encontraron a dos ancianos, un hombre y una mujer, llamados respectivamente Simeón y Ana. La aparición de cada uno es breve, pero está cargada de significado.

San Lucas dice que Ana era de la tribu de Aser, una de las tribus del Norte que había permanecido varios siglos perdida y dispersa. Su presencia en el Templo, dando la bienvenida al Mesías, señalaba la restauración de todo Israel, tal y como había sido constituido bajo el rey David. Se le presenta como una profetisa, y de hecho demuestra que es capaz de ver las cosas como son realmente, por encima de su apariencia, porque proclamó a Jesús como el redentor (cf. *Lc* 2, 36 y 38).

Simeón también proclamó a Jesús como Salvador, no solo para Israel, sino «de todos los pueblos: luz para iluminar a los gentiles» (*Lc* 2, 31-32).

Pero no todo fue luz y dulzura. Simeón también se volvió a María para anunciarle: «Mira, este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción —y a tu misma alma la traspasará una espada— a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones» (*Lc* 2, 35).

La salvación había llegado; pero la obra de la salvación supondría una dura prueba para la madre y el hijo.



- 59 He analizado pormenorizadamente la escena de la Presentación, y su relación con las prescripciones de *Éxodo* 13, en mi libro *Kinship by Covenant: A Canonical Approach to the Fulfillment of God's Saving Promises*, Yale Anchor Bible Reference Library, New Haven 2009, pp. 166-172.
- 60 Cf. la presentación que hace Lucas de Jesús como primogénito de María en *Lc* 2, 7; y el comentario a este pasaje en Joseph A. Fitzmyer, *The Gospel According to Luke I-IX* (AB 28), Doubleday, Garden City, (NY) 1980, p. 407.
- 61 Cf. Paul Gadenz, «The Priest as Spiritual Father,» en Scott Hahn - Leon Suprenant (eds.), *Catholic for a Reason: Scripture and the Mystery of the Family of God*, Emmaus Road, Steubenville (OH) 1998, pp. 228-229.
- 62 Charles H. Talbert, *Reading Luke: A Literary and Theological Commentary on the Third Gospel*, Crossroad, Nueva York 1989, p. 36. Cf. también B. Reicke, «Jesus, Simeon, and Ana (Luke 2:21-40)», en J. I. Cook (ed.), *Saved by Hope: Essays in Honor of Richard C. Oudersluys*, Eerdmans, Grand Rapids 1978, p. 100.
- 63 Cf. Hyung Dae Park, *Finding Herem? A Study of Luke-Acts in the Light of Herem*, T&T Clark (LNTS 357), Nueva York 2007, p. 160.
- 64 Cf. Jon Levenson, *Theology of the Program of Restoration of Ezekiel 40-48*, Scholar Press, Harvard 1976, p. 150: «La teología de la *Epístola a los hebreos* presenta a Jesús como heredero de las dos alianzas eternas, la davídica y la sacerdotab».
- 65 Para un análisis de la Escritura como algo que «contamina las manos», cf. James D.G. Dunn (ed.), *Jews and Christians: The Parting of the Ways, A.D. 70 to 135*, Eerdmans, Grand Rapids (MI) 1999, p. 12 ss.

## XII. VUELO A LA ALEGRÍA

Mi mujer, Kimberly, y yo, tenemos una familia muy dispersa por los Estados Unidos. Mi madre vive en el estado vecino al nuestro. Los padres de Kimberly se han establecido en el extremo Oeste, al igual que nuestro segundo hijo y su familia, que va en aumento. Nuestro hijo mayor vive con los suyos en el Medio Oeste; y nuestra única hija vive junto a su marido y su hijo en una casa de la costa Este.

Por eso, para la familia Hahn, la Navidad significa viaje, con todo lo que conlleva de complicaciones e incomodidades. En una sociedad tan movida como la nuestra, aumenta cada año el número de personas para las que la Navidad tiene el mismo significado.

Pero es así como tiene que ser. Las familias *tienen* que hacer un esfuerzo para reunirse en los días santos. Y, después de todo, la Navidad es la época más adecuada. Es la fiesta que tiene más millas en el relato bíblico.

Vamos a detenernos un momento sobre esta idea:

—La historia acababa de empezar cuando María, ya embarazada de Jesús, fue desde Nazaret a un lugar de las colinas de Judea para asistir a sus parientes Zacarías e Isabel, cuando lo necesitaban.

—En algún momento, tuvo que hacer el viaje de vuelta a Nazaret.

—Cuando estaba a punto de llegarle el momento del parto, María y José emprendieron el viaje de Nazaret a Belén para inscribirse en el censo.

—Cuarenta días después del nacimiento del bebé, la familia se trasladó desde Belén a Jerusalén para cumplir los ritos sagrados de purificación y consagración.

La Sagrada Familia no recorrió tantos *kilómetros* como los que suelen hacer los Hahn, pero es seguro que los hicieron en condiciones más duras. Los aviones, trenes y automóviles siempre proporcionan al viajero algunos momentos incómodos, pero no hay duda de que son mucho más cómodos que recorrer, a lomos de un burro, caminos polvorientos que además son escarpados y desconocidos.

Además, esos cuatro viajes solo fueron el principio para Jesús, María y José. Cuando la Sagrada Familia había cumplido sus obligaciones en Jerusalén, se vieron obligados a afrontar el itinerario más atemorizador de todos. Fue un viaje que tuvo que pillarles totalmente por sorpresa.

\*\*\*\*\*

Cuando los Magos faltaron a su segunda cita con Herodes, el rey enloqueció de ira. Convencido de que habían encontrado a su contrincante para el trono, aún recién nacido,

y sabiendo que el Mesías iba a nacer en Belén, «mandó matar a todos los niños que había en Belén y toda su comarca, de dos años para abajo» (Mt 2, 16).

La tradición cristiana llama a este episodio la *Matanza de los Inocentes*. Los más escépticos objetan que el hecho no aparece en ninguna de las otras crónicas del reinado de Herodes. Sin embargo, la verdad es que eso no es extraño. Fueron muchos sus actos de terror, y la mayoría de ellos solo ha sido recogido por una sola fuente (normalmente Josefo). Pero, incluso en las obras de Josefo, el catálogo es representativo, no exhaustivo. Escoge los hechos que considera más característicos de ese déspota. En este contexto, las víctimas de la masacre de Belén eran relativamente poco numerosas, e insignificantes desde el punto de vista de la posición social. Belén era una ciudad pequeña, por lo que probablemente no hubiera más que seis víctimas, y todas pertenecían a familias del estrato social más bajo. En un reinado como el de Herodes, habría representado una de las masacres menores, por lo que pudo no llamar la atención de los historiadores.

En todo caso, el episodio es coherente con los datos que tenemos sobre Herodes. Era un personaje homicida, inseguro hasta el extremo de la paranoia, y no tenía el menor reparo en matar a la gente. Ya hemos explicado la parte principal. Asesinó a una de sus mujeres y a tres de sus hijos. Masacró a un grupo de sacerdotes de Jerusalén porque sus interpretaciones de la Escritura le ponían nervioso. Sus otras purgas esporádicas contaron cientos de víctimas.

¿Qué representan unos cuantos bebés y niños en la vida de semejante hombre?

Puede que los historiadores hayan ignorado la purga, pero en todo caso el hecho impresionó a la población local. San Mateo transmite su extremo dolor con un lamento tomado del Antiguo Testamento:

Se cumplió entonces lo dicho por medio del profeta Jeremías: «Una voz se oyó en Ramá, llanto y lamento grande: es Raquel que llora por sus hijos, y no admite consuelo, porque ya no existen» (Mt 17-18).

La Iglesia ha recordado a estas víctimas jovencísimas de Herodes como mártires. La palabra está tomada del griego *martyr*, con el que se designaba al testigo de un tribunal. Como todos los testigos, los santos inocentes murieron *in odium fidei*, por odio a la fe. Con su muerte dieron testimonio de Jesús como Mesías. Su fiesta se ha incluido en los calendarios cristianos desde la Iglesia primitiva, y siempre se ha celebrado en la semana siguiente a la Navidad. Actualmente es el 28 de diciembre, aunque tiene preferencia el domingo. En las Misas de ese día, nuestros sacerdotes llevan ornamentos rojos, en recuerdo de la sangre que derramaron por Cristo.

### *La huida del cordero*[66]

Fue un milagro que la sangre de Cristo no llegara a mezclarse con la de sus coetáneos en la infancia. San Mateo (nuestra única fuente para el episodio) lo presenta de

una forma dramática, incluyendo una intervención de los ángeles que pedía una acción inmediata:

Quando se marcharon [los Magos], un ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo:  
—Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.  
Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre y huyó a Egipto. Allí permaneció hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi hijo».  
[...] Muerto Herodes, un ángel del Señor se le apareció en sueños a José en Egipto y le dijo:  
—Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque han muerto ya los que atentaban contra la vida del niño (*Mt 2*, 13-15 y 19-20).

El episodio es rico en referencias. Con frecuencia, el Antiguo Testamento resuena como un eco en estos primeros capítulos del Nuevo Testamento. En este relato, Jesús vuelve a recorrer los pasos de Israel en su entrada en el oscuro tiempo de la esclavitud bajo el Faraón de Egipto. San Mateo cita al profeta Oseas (11, 1): «De Egipto llamé a mi hijo». Oseas está aludiendo al mismo tiempo al pasado y al futuro, al Éxodo de Israel y al exilio de Jesús. Además, identifica a Jesús como hijo de Dios, prefigurado por la nación de Israel, pero con su pleno cumplimiento en Cristo.

Egipto tiene un papel ambiguo en la historia de la salvación. Para Israel, representa a veces un lugar de refugio. Durante una época de hambruna, el patriarca Abrahán (Abram) lleva a su familia allí, en busca de alivio (cf. *Gn 12*, 10). Cuando el hambre golpeó nuevamente a los «hijos de Israel», en tiempos de Jacob, estos volvieron a Egipto en busca de grano (cf. *Gn 42*, 5). Bastantes siglos después, Jeroboam encontró allí refugio cuando Salomón quiso matarle (*1 Re 11*, 40), y el profeta Urías haría lo mismo en su momento de tribulación (*Jer 26*, 21).

Egipto era un lugar de asilo y descanso. Pero también tenía connotaciones oscuras, relacionadas con los pecados más graves. Los hijos de Jacob habían vendido como esclavo de Egipto a su hermano José; y ese pecado, con el paso del tiempo, conduciría a la esclavitud, prolongada y brutal, de toda la nación. Durante sus años de trabajos forzados en Egipto, muchos israelitas cayeron en costumbres idólatras y adoraron a los dioses de Egipto. Cuando por fin fueron libres, volvieron a caer en la adoración del dios egipcio con cabeza de toro, Apis, al que representaron como becerro de oro.

Moisés fue el responsable de liberar a los israelitas de la esclavitud de Egipto. San Mateo representa a Jesús como un nuevo Moisés, superior al primero, que libera a su pueblo de la esclavitud del pecado.

Hay varios paralelismos entre las vidas de Jesús y de Moisés. La supervivencia de ambos estuvo seriamente amenazada durante su infancia por un edicto que ordenaba matar a los hijos varones de los judíos (cf. *Ex 1*, 15-16 y *Mt 2*, 16). Tanto Jesús como Moisés se salvaron gracias a una intervención decisiva de un miembro de la familia (cf. *Ex 2*, 1-10 y *Mt 2*, 13). Ambos encontraron refugio por un tiempo en la tierra de Egipto (cf. *Ex 2*, 5-10 y *Mt 2*, 14-15). Los dos fueron llamados para regresar a sus respectivas tierras después de haber estado escondidos (cf. *Ex 4*, 19 y *Mt 2*, 20). Más adelante, Moisés y Jesús pasaron cuarenta días con sus noches ayunando a solas en el desierto (*Ex*

34, 28 y *Mt* 4, 2); y fueron constituidos en legisladores por Dios mismo (*Dt* 5, 1-21 y *Mt* capítulos 5-7).

El Éxodo era una piedra miliar en la historia de Israel. Su conmemoración daba lugar a una de las principales fiestas del calendario judío, y por eso tenía una importancia fundamental para la identidad del Pueblo. A lo largo de toda la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, Dios se da a conocer repetidas veces como aquel que sacó a Israel de Egipto. El propio nombre de Egipto se usaba como sinónimo de idolatría, opresión y pecado sistemático. También en el Nuevo Testamento, el nombre es un símbolo de aquellos que mataron a Jesús, de los principales enemigos de Dios en la tierra (cf. *Apoc* 11, 8).

\*\*\*\*\*

Para los israelitas, Egipto representaba más o menos el infierno en la tierra. En consecuencia, los primeros cristianos interpretaban la huida a Egipto de la Sagrada Familia como un anticipo de la angustia del infierno. Al hablar de los pastores, hemos comentado que la gloria de Dios ya no estaba encerrada en el Templo de Jerusalén. Desde ahora se extendía a Belén y a los pastores; pero también llegaba a Egipto y a los egipcios.

San Juan Crisóstomo, Padre de la Iglesia, comentaba al respecto: «Babilonia y Egipto representan al mundo entero. Incluso cuando estaban sumergidos en la impiedad, Dios manifestó su intención de corregir y enmendar tanto a Babilonia como a Egipto. Dios quería que la humanidad, en todas partes, estuviera a la espera de sus abundantes dones. Por eso llamó a los sabios desde Babilonia y envió a la Sagrada Familia a Egipto»[67].

A decir verdad, desde el tiempo de los Faraones siempre habían florecido en Egipto las colonias de judíos. Egipto había acogido, de forma intermitente, al Pueblo elegido, y eran muchos los egipcios que admiraban la forma de vida de los israelitas. Un gobernante de Egipto, Ptolomeo II, encargó la primera traducción de las Escrituras judías al griego. Allí surgieron y crecieron los Terapeutas, a quienes hemos presentado en el capítulo 5. Y la comunidad judía de Alejandría, en Egipto, fue el seno en que nació un genio singular, el filósofo Filón. Es posible que María y José tuvieran amigos o conocidos —amigos de sus amigos— viviendo en Egipto, y que encontraran en ellos refugio y apoyo.

En cambio, no sabemos nada con certeza de esos años que pasaron tan lejos de su hogar. Sabemos que la fe cristiana llegó pronto a Egipto y que se ha mantenido firme a lo largo de milenios de intensa persecución, en un martirio que se extiende hasta nuestros días. Siempre han encontrado alivio en el relato de san Mateo. Como explica el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «La huida a Egipto y la matanza de los inocentes manifiestan la oposición de las tinieblas a la luz [...]. Toda la vida de Cristo estará bajo el signo de la persecución. Los suyos la comparten él» (CEC 530).

Los cristianos de Egipto, los coptos, conservan muchas leyendas sobre la estancia de la Sagrada Familia en su tierra. Peregrinan con fe a los lugares en donde, según la

tradicción, encontraron descanso en la huida. Durante varios siglos, los coptos también han producido un arte religioso muy característico. Formalmente, manifiesta la influencia de los antiguos faraones. Sus figuras son hieráticas y estilizadas, y están pintadas con colores primarios y brillantes. Aún así, las imágenes coptas transmiten la vida de la Sagrada Familia con una ternura abrumadora, en la que Jesús aparece subido en los hombros de José o se mece en brazos de María.

La iconografía tiene capacidad de memoria, y también de misericordia.

El *Talmud de Babilonia* conserva un relato del Éxodo, concretamente, el momento del mayor triunfo de Israel, cuando las aguas del Mar Rojo se cerraron sobre el Faraón y su ejército. Los rabinos comentaron: «En ese instante, los ángeles fieles quisieron cantar sus himnos ante el Único Santo, alabando a Dios. Pero Dios les dijo: “La obra de mis manos se está ahogando en el mar, ¿y vais a cantar himnos en mi presencia?”[68]».

Entre los *Proverbios del rey Salomón* encontramos el siguiente: «No te alegres cuando caiga tu enemigo, y que no se goce tu corazón cuando fracase» (*Prov* 24, 17). Desde el principio de los tiempos, Dios mismo buscaba la redención de los gentiles, incluidos aquellos que —en su ignorancia— se alzaban contra Él.

En su huida a Egipto, la Sagrada Familia fue portadora del Evangelio. Este tuvo que brillar en su trabajo cotidiano y en su vida doméstica, todo el tiempo que permanecieron allí. Con seguridad, ganaron muchos amigos para Dios durante su estancia, y esos amigos sentirían profundamente verles regresar a casa tras la muerte de Herodes. Pero Dios les diría otra vez, ahora con ternura: «Israel es mi hijo, mi primogénito. [...] Deja salir a mi hijo, para que me dé culto» (*Ex* 4, 22-23).

- 66 *Lamb on the Lam*, es el título de una canción del grupo Band of Horses, compuesta en el año 2007 (NdT).
- 67 San Juan Crisóstomo, *Homilias sobre el Evangelio según san Mateo*, 8, 2.
- 68 *Talmud de Babilonia, Tractado Megillah*, 10B.

## XIII. SANTAS TRINIDADES: EL CIELO Y LA SAGRADA FAMILIA

Desde el siglo IV d. C., miles y millones de católicos han acudido a la Misa dominical y han dicho cosas de lo más sorprendentes.

Creo en un solo Señor Jesucristo, hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado, de la misma naturaleza [consustancial] del Padre, por quien todo fue hecho. Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la virgen y se hizo hombre.

No se sabe cómo somos capaces de decir todo esto con la expresión más débil, como si solo estuviésemos recitando la lista de ingredientes activos de una botella de jarabe para la tos. Lo sé, lo sé: en este momento de la Misa ya hemos confesado nuestros pecados, hemos escuchado cuatro lecturas de la Biblia y la homilía. A lo mejor nos parece que ya hemos hecho mucho para un día de descanso. Tal vez en ese momento recitamos nuestras oraciones rutinarias de forma automática y sin pensar.

Pero también puede ser que nos asuste pensar que no podemos soportar la realidad de lo que estamos diciendo.

Puede ser que nuestro Dios nos guste mientras se encuentra en el cielo, pero que le tengamos miedo cuando se acerca a nuestra realidad pecadora.

Tal vez tengamos miedo de la verdad de la Navidad.

\*\*\*\*\*

¿Por qué Dios se hizo hombre? Es uno de los mayores misterios y de los más insondables, junto al contenido en otra pregunta: ¿Por qué existen cosas en lugar de la nada?

En este punto, un ángel nos aporta la clave de la respuesta, por medio de la Escritura. Es el ángel que dice a san José: «Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt 1, 21*).

Con toda seguridad, el nombre de Jesús, dado por el cielo, dice algo de su misión. Ha venido a «salvar a su pueblo», en concreto, «de sus pecados». Hacer esto supone un acto de puro amor misericordioso, porque los pecados son —por definición— ofensas al Dios altísimo. Aún así, es Dios mismo quien ha asumido la carne humana por nuestra salvación. Además, no ha venido a salvar solo a los miembros descarriados de su pueblo elegido. Como ya se ha intentado mostrar, quiere salvar también a los mayores pecadores



de Babilonia y de Egipto.

En el acto de salvarnos, Dios se ha acercado a nosotros, para que pudiéramos verle y tocarle. Se hizo bebé, necesitado de que le movieran y le cuidaran, de que le cambiaran y alimentaran.

Cuanto más nos acercamos al Dios encarnado, comprendemos con mayor claridad la naturaleza del Dios eterno. Y también esa fue una de las razones que le llevó a hacerse hombre, ya que la revelación está estrechamente unida a nuestra salvación. En nuestro estado de naturaleza caída, con la inteligencia oscurecida y la voluntad debilitada, no somos capaces de ver a Dios ni de conocerle, aunque podríamos saber que existe.

Dios se ha acercado para que podamos ver con claridad, y saber que «Dios es amor» (1 Jn 4, 8 y 16). En la eternidad, esa es su identidad más profunda. Antes de crear nada que se pudiera amar, él *era amor*; y amar es un acto que requiere la presencia de un sujeto y de un objeto, un amante y un amado. Dios *es* ese puro acto de amor. La revelación de la Navidad nos permite identificar ese amor con la Santísima Trinidad. El papa san Juan Pablo II ha sintetizado el tema de forma memorable: «Nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor»[69].

Puede parecer que desde el pesebre a la Trinidad hay un gran salto, pero no es así. El dogma de la Trinidad no aparece explícitamente en los relatos de la infancia, pero está implícito en todo momento. La Navidad es una efusión del amor eterno en el tiempo; es una imagen en la tierra del amor que es el núcleo del cielo. San Juan Pablo II explicaba también que «la gloria de la Trinidad se hace presente en el tiempo y en el espacio, y encuentra su epifanía más elevada en Jesús, en su encarnación y en su historia»[70].

San Lucas interpreta la concepción de Cristo precisamente a la luz de la Trinidad, según explica también el Papa. El ángel dijo a María: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá santo será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35).

Las palabras del ángel son como un *Credo* breve, que arroja luz sobre la identidad de Cristo en relación con las otras Personas de la Trinidad. Cristo es el Hijo del Dios Altísimo, el Único, el Santo, el Rey, el Eterno, cuya concepción en la carne tiene lugar por el poder del Espíritu Santo.

En esa única línea que recoge las palabras del ángel encontramos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nueve meses después, en Navidad, Dios se manifiesta al mundo entero de una forma profundamente personal, porque es tri-personal.

El Papa Benedicto XVI ha señalado que esta revelación, sorprendente y novedosa, estaba al mismo tiempo en continuidad con el Antiguo Testamento:

Las palabras del ángel permanecen totalmente en la concepción religiosa del Antiguo Testamento y, no obstante, la superan. A partir de la nueva situación reciben un nuevo realismo, una densidad y una fuerza antes inimaginable. Todavía no ha sido objeto de reflexión el misterio trinitario, no se ha desarrollado aún hasta llegar a la doctrina definitiva. Aparece por sí mismo gracias al modo de obrar de Dios prefigurado en el Antiguo Testamento; aparece en el acontecimiento sin llegar a ser doctrina[71].

*Aparece en el acontecimiento.* La Trinidad se presenta en los detalles concretos de

la Navidad, para que la ponderemos.

\*\*\*\*\*

Cada semana, cuando recitamos el *Credo*, afirmamos cosas bastante desconcertantes. Decimos, por ejemplo, que Jesús es «Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos». Aparte de tiempo, o de secuencia, ¿qué pueden significar los participios «nacido» y «engendrado»? ¿Qué quiere decir que un Hijo vive eternamente —simultáneamente— con su Padre? El cardenal Donald Wuerl ha reflexionado sobre este misterio en su libro de meditaciones sobre el *Credo*:

Jesús es el Unigénito. Es único. Solamente la Palabra divina es eternamente Hijo, en relación con el Padre eterno. La relación entre ambos se sitúa fuera del tiempo, es anterior al principio. El Padre siempre ha engendrado al Hijo, eternamente. Su relación es única, y al mismo tiempo, bastante diferente de la generación humana, que tiene lugar en una sucesión de hechos que se produce con el curso del tiempo. Un padre humano tiene que preceder a su hijo. Mi padre nació en 1909 y, según la sucesión habitual de las cosas, yo nací en 1940. Las Personas de la Trinidad, en cambio, son coeternas. Coexisten fuera del tiempo, por lo que nunca ha habido un momento en el que existiera una de ellas sin las otras.

Por eso, el término «unigénito» puede arrojar alguna luz a nuestra comprensión de la vida de Dios, aunque también nos desafía para que pensemos más allá de las categorías humanas. La revelación funciona así. Dios se adapta a nosotros, usando nuestro lenguaje e incluso asumiendo nuestra naturaleza, pero también nos llama a alzarnos hasta Él, hacia las realidades *sobrenaturales*, a la vez que nos hace hijos suyos y comparte con nosotros su naturaleza divina[72].

El cardenal nos presenta un punto de vista importante. Dios ha querido nacer en el tiempo para enseñarnos algo de su «nacimiento» en la eternidad. Salvando las distancias, hay semejanzas en la forma en que asume su lugar en una familia humana. La Revelación da a conocer la verdad con términos que podamos reconocer. Para explicarnos las realidades espirituales, Dios saca partido a analogías con las realidades que conocemos. Y esas analogías tienen su punto de partida en el mundo material y físico.

Sin embargo, en Navidad no se limita a transmitir información. No se trata de aportar datos doctrinales que nos ayuden a comprender algo de una realidad que excede por completo nuestras mentes limitadas. *Si* eso fuera todo lo que venía a hacer, ya habría sido una maravilla. Pero eso no es todo. Como acabamos de ver, también vino a salvar a su pueblo de sus pecados.

¡Y eso todavía no es todo! La revelación de la Navidad no es mera información, y tampoco es solo perdón de los pecados. Para Dios, esas dos realidades constituyen grandes medios para obtener un fin todavía más alto. Dios se *revela y perdona* nuestros pecados porque son condiciones necesarias para otorgarnos un don todavía mayor, al que se refiere el Cardenal Wuerl en el texto citado más arriba. La salvación consiste en que nos convierte en hijos suyos, en que comparte su naturaleza divina con nosotros.

Los santos han llamado a esta dinámica «admirable intercambio». Dios ha asumido nuestra naturaleza humana para darnos su naturaleza divina (cf. *2 Pt* 1, 4). Aquí se encierra el sentido más profundo de nuestra salvación. Y san Pablo lo expresa con

palabras que casi evocan la suciedad del establo de Belén: «Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza» (2 Cor 8, 9).

La salvación consiste en algo más que conocimiento y perdón, por grandes que sean las dos realidades. Estar salvados es vivir como Dios y amar como Dios.

\*\*\*\*\*

Acudimos a Belén porque el Padre eterno decretó que tendríamos que ir allí para encontrar a su Hijo eterno. Aunque podamos obtener muchos títulos en teología, si no llegamos a conocer a Jesús como *Hijo*, será muy poco lo que sepamos realmente sobre Dios. En este sentido hablaba un gran teólogo, Joseph Ratzinger (que después sería elegido papa, Benedicto XVI). «La existencia [de Jesús] como niño se corresponde de una forma única con su divinidad, que es la divinidad del Hijo. Esto quiere decir que su existencia como niño nos enseña el camino para llegar a Dios y a la deificación» [73].

El término elegido es fuerte: *deificación*. Ser deificado significa ser convertido en dios. Eso exactamente es lo que Dios ha hecho por nosotros cuando ha enviado a su Hijo a Belén. El Hijo de Dios se hizo hijo del hombre para que nosotros, hijos de hombres, pudiéramos aprender cómo convertirnos en hijos de Dios. Jesús nos lo ha dicho: «Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3).

Jesús tiene varios títulos. Es Rey, Salvador, Redentor, Mesías, Señor, Maestro, Rabí, y Dios. Pero ninguno de ellos se repite tanto como el de Hijo, y precisamente es como Hijo la forma en que le conocemos en la Navidad. Como consecuencia, la Navidad nos muestra el camino hacia la salvación de una forma única. Es la conclusión a la que llegaba Joseph Ratzinger: «Un cristiano que no haya captado el misterio de la Navidad no ha comprendido el elemento definitivo del Cristianismo. Quien no lo haya aceptado no puede entrar en el Reino de los Cielos» [74].

Dios quiere que vivamos con él en el Reino, y por esa razón ha enviado a su Hijo. Esa frase gustaba mucho a los primeros cristianos, por todo el amor que contenía. Porque encierra el amor eterno de la Trinidad que se desborda sobre la tierra. Como dice san Juan: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y *envió a su Hijo* como víctima propiciatoria por nuestros pecados [...]. Nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre *envió a su Hijo* como salvador del mundo» (1 Jn 4, 10 y 14).

¿Por qué iba Dios a hacer algo semejante? San Pablo encontró la respuesta a esta pregunta en Belén: «*Envió Dios a su Hijo*, nacido de mujer [...] para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gal 4, 4-5).

Todas estas reflexiones convergen en su Filiación. Y Él ha venido en persona para compartirla, en Belén.

\*\*\*\*\*

La salvación llega por medio de la familia, de la Sagrada Familia. La casa de Jesús, María y José se convirtió en un «hogar lejos de casa» para el Hijo eterno de Dios. Fue una vanguardia del cielo, una imagen de la Trinidad en el mundo. Según san Francisco de Sales, «hemos de decir que la Sagrada Familia era una trinidad de la tierra que de alguna manera representaba a la Santísima Trinidad misma»[75].

Por supuesto, Jesús es el Hijo común a las dos «familias». José, en su relación con Jesús, fue una imagen terrena del Padre celestial. María, que había concebido a Jesús por el poder del Espíritu Santo, se convirtió en la misma imagen del Espíritu en el mundo.

De esta forma, Dios estableció su lugar en el seno de una familia humana, y nos invita a encontrar también nuestro lugar. Nos ha preparado una casa en la Iglesia que, según la definición que daba san Cipriano en el siglo III d. C., es «un pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»[76].

También nuestras casas, los hogares cristianos, son partícipes de este imponente don de la Navidad. El Papa Benedicto XVI ha expresado esa realidad en los términos más fuertes que soy capaz de imaginar:

Dios quiso revelarse naciendo en una familia humana y, por eso, la familia humana se ha convertido en icono de Dios. Dios es Trinidad, es comunión de amor, y la familia es, con toda la diferencia que existe entre el Misterio de Dios y su criatura humana, una expresión que refleja el Misterio insondable del Dios amor. [...]. En cierto sentido, la familia humana es icono de la Trinidad por el amor interpersonal y por la fecundidad del amor[77].

Hemos sido creados por amor. El amor del que tenemos experiencia en la vida en familia es celestial, pero sigue siendo solamente una imagen de la gloria, mucho mayor, que esperamos contemplar en el cielo.

- 69 Juan Pablo II, *Homilía durante la Misa en Puebla de los ángeles*, 28 enero 1979.
- 70 Juan Pablo II, *Audiencia general*, 5 abril 2000.
- 71 Benedicto XVI, *La infancia de Jesús*, cit., pp. 36-37.
- 72 Donald Wuerl. *Faith That Transforms Us*, Word Among Us Frederick (MD) 2013, pp. 31-32.
- 73 Joseph Ratzinger, *La bendición de la Navidad*, Herder, Barcelona 2012, p. 76.
- 74 *Ibidem*.
- 75 San Francisco de Sales, *Discurso* 19.
- 76 San Cipriano de Cartago, *La oración del Señor*, 23.
- 77 Benedicto XVI, *Ángelus*, 27 diciembre 2009.

## XIV. ¡ALEGRÍA PARA EL MUNDO!

«¡Alegría para el mundo!», cantamos los cristianos.

¿Y por qué? Porque «ha venido el Señor».

Si nuestra alegría es el Señor, nada nos la podrá quitar. Es algo que no se puede perder.

Bastantes representaciones importantes de la Navidad incluyen a villanos que amenazan con impedir la llegada de la Navidad. El Grinch[78] intentaría robarla, destruyendo las decoraciones que la caracterizan, pero la gente iba a celebrarla de todas formas. Scrooge[79] trataría de embaucar a sus trabajadores, movido por la fuerza de su tacañería, pero al final se lamentaría de la ausencia de alegría y de amor en su vida y acabaría por respetar, él también, el día festivo.

Cuando se trata de villanos de la Navidad, la verdad puede ser mucho más desagradable que la ficción. Porque con la misma seguridad que tenemos de que existió san Nicolás[80], podemos decir que hay *scrooges* y *grinches* de carne y hueso. Los peores de todos son los herejes cristianos que querían robar la alegría de esta época negando el hecho de la Encarnación.

En los primeros siglos de la Iglesia surgieron bastantes de estos aguafiestas. Algunos decían que en realidad, Jesús no era humano. Afirmaban que era, en cambio, un ángel disfrazado, o simplemente una imagen holográfica proyectada por Dios. Sus sentimientos eran solo aparentes. Cuando lloraba, no se debía a la tristeza; simplemente se proponía subrayar una idea. Mientras su cuerpo se retorció de dolor en la cruz, su verdadero yo se reía en algún lugar de los alrededores. Su «Jesús» podría tener el mismo interés del que gozan los robots y androides de las películas de ciencia ficción; pero en última instancia no se les puede amar. ¿Quién sería capaz de amar a un Mesías decepcionante, a un ser superior y burlesco, que representa un drama sirviéndose de la manipulación, de lágrimas de cocodrilo y rabia falsa?

En ese campo se inscribieron los gnósticos y docetistas, junto a otros que intentaban llamarse «cristianos» a la vez que predicaban una religión sin encarnación, no trinitaria, y al final carente de gozo.

Pero hubo otro sector, un estrato de especulación, que a mi modo de ver fue mucho más corrosivo para la alegría cristiana. En él se situaron los adopcionistas y los arrianos, es decir, los herejes que negaban la divinidad de Jesucristo.

Ellos pedirían que no les interpretemos mal, porque tenían a Jesús en muy alta estima. Sería la primera criatura de Dios, la más importante. Pero, en todo caso, solo criatura. Sería semejante a Dios, porque Dios mismo le habría hecho así, pero no Dios en sentido estricto. Nos dirían, como argumentos, que no puede serlo, porque la trinidad

de personas es un imposible. Tres no es igual a uno. Y, de todas formas, un cuerpo limitado no puede contener a un ser infinito. No mucho después, racionalizaron a su «Jesús» haciéndolo descender a un personaje excepcional, a quien Dios habría concedido superpoderes, en el bautismo. Por eso, la fiesta del Bautismo del Señor era su celebración anual más importante después de la Pascua. Decían que esa fiesta era el aniversario de la promoción del carpintero de Nazaret a la categoría de semidios y Mesías.

No daban demasiada importancia a la Navidad, y todavía menos a la Epifanía, ya que esas dos fiestas presentaban datos poco convenientes: sobre todo, a un bebé que aparece identificado como Hijo de Dios y Salvador de la humanidad. Compusieron antivillancicos, cantos con estribillos tristes, aunque fáciles de memorizar, que negaban la igualdad y la coeternidad de Jesús con el Padre. Repetían frases como: «Hubo un tiempo en que no era».

Quizá no es extraño que la variante más insidiosa de esta herejía, que fue el arrianismo, haya invadido el mundo intelectual como una tormenta. A mediados del siglo IV d. C., san Jerónimo se lamentaba: «Se despertó el orbe, sorprendido de encontrarse arriano». Con esa rapidez se dejaron arrastrar por la moda los emperadores y académicos; también, tristemente, muchos obispos. Unos cuantos cristianos intrépidos se atrevieron a oponerse a la nueva doctrina. Algunos prefirieron morir, otros sufrir el exilio y la contradicción, antes de traicionar la verdad de la Navidad. Pero la herejía contaba con poderosos defensores, entre ellos algunos emperadores, que sostuvieron su campaña de difusión a lo largo de un siglo.

Sin embargo, la fe católica acabaría por hacerse con el triunfo, y su éxito no se debió a que recaudara dinero, ni a que reuniera un ejército. Se produjo gracias a la Navidad y a la alegría que la caracteriza.

\*\*\*\*\*

La Navidad se encontraba en los calendarios antes del arrianismo. En realidad, se celebraba en fechas diferentes según los lugares. Ya en el siglo II d. C., algunas Iglesias de Egipto la celebraban el 25 de diciembre. Esa fecha, en el centro del invierno, coincidía con la antigua celebración de *Hanukkah*, la fiesta judía de las luces, algo que no puede ser meramente casual, por supuesto. Algunos expertos han calculado esa fecha en base a los detalles que aporta el Evangelio según san Lucas sobre el servicio de Zacarías en el Templo[81].

En otros lugares, el Nacimiento de Jesús se conservó en la memoria junto a otras manifestaciones de su divinidad, como la visita de los Magos y su primer milagro, en la fiesta de la Epifanía, que se celebraba el 6 de enero o en una fecha próxima.

No obstante, era una celebración bastante tranquila, que se observaba igual que hoy en día puede conmemorarse el domingo de la Santísima Trinidad en una parroquia cualquiera. La Navidad estaba eclipsada por la fiesta más importante del año: la Pascua.

Por otra parte, las fiestas adquieren una importancia mayor o menor en función de

las circunstancias por las que atraviesa la Iglesia. Cuanto más aumentaba el número de personas (sobre todo, de los *poderosos*) que negaban la autenticidad de la divinidad o de la humanidad de Jesús, más crecía la importancia de la Navidad. El clero católico del siglo IV se unió para promover su celebración. San Efrén en Siria y san Hilario en Galia (Francia) escribieron villancicos, como antídotos de los himnos pegadizos que habían creado los arrianos. San Gregorio de Nacianzo y san Juan Crisóstomo insistieron mucho a sus fieles en la necesidad de señalar esta festividad con una actitud de abandono alegre. San Agustín, en África, puso en juego sus singulares dotes retóricas para explicar los misterios de este tiempo.

El veredicto de la historia no se hizo esperar y se mostró de forma patente. Los «Grinches» y «Scrooges» han perdido la batalla sobre los corazones de los cristianos de todo el mundo. A mediados del siglo V d. C., la Navidad se había convertido en una fecha irrenunciable, tanto en la Iglesia como en los calendarios civiles; era el centro de la predicación papal; y difundía una felicidad que llegaba a rivalizar con la Pascua.

La alegría había llegado al mundo, para quedarse definitivamente en él.

\*\*\*\*\*

En algunos sectores, existe la opinión de que la cantidad de preparativos que rodean a la Navidad no han sido buenos. Muchas personas se quejan de la forma en que se ha comercializado. Otras reclaman, con argumentos teológicos, que la Navidad tendría que estar subordinada de forma más clara a la Pascua, y no solo en la solemnidad del rito, sino también en las fiestas que se le asocian. El cardenal Christoph Schönborn ha tratado esta cuestión en un libro reciente:

Si partimos de la Encarnación, del Dios hecho carne, parece seguirse que la Navidad es el acontecimiento central de la salvación: ¡Dios hecho hombre! Así todo se da ya por concluido. Pero ¿es la Pascua entonces solo una adición? ¿Acaso no ha venido la redención, la salvación, ya antes de la Pascua? El misterio de la Pascua parece, por otra parte, ocupar una posición central: la Pascua es el cambio, la novedad, aquello que todo lo renueva. ¿Tiene por tanto la Pascua la palabra decisiva, siendo la Navidad únicamente el prólogo?[82]

¿Qué debería ser, entonces? ¿Pascua o Navidad? ¿Qué celebración tendría que prevalecer en los corazones de los cristianos? Como suele ocurrir, cuando los católicos se encuentran ante esta disyuntiva, la respuesta es: las dos.

Los santos de todas las épocas de la historia han destacado que existe un vínculo recíproco y misterioso entre los dos acontecimientos. Los cristianos siempre han contemplado las distintas escenas de la Navidad como prefiguraciones del Misterio Pascual.

Los primeros momentos de la vida de Jesús tuvieron por escenario una gruta que hacía la función de establo. Dios tuvo por cuna una plataforma de piedra cortada en el muro para que sirviera de abrevadero a los animales. También el día de su muerte, su cuerpo fue colocado sobre una piedra, en el interior de una tumba.

Quienes se imaginan que el pesebre era de madera señalan que fue colocado sobre



el leño en dos momentos, el de su nacimiento y el de su crucifixión.

Tanto en el nacimiento como en la muerte, Jesús fue envuelto en telas, la de los pañales y la del sudario (cf. *Lc 2, 7* y *Jn 19, 40*).

Los ángeles anunciaron los dos acontecimientos, el de su nacimiento y el de su Resurrección.

Ya hemos podido observar la conexión existente entre Belén —que significa «Casa de Pan»— y la Última Cena, en la que Jesús entregó su Cuerpo como Pan de Vida. Recostado en el abrevadero, o pesebre, Jesús bebé ya se estaba presentando como alimento que perdura hasta la vida eterna (cf. *Jn 6, 27* y *55*).

También hemos señalado ya que su circuncisión supuso un anticipo del derramamiento de sangre de su ejecución. Prefigura asimismo su Resurrección, en la que abandona la carne mortal (cf. *Col 2, 11*).

Por eso, la Navidad no supone amenaza alguna a la importancia de la Pascua. Más bien sucede lo contrario. Son dos expresiones del mismo amor divino, en la que cada una se ordena a la otra por disposición de la divina providencia.

\*\*\*\*\*

La celebración de la Navidad trae consigo, en un primer nivel, toda una revolución en el pensamiento religioso. Los expertos en religiosidad comparada mezclan a veces las distintas tradiciones, en el intento de reducirlas a un conjunto de motivos que, sacados de su contexto particular, podrían parecerse mucho entre sí. Pero, en ese supuesto, cada una de ellas se parecería poco a sí misma.

Además, entre las personas más educadas de las sociedades plurales, se ha difundido la tendencia a pasar por encima de las diferencias religiosas para buscar una base común. La actitud es buena en su fondo, pero es posible que se lleve demasiado lejos, y me temo que esto se hace con demasiada frecuencia.

Entre todas las religiones del mundo, el cristianismo es totalmente singular. Solo los cristianos confesamos que el único Dios existe eternamente en una comunión de amor perfecto; es decir, que ama eternamente y es eternamente amado. Hay otras religiones monoteístas que profesan su fe en un solo Dios, como nosotros; pero su dios es solitario. Otras religiones son politeístas: creen en dos dioses o más, y es inevitable que sus dioses aparezcan encerrados en luchas permanentes. Todas estas creencias tienen consecuencias morales distintas. Afectan a nuestras vidas.

La fe cristiana nos exige creer en el amor. Y este es estable, eterno, infinito, permanente, inmortal y sobrenatural.

También nos exige la fe cristiana que creamos que ese amor eterno es interpersonal: tri-personal y trino.

La fe cristiana nos lleva a creer que ese amor eterno irrumpió en la historia el día de Navidad, cuando el Verbo eterno de Dios «se hizo carne y habitó entre nosotros [...], lleno de gracia y de verdad» (*Jn 1, 14*). La fe cristiana nos empuja a confesar que «hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre» (*ibidem*).

Los ángeles entonaron el Gloria porque la gloria más alta de Dios había descendido para tocar la tierra, a fin de que el Hijo pudiera compartirla con muchos coherederos, numerosos hermanos y hermanas en la «Iglesia (asamblea, *ekklesia*) de los primogénitos» (*Hb* 12, 23). En la Iglesia celebramos la Navidad, en compañía de innumerables santos, en una reunión festiva, da igual que acudamos a la Misa de Medianoche, a la Misa de la Aurora, o en cualquier otro momento de ese día.

La Navidad brilla en el mundo de una forma única, como un faro que arroja luz sobre el verdadero amor. Solo el cristianismo puede reconstruir una genealogía del amor que se remonta hasta el infinito, porque llega a la eternidad misma. Para el politeísmo, es un imposible. Pero tampoco puede hacerlo el monoteísmo que entiende a Dios como un ser solitario.

Si nosotros no somos capaces de reconocer la diferencia, al menos podemos saber que las otras religiones sí la perciben. Por ejemplo, desde sus mismos fundamentos, el Islam reprueba con firmeza las doctrinas cristianas de la Trinidad y la Encarnación. La condena se expresa con toda su fuerza en el *Corán*; y también está grabada en la piedra de los muros de la Cúpula de la Roca.

Para la mente humana sería imposible inventar al Dios trino. No es un Dios que se pueda contener en nuestras categorías, ni que pueda ser dominado por nuestros pensamientos. No existe mente humana que haya podido imaginar a un Dios que es amor y que nos ama como si fuéramos dioses. Sin la ayuda de los ángeles, ninguna mente humana se habría atrevido a soñar siquiera la Navidad.

La Navidad nos diferencia. La Navidad nos caracteriza. También nos llama a compartir el amor divino con todo el mundo, incluidos los no creyentes.

\*\*\*\*\*

Todo esto se resume en la llamada de los papas a una «Nueva Evangelización». El papa Francisco ha destacado, precisamente, la alegría como elemento esencial de esta labor. Ha dado a su carta sobre este tema el título de *Evangelii Gaudium*, «La alegría del Evangelio»:

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría[83].

Con Cristo, la alegría *renace* constantemente. Hasta las palabras elegidas por el Papa para expresar la alegría conducen nuestro pensamiento hacia la Navidad. Un poco más adelante en la carta, él mismo explicita esa conexión:

La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie. Así se lo anuncia el ángel a los pastores de Belén: «No temáis, porque os traigo una Buena Noticia, una gran alegría *para todo el pueblo*» (*Lc* 2, 10)[84].

Dios ha creado el mundo entero para difundir la alegría que celebramos en Navidad.

Ha proyectado la naturaleza humana de forma que cada hombre, cada mujer y cada niño pudiera desear la alegría de la Navidad y buscar saciar ese deseo en Belén, la Casa del Pan, y con el Pan que ha bajado del cielo. Por la forma en que nos ha creado Dios, solo la alegría de la Navidad es capaz de satisfacer nuestro deseo. Cualquier otra forma de felicidad nos deja insatisfechos.

Nuestro Dios ha conducido el curso de la historia hacia la alegría de la Navidad. Para este fin ha llamado a Abrahán y a todos los descendientes del hombre viejo, también cuando se habían descaminado, para que recuperasen el camino que les conducía a Belén.

Si nuestra celebración de la Navidad es auténtica, de nosotros emanará una alegría de la que la gente querrá participar. Encontrarán alegría en todas las tradiciones santas que hemos heredado de nuestros antepasados. El papa Benedicto XVI ha elaborado un estudio detallado de muchas de esas costumbres[85]: los dulces navideños, los regalos, etc. Explica en profundidad las raíces bíblicas de cada una de ellas, de modo que muestra el sentido espiritual que encierran para los cristianos corrientes. Y lo hace de una forma memorable, y alegre.

¿Por qué nos hacemos regalos? Porque Dios mismo se nos ha dado como regalo, al envolver su divinidad en la humanidad.

¿Por qué decoramos el árbol de Navidad? Queremos rehacer el árbol del Paraíso, según el árbol del Calvario en el que ha sido restaurado. «Aclamen los árboles del bosque» (*Sal* 96, 12).

¿Por qué hacemos dulces especiales para esta época del año? Porque el Mesías ha venido para introducirnos en una tierra que mana leche y miel. Nos ha dado el Pan del cielo, que contiene todas las dulzuras[86].

\*\*\*\*\*

En mi opinión, la alegría de la Navidad es la clave de la Nueva Evangelización. A la vez, es un gozo profundamente mariano, y muy enraizado en nuestra devoción a la Sagrada Familia, imagen de la Trinidad en la tierra.

La evangelización quiere implicar a todo el mundo, también a quienes se sienten incapaces de articular una defensa de la fe, de explicar cada punto de doctrina, o de demostrar su fe a partir de la Biblia. Algunos saldrán de Belén igual que los Magos; otros se irán como los pastores. Pero los dos grupos compartieron la misma felicidad. Por eso, unos y otros llevaron la alegría de la Navidad desde Belén al mundo entero.

Evangelizamos cada vez que disfrutamos de nuestra fe católica, cuando celebramos sus días de fiesta, cuando nos deseamos Feliz Navidad e invitamos a otros a compartir nuestra alegría. Es la mejor forma de evangelizar a nuestros amigos, a la familia, a los compañeros de trabajo y a cualquiera. ¿Por qué? Porque el mundo ofrece innumerables placeres, pero no puede proporcionar alegrías duraderas. Jesucristo nos está dando la alegría, también en medio de la dificultad y del sufrimiento, incluso en la forma de persecución, huida, y exilio.

La alegría es el mejor argumento en defensa del catolicismo. Es irresistible e irrefutable para cualquiera. Es tarea nuestra construirla con nuestras grandes celebraciones. Viene al caso recordar aquí un breve poema de Hillaire Belloc:

Donde reluce el sol cristiano,  
siempre hay alegría y buen vino tinto.  
Al menos, esa es mi experiencia.  
¡*Benedicamus Domino!*[87]

En esto consiste el catolicismo y eso es la Navidad. Si alguna vez echamos de menos la alegría en nuestras vidas, tendríamos que reconocer que necesitamos una nueva evangelización, porque la gracia de la conversión no es algo que se produce una vez y se termina, sino que es una realidad continua, que puede hacerse siempre más profunda y que es tan duradera como la vida misma.

También las personas en quienes percibimos una ausencia de sentido podrán percibir la alegría que se halla en el centro de la Navidad. Es la razón por la que las grandes tiendas se llenan de regalos y artículos decorativos en esta época del año, cuyas ventas caen una vez que han pasado estas fiestas. Reconozco mi rechazo habitual hacia el consumismo navideño, pero también he de admitir que, a su modo, supone un reconocimiento de la alegría de la Navidad. Es la forma torpe que tiene el mercado de unirse al partido y capitalizar esa alegría.

Hoy, como en el siglo IV y en todos los siglos, no faltan personas que se proponen robarnos la alegría y pretenden conseguirlo robándonos la Navidad. Se burlan de todo lo que forma parte de ella: la Trinidad, la concepción virginal, la Encarnación, los pastores. ¿Cómo hemos de responder? Invitándoles a la fiesta. Disfrutando de nuestra propia fiesta, y disfrutándola de la forma infinita que merece.

- 78 Es un personaje popular de la literatura infantil estadounidense, creado en 1957 por Theodore Seuss Heisel en su obra *Cómo el Grinch robó la Navidad* (*How the Grinch Stole Christmas*), escrita en verso e ilustrada. Cubierto de pelo verde y con ojos amarillos, es una parodia del consumismo que frecuentemente rodea la Navidad, una crítica a quienes se sirven de ella para obtener beneficios económicos, y una llamada a recuperar su sentido espiritual (NdT).
- 79 Ebenezer Scrooge es el avaro protagonista del *Cuento de Navidad* (*A Christmas Carol*) escrito por Charles Dickens en 1843. Es un hombre de corazón frío y duro, al que disgusta cualquier cosa que represente la felicidad, como los niños y la Navidad. Una aparición de la Navidad en tres figuras (pasado, presente y futuro) cambiará a mejor su corazón y sus actitudes. En el lenguaje coloquial, su apellido ha pasado a ser sinónimo de persona avara y egoísta (NdT).
- 80 Cf. Leo Donald Davis, *The First Seven Ecumenical Councils (325-787): Their History and Theology*, Liturgical Press, Collegeville (MN) 1990, p. 58.
- 81 Cf. el breve análisis en Joseph Ratzinger, *La bendición de la Navidad*, cit., pp. 66-67. Cf. también B. Reicke, «Jahresfeier und Zeitenwende im Judentum und Christentum der Antike» en *Trier Theologisch Quartalschrift* 150 (1970), pp. 312-334; y Margaret Barker, *Christmas: The Original Story*, SPCK, Londres 2008, p. 54.
- 82 Christoph Schönborn, *Dios ha enviado a su Hijo. Cristología*, Edicep, Valencia 2006, p. 59.
- 83 Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Evangelii Gaudium*, 1.
- 84 *Ibidem*, 23.
- 85 Cf. su libro *La bendición de la Navidad*, cit.
- 86 *Panem de coelo praestitisti eis / Omne delectamentum in se habentem* («Les diste el Pan del cielo, que contiene en sí todo deleite»). Es una fórmula de alabanza a la Eucaristía que forma parte de la liturgia de la bendición y adoración al Santísimo Sacramento (NdT).
- 87 En la traducción española se pierde la rima original: *Wherever the Catholic sun doth shine, / there's always laughter and good red wine. / At least I've always found it so. / Benedicamus Domino!*

# Index

I. Una luz brilla en Belén	7
II. Lo que ocurre en Belén...	14
III. Un nuevo Génesis	20
IV. El falso Reino	29
V. María, causa de nuestra alegría	34
VI. Caballero silencioso, caballero santo	43
VII. Los ángeles: haciendo eco a su fuerza alegre	51
VIII. Oh, pueblecito de Belén	59
IX. ¿Crees en los Reyes Magos?	65
X. Pastores, ¿por qué este gozo?	72
XI. Gloria de tu Pueblo: la Presentación	77
XII. Vuelo a la alegría	82
XIII. Santas Trinidades: El cielo y la Sagrada Familia	88
XIV. ¡Alegría para el mundo!	94